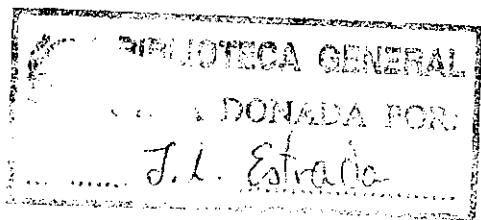


OS  
COS

94



I/4805

4/2.274



**OCIOS POÉTICOS**

DE

**DELIO.**

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104225744

---

La lira dulcifica nuestras penas.

*Young, Noche IX.*

---

MATANZAS.

Por D. Tiburcio Campe.—Imprenta del Gobierno.

1834.



A la Ilust. D. D. Gabriel  
García Luna,  
Franc. Ferrón,  
*[Signature]*

### Al Conde de Santovenia.

---

A usted dedico mis pobres poesías, porque necesitan ellas de mi amparo poderoso para libertarse de los tiros de la malignidad, y de la censura del vate, que no podría yo rechazar con mis débiles fuerzas.

Usted sabe animar el buen deseo del laborioso, y olvida la incapacidad de éste para estimular su aplicación. Usted ama las letras, y usted es el apoyo de los hombres que algo quieren valer: á usted, pues, corresponde mi obra.

Si usted la admite benigno, será eterna mi gratitud.

*Delio.*



---

---

## LAS RUINAS

del palacio arabe

### DE LA ALHAMBRA.

---

---

#### POEMA.

Al bello sexo habanero.

¡Cuánto es sublime  
La voz de los sepulcros y las ruinas!  
*Heredia.*

¡Yo os saludo, ruinas magestosas,  
Asilo en otro tiempo de la gloria,  
El poder y el amor; y hoy del silencio  
Tétrica habitacion! Abre la historia  
El viagero en tus salas polvorosas,  
Y baña con su llanto  
Los deplorables restos mutilados  
Que le recuerdan los brillantes dias  
De tu antiguo esplendor; hora callados  
Yacen tus regios muros derruidos:  
Tus vastas galerias  
Ya tan solo repiten los gemidos  
Del éuro asolador: sobre tus torres  
Anida el ave triste de la noche:  
Cubre el espino y el inculto cardo

## 2.

Tus bellos chapiteles, artesones  
 Y columnas de púrpuras bruñidos;  
 Reina la soledad en tus salones,  
 Y el genio taciturno de las ruinas  
 Dormita sobre ti....

¡Trémula lunar!  
 ¡Macilenta deidad de los sepulcros  
 Y la devastacion! tú, que iluminas  
 Con gélido fulgor estos lugares  
 Dó un tiempo sonreiste;  
 No me niegues tu luz pálida y triste.  
 Yo busco entre las ruinas el consuelo  
 Que el mundo á mis pesares  
 Sin piedad le negó: mis pasos guía  
 Sobre la tumba silenciosa y fría  
 Dó envuelto entre las sombras del misterio,  
 En polvo yace el opulento imperio  
 De los hijos de Ali....

¡Sultana hermosa!  
 ¡Ornato celestial de estas mansiones,  
 Tan lúgubros ahora y solitarias!  
 ¡Zoraida infortunada y amorosa!  
 ¡Qué placer melancólico mi pecho  
 Disfruta al contemplar este recinto  
 Que leda embellecías,  
 En mas serenos y dichosos días!  
 ¡Oh! ¡quién el plectro abrasador me diera  
 Y la corona que la frente ornara  
 De tu ardiente cantor! \* Mi voz entónces  
 A evocar se atreviera

\* Cienfuegos.—Tragedia *La Zoraida*.

## 3.

Tu amable sombra en divinales cantos :  
 Sí : sobre estas ruinas la evocara,  
 Y al escuchar los ecos de mi lira  
 De gozo poseída se estasiara....  
 ¡Desgraciada beldad! fresca la sangre  
 Aun está de tu amante generoso  
 Y sus amigos fieles : aun hirviente  
 Sobre el jaspe purísimo se mira  
 Aquella noble sangre, que furioso  
 Derramara Boabdil....

¡Sombras ilustres,  
 Que suspirando revolais en torno  
 De esta callada fuente,  
 Mudo testigo de venganza impía;  
 Recibid mi dolor! harto vengadas  
 ¡Oh sombras! estais ya : la tiranía  
 Y el tirano cayéron derrocados;  
 Y su polvo infeliz que debería  
 Reposar entre pórfidos dorados  
 En este regio alcázar suntuoso,  
 Vuela agitado por el soplo ardiente  
 De los cálidos vientos africanos  
 En un desierto triste y arenoso.—  
 ¡Soledad misteriosa y cucantada,  
 Habitación doliente  
 Del hundido poder! ¡cuán elocuente .  
 Es tu profunda asolacion callada!  
 Sobre tapetes pérsicos sentada,  
 Bajo esta escelsa cúpula brillante  
 Que cien bellas columnas sostenian;  
 La esposa del califa respiraba  
 De la remota Arabia los aromas.

Que en copas de oro sin cesar ardian.—

En aquel gabinete, la vistieron  
Las celestiales húrries voluptuosas,

Y su frente ciñeron  
De mirtos y de rosas

La noche de su bárbaro himeneo.

Aun se mira su cifra entre guirnaldas  
De flores orientales, y el trofco

De su funesto enlace aun permanece  
Sobre ese mármol dó la yerba crece.

Este fue del deleite el bello templo:

Aquí el amor risueño

Festivo desparcía

Las flores del placer: aquí vertía

Muelles delicias y tranquilo sueño.

Mas ¡oh dolor! las viles sabandijas

Habitan su recinto misterioso;

El sagrado recinto dó los reyes

De sus tarcas prolijas

Gustosos descansaban,

Cuando á sus pueblos florecientes daban

Ejemplos de virtud y sabias leycs.—

Mirad empero cómo se resiste

A eternal destruccion: en vano, en vano

De los tiempos la planta despiadada

Intenta, hollar sus bases diamantinas;

¡Miradlo! aun se sostiene

Semejante á la estatua mutilada

De una espléndida tumba entre ruinas.

¡Aquel es el rosal á cuya sombra

Hablaste á Aben-Hamet la vez postrera,

Amante infornunada!

¡Recuerdo de dolor y de quebranto!

De la misma manera

Yo tambien vi entre rosas á mi amada

Por la última vez; y aunque abatida,

Y la pálida faz bañada en llanto,

Tan bella como tú, bella Zoraida.

¡Qué importa que de mí no la separe

El mármol del sepulcro? por ventura,

¡Me gozaré ya mas en su hermosura?

¡La volveré yo á ver? ¡cruces memorias,

Dejadme por piedad!....

¡Qué horror secreto

Se apodera de mi alma conmovida,

Al pisar la terrífica morada

Dó te hundiera la mano enfurecida

De un tirano celoso y execrable,

Princesa desdichada!

Aun miro de tus lágrimas las huellas

Sobre estas yertas losas:

Aun descubro tus cifras lastimosas,

Y aun oigo tus lamentos y querellas.

¡Porqué fatalidad, porqué desgracia

El implacable tiempo que destruye

Los esfuerzos del hombre prodigiosos,

Respetá estos lugares horrorosos

De angustia y afliccion?...

.....

.....

En estas salas

Tan solitarias hora y tan desiertas,

Estuvieron las armas de los reyes:

Estas mismas paredes, hoy cubiertas

## 6.

De musgo, rebrillaban  
 Con las preciosas piedras orientales,  
 Que con gusto esquisito decoraban  
 Las aceradas lanzas y puñales;  
 Los alfanges templados en Damasco;  
 Los tahalies de púrpura y brocado;  
 Las fuertes mallas y ferrados petos;  
 Los morriones sombreados de garzotas;  
 Las banderolas de luciente raso;  
 Las fastuosas marlotas  
 Recamadas de perlas y rubies;  
 Las espuelas labradas hábilmente  
 Con el oro de Ofir; los borceguíes  
 De estaño de Tulé, y los escudos  
 Reforzados con láminas de plata.

Este precioso jaspe mutilado  
 Sirvió de pedestal al estandarte  
 Augusto de la patria, abandonado  
 Por los cobardes pérfidos zegríes  
 Delante de Jacn.

Esos fragmentos  
 Bajo la planta del viagero hundidos,  
 De cien torres y cien del regio orgullo  
 Valientes sustentaron;  
 Y en sus sólidos altos pavimentos  
 Las agarenas lunas tremolaron.

Este triste recinto  
 En feliz competencia hermoscaban  
 El fausto y esplendor: las ilusiones  
 De los *Arabes sueños* se miraban  
 Realizadas dó quier: mil galerías  
 De mármol transparente,

Cual la gasa finísima que ciñe  
 De una odaliska la preciosa frente;  
 En torno de estos muros se ostentaban.  
 De jaspe brillador.—Pacios inmensos;  
 Interminables pórticos; columnas  
 Por el fecundo Nilo tributadas;  
 De alabastro oriental parleras fuentes,  
 De purpúreos granitos esmaltadas;  
 Vastos estanques, dó el pomposo cisne  
 Se entregaba á los plácidos amores;  
 Canales decorados  
 De pórvido y cristal; mil surtidores  
 Figurando palacios en el aire  
 De fulgidos diamantes;  
 Marmóreos obeliscos  
 Y graciosas cascadas resonantes.

Estos ruinosos arcos sostuvieron  
 Las espléndidas bóvedas sombrías,  
 Donde los baños fueron  
 De la infeliz princesa en otros días.  
 Cien delfines de bronce y cien sirenas  
 Brotaban de sus bocas argentadas  
 Las dulces aguas del Genil y Darro  
 En nácares y perlas convertidas;  
 Y el refrescado ambiente perfumaban  
 Mil plantas aromáticas venidas  
 De las bellas regiones orientales,  
 Que en pebeteros de ópalo adornaban.  
 Este retiro y las alcobas reales.

Esos altos balcones de granito  
 Dominaron jardines aun mas bellos  
 Que los célebres oasis encantados.

Bajo del cielo hermoso  
 De la Feliz—Arabia situados.  
 Entre el blando murmurio sonoro  
 De las corrientes aguas cristalinas,  
 Aquí eshalaban las fragantés flores  
 Del céfiro el aliento voluptuoso  
 Sus esencias balsámicas y olores.—  
 La apasionada rosa,  
 De inútiles espinas defendida;  
 La amapola narcótica, que calma  
 Los pesares crueles de la vida;  
 La azulada violeta,  
 Funesto emblema del feroz delirio  
 Que del celoso la razón perturba;  
 La azucena purísima y el lirio,  
 Símbolos de la paz y la inocencia.  
 El tulipán, tan grato al ismaelita;  
 La triste margarita,  
 Lánguida como la última mirada  
 De una tierna hermosura  
 Cabe la tumba lóbrega y helada;  
 La ardiente pasionaria  
 Y el narciso infeliz, mísero ejemplo  
 De una pasión insana y temeraria:  
 Todas mezclaban su agradable aliento  
 En estos sitios del placer asiento.—  
 Mas allá bosquecillos de arrayanes,  
 Enlazados de mirtos y jazmines,  
 Al amor convidaban con su sombra;  
 Y la altiva deidad de los desiertos,  
 La hermosa hija del sol, la enhiesta palma,  
 Levantaba también la verdé frente

Sobre estos muros de pavor cubiertos.

Mil esclavas tan bellas cual los genios  
Que esparcen en el lecho de una vírgen  
Los sueños del placer; los tiernos nombres

De *amor* y de *constancia*

Repetidos dó quier, dó quier grabados;

Una juventud noble y ardorosa;

El *valor* y el *honor* divinizados,

Y una espléndida corte numerosa.

Mas ahora ¡oh dolor! todo es silencio....

¡Silencio y soledad! solo se escucha

El canto de la tórtola sentido

Sobre el ciprés luctuoso,

Imágen del sepulcro; y el graznido

Del lucífugo buho,

Tétrico habitador de las ruinas.

Tal ¡ay! es el destino inevitable

Fijado á la creacion! nada resiste

Al impulso del tiempo: cuanto existe

Tendrá la misma suerte deplorable.

Así la antigua Roma

Precipitada de la escelsa cumbre

Del mas alto poder, cae con estrago,

De su gloria estinguida ya la lumbre,

Y el vándalo feroz su orgullo doma.

¡Restos de Menfis, Tebas y Cartago;

Y vosotras, ruinas celebradas

De Nínive, Palmira y Babilonia!

Decid: ¿dó estan los templos; los palacios,

Los pórticos, estatuas y obeliscos,

Y aquellas obras todas afamadas,

Del orbe admiracion? ¿dó vuestra gloria

Está y vuestro poder?—¡Y no respondén!

## 10.

Y solo huella sus escombros mudos  
 El genio solitario de las tumbas!....  
 ¡Monumentos espléndidos y vanos,  
 Que á costa de la sangre de los pueblos  
 Orgullosos alzaron los tiranos!  
 ¡Moles grandiosas, cuyo enorme peso  
 Oprime los ardientes arenales  
 Del Africa desierta, infortunada!  
 ¡Pirámides escelsas! ¡vanamente  
 Presumis contrariar las duras leyes,  
 Las leyes naturales  
 De la aniquilacion! tambien vosotras  
 Derrocadas caereis á vuestro turno,  
 Al leve toque de la hoz terrible  
 Del alado Saturno:  
 Caereis tambien, y vuestra inmensa ruina,  
 Haciendo retemblar la árida frente  
 De los soberbios montes que domina  
 El pinífero Atlante  
 En ese antiguo y triste continente,  
 Mezclará con el polvo del esclavo  
 Las cenizas ilustrés de los reyes  
 Sepultados allí....

¡Astro nocturno!

¡Silenciosa deidad de los amantes,  
 Que bañas estos muros desolados  
 Con tus pálidos rayos vacilantes!  
 ¡Melancólica diosa! oye mis votos.  
 Cuando envuelvan las sombras del sepulcro  
 Mis solitarios restos desterrados;  
 Cuando la dulce y lúgida habanera,  
 A quien van estos versos dedicados,

11.

Los repase á tu luz; si conmovido  
Su corazon sensible,  
Derramare una lágrima piadosa  
A la memoria mia,  
Dígnate ¡oh Cintia! recibirla ansiosa,  
Y verterla en la tumba yerta y fria  
Del cantor de la Alhambra lastimosa.

---



---

## COLON.

---

### POEMA.

**C**aña trágica musa  
Con infausto laurel la roja frente  
Del guerrero feroz que en cruda guerra  
El llanto y luto difundió en la tierra;  
Y de su encono bárbaro, inclemente,  
En áurea trompa heroica immortalice  
El estrago fatal:—nunca mi lira  
Sus dísonos acentos  
Consagró á celebrar hombres sangrientos,  
Ni el negro horror que la matanza inspira.  
¡Dulce Caliope! ¡Virgen de la gloria!  
¡Tú, que encendida en refulgente llama  
A la cumbre sublimas de la Fama  
Los hechos dignos de inmortal memoria!  
Inspírame una vez! presta tu encanto  
Al númen que me inflama;  
Y del brillante círculo de fuego  
Hasta el frígido mar dó el bóreas brama,  
Plácido el mundo escuchará mi canto.  
¡Colon! ¡genio esforzado!  
¿Cuál es el pecho que al oír su nombre

En gratitud y admiracion sublimes  
 'No se siente abrasar? Cuando velado  
 Entre abismos y sombras se ocultaba  
 El sepulcro del sol; Colon osaba,  
 Arrostrando peligros inauditos,  
 Sus profundas marítimas barreras  
 Denodado forzar....

Libre á las auras  
 El blanco, leve, aprisionado lino  
 En las fértiles márgenes ibéricas,  
 Al eco del cañon; se apresta el héroe  
 A lanzarse en los brazos del destino.  
 Ya despliegan las ínclitas banderas  
 Que al himno sonorosó  
 De la triunfal laurífera victoria,  
 En la célebre Alhambra tremolaron  
 Sobre el rojo pendon del agareno.  
 ¡No escuchais cual retumban las riberas  
 Al aplaudir del pueblo numeroso  
 De orgullo y gloria y entusiasmo lleno!  
 Al mirarlos partir, la faz radiosa  
 Magnánimo Pelayo alzó apartando  
 Del túmulo la losa,  
 Y con tremenda voz dijo clamando:—  
 "¡Empresa tan audaz solo era digna  
 De la intrépida esposa de Fernando!"

Ya la marina gente  
 El largo último ¡adios! lanza del pecho,  
 Cuyos ecos los céfiros prolongan  
 Hasta el hereúleo gaditano estrecho.  
 Rápidos los bajeles  
 El breve puerto salvan que resuena

Con mil aplausos á Isabel querida :  
 Gimc cóncavo el bronco estrepitoso  
 Sobre la espalda lúbrica , serena,  
 Del hórrido Neptuno tormentoso;  
 Y de temblante espuma coronadas  
 Las bulliciosas olas,  
 Oscurecen las playas españolas.

¡Oh! ¡cuántos riesgos ¡héroes! os esperan  
 Del mar sobre los yermos ignorados!  
 ¡Cuántas veces los ojos lagrimosos  
 Hacia la patria con dolor volviendo,  
 Los campos fortunados  
 Ansiareis descubrir donde corrieran  
 Vuestros fervidos años venturosos!  
 ¡Oh! ¡cuánto suspirar! pero la gloria,  
 La augusta gloria á perecer os llama;  
 Y el español jamas rehuyó el peligro  
 Si le conduce al templo de la Fama.

¡Tristes esposas , que la ardiente arena  
 Recorreis desoladas  
 Suspirando á los vientos la honda pena  
 Que os dejan al partir vuestros esposos;  
 Las lágrimas frenad! llegará un tiempo  
 Que á ver sus lares tomarán gozosos,  
 De las índicas palmas coronadas  
 Sus victoriosas sienes :  
 Entónces vuestros pechos generosos  
 Latirán de placer y de ternura,  
 Al escuchar los dulces parabienes  
 Que entre cordiales puros regocijos  
 Dará la Iberia á sus heróicos hijos.

Sobre el castillo de la randa nave

Vigilante Colon ya divisaba  
 Los líbicos desiertos dó algun día,  
 Las púnicas murallas erigia  
 La hermosa reina que Maron cantaba.  
 El astro de la luz su áurea corona  
 Entre las verdes palmas deponia  
 De un bosque de sicómoros lejano;  
 Y pálida la luna y silenciosa  
 Brillaba sobre el trémulo oceano,  
 Cual la fúnebre lámpara que alumbra  
 Un regio panteon. ¡Cuántas memorias,  
 Cuántos tristes recuerdos con la noche  
 Se levantan allí! Si agita el viento  
 En lánguido murmurio y apacible  
 Las adormidas cálidas arenas,  
 Mil ecos dolorosos  
 Hienden el aire en lúgubre lamento,  
 Y al náutico sensible  
 Colman de compasivo sentimiento.—  
 Escúchase una voz, llorosa, flébil,  
 Como el cansado aliento  
 De una bella odaliska moribunda,  
 A sus dulces tiernísimos amores  
 Robada la infeliz: leve celage  
 Eclipsa de la luna los fulgores,  
 Y en la calma profunda  
 Melancólico cántico resuena.—  
 "Verdes florestas de mi amada patria,  
 ¿Os volveré yo á ver? De angustia llena  
 El alma y aflicción, ¿en dónde ahora  
 De la espléndida Alhambra las delicias  
 Hallar podré que el corazon adora?

¡En dónde las caricias  
 De mi Zoraida fiel!.... ¡Aguas sabrosas  
 Del límpido Genil! ¡fragantes flores  
 De mis risueños fértiles jardines!  
 ¡Olivíferas sombras deliciosas,  
 Testigos de mis férvidos amores!  
 ¡Claro cielo de púrpura y zafiro,  
 Magnífica Granada  
 Donde reinaba ayer!.... ¡adios, por siempre!  
 ¡Adios! ¡ay! ¡una tumba sepultada  
 De la ignífera Libia en las arenas,  
 Es todo lo que espera en su desgracia  
 El mísero Boabdil!!!”

Hondo suspiro

Eshala de su pecho el desterrado  
 Al deplorar su bárbara desdicha;  
 Horrorosa desdicha que no es dado  
 Al mortal conocer, si no ha probado  
 De proscrición el cáliz!....—Flota el velo  
 Que la frente ofuscaba de la luna,  
 Y á su trémula luz turbar se mira  
 La tersa superficie de los mares  
 Fugitiva galera,  
 Silenciosa, veloz; á la manera  
 Que un oculto fatídico recuerdo  
 Emponzoña el placer....

Lágrimas tiernas

Inundan de Colon la faz augusta  
 Al cántico aflictivo,  
 Y un agradable inesprimible encanto  
 Vierte en su corazón el dulce llanto;  
 Que el héroe verdadero es compasivo.

Las jarcias y el velámen se estremecen;  
 Despiértase el bajel; la ola murmura,  
 Y los celages densos desaparecen  
 Al romper los movientes horizontes  
 El aura matinal.—Los altos montes  
 En breve se descubren, que atajando  
 Los gigantescos pasos del divino  
 Audaz hijo de Júpiter y Alcmena,  
 A cejar le obligaron,  
*Non plus ultra* en sus mármoles grabando.  
 En sus soberbias cumbres,  
 Que los rayos del sol de oro bañaron  
 Con mas brillantes lumbres  
 Al avistarlas denodado el héroe,  
 Reposaba la Gloria  
 Sobre grupos de palmas y coronas;  
 Y la musa sublime de la Historia,  
 Ceñida de laureles, empuñando  
 El buril inflexible, cuyos rasgos  
 Dan la inmortalidad.... Fuerzan las naves  
 El tormentoso estrecho turbulento  
 Al sonante batir del oceano:  
 Mil horribérrimas olas se levantan  
 Entre espuma y fragor: rugen furiosas  
 Con incansable indómito ardimiento;  
 Y en su tenaz porfía  
 Los peñascos mas ásperos quebrantan.  
 La Gloria entónces las brillantes alas  
 Plácida descogia,  
 Y el éter luminoso  
 En raudo altivo vuelo atravesando,  
 Las coronas lauríferas vertía

Sobre las frentes del heróico bando.—

”Ni el mármol diamantino,

Ni el bronce tan amado de la Fama

Perennes se resisten

De Saturno á la hoz : yo haré durables

Con su nombre los hechos admirables

Del argonauta ilustre

Vencedor de Jason ; su noble hazaña,

Que ensanchará los límites de España

Desde los ricos mares del oriente,

A las regiones vastas de occidente,

El merecido lustre

Reflejarán mis páginas eternas,

Digno tributo á su alentado brio.”—

Dijo, aplaudiendo, la divina Clio :

Y la flotante prora

Por los vientos aligeros llevada,

El vasto reino de Neptuno explora.

La macilenta luna

Su tardo giro terminado habia

En derredor de la anchurosa tierra,

Y el rayo moribundo

Que de su faz opaca despedia,

Colon observa con horror profundo.

Trémulo Marte un círculo sangriento

Sobre el dormido piélago trazaba ;

Acallaron los céfros su aliento,

Y el fuego abrasador que la alta esfera

Sobre el abismo pérfido lanzaba,

Inminente borrasca presagiaba.

¡Ay, que al brillar la descada aurora

En el nuboso oriente,

El sañudo huracán la torva frente  
 Mas que nunca levanta aterradora!  
 Ois cómo bramando  
 Este gigante de los aires fiero,  
 Y el furor de los mares concitando,  
 De muerte asedia al infeliz viagero?  
 Olas sobre olas, montes sobre montes  
 De turbias aguas y anchos remolinos,  
 Vomitan los nublados horizontes.  
 Inmensos torbellinos  
 De sus cóncavos antros cavernosos  
 Lanza tímido el mar; cae á torrentes  
 La lluvia sonora;  
 Detona el trueno truculento y zumba,  
 Y con estruendo horrífero, espantable,  
 En los páramos líquidos retumba.  
 Ruge irritado el ábrego indomable;  
 Contrasta el éuro al bóreas proceloso  
 Asordando la esfera con silbidos,  
 Y el rayo entre mil surcos encendidos,  
 Restalla con estrépito fragoso.  
 ¡Escena de terror! cuando arrancados  
 De sus quicios los ejes de diamante  
 Caigan deshechos los opuestos polos;  
 Y el éter centellante  
 Alce los hondos mares agitados  
 Al espirante acento  
 Pe los que eshalen el postrer aliento;  
 No serán mas terribles los horrores,  
 Ni mas tristes los ayes y clamores.  
 ¡Y adónde, adónde del naufragio cierto  
 Y del furor de los marinos monstruos

Los míseros huir? pálido, yerto  
 El trémulo piloto,  
 Que en el tirreno mar desafiara  
 La irresistible cólera del noto,  
 Abandona el timon: caen estallando  
 Los orgullosos mástiles que un día  
 Sustentaran las hésperas divisas:  
 Crujen los fuertes pinos embreados;  
 Y del mar á los golpes redoblados,  
 Vuelan áncoras, brújulas y drizas.  
 El héroe en tanto contrastar porfia.  
 Con impávida frente  
 Del indémito abismo la osadia:—  
 "¡Valor y esfuerzo!" á sus amigos clama:  
 "¡Valor é intrepidez!"—y al escucharle  
 El huracan horrendo,  
 Los colosales miembros sacudiendo,  
 Redobla su furor, se agita, brama,  
 Y la crinada ardiente cabellera  
 Sobre el éter sulfúrido derrama.

Mas ¡ay! que entre esas hondas  
 Dó la muerte tremola su guadaña,  
 A la implacable destructora saña  
 De los ríspidos vientos,  
 La inmensurable Atlántida famosa,  
 Rotos los anchos sólidos cimientos,  
 Con hórrido estridor se hundió al profundo,  
 Retemblando á la ruina estrepitosa  
 Los apartados términos del mundo.  
 ¡No veis cómo dejando  
 Mil víctimas y mil los hondos senos  
 Del irritado piélago rugiente,

Sobre vosotros giran suspirando?  
 Sus manes son que entre las nubes lloran,  
 Y de las tumbas el sosiego imploran.

Tres veces la refléctida diadema  
 El vivífico sol lazado había  
 A su ignífera crencha fulminante,  
 Desde el fatal instante  
 Que la borrasca sorprendió al viagero:  
 El huracan exánime cedía,  
 Semejante á un guerrero  
 Que de heridas mortales traspasado  
 En prolongada lid, lánguido espira  
 En sangre y polvo y en sudor bañado.  
 Ya el céfiro suspira  
 Entre las jarcias, mástiles y linos;  
 Las olas aplacadas  
 Reflejan el azul del firmamento  
 En sus diáfanas linfas nacaradas;  
 Reverdece en los pechos el contento,  
 Y el bravo castellano,  
 Que tremeció al furor del oceano,  
 Recobra altivo su primer aliento.

Aligeras las naves,  
 Sobre la vasta inmensurable fuente  
 Del undisono mar se desizaban  
 A las brisas del trópico suaves.  
 A veces una flor se descubria  
 Sobre globos de aljófár reluciente,  
 Y en aquellos heridos corazones  
 La feliz esperanza renacia.  
 Pero ¡ay! el bello misterioso cáliz  
 De la mágica flor de la esperanza.

Apenas entrecubierto,  
 Mustio fallece de pavor cubierto.  
 En breve adusta la cruel tristeza  
 La ilusión agradable destruía  
 Con bárbara fiereza,  
 Como los dulces deliciosos sueños  
 De la felicidad.... Nuevos temores  
 Que el incierto destino acrecentaba,  
 Osaron marchitar aquellas flores,  
 Emblema fiel de la inmortal corona  
 Qué entre los fuegos de la rubia zona  
 La victoria á sus sienes preparaba.  
 ¡Cómo pudo el ibero.  
 Dentro del corazón heróico, fiero,  
 Abrigar el temor, y en su flaqueza  
 Apellidar quimérica osadía  
 De Colón la sublime valentía?—  
 El volcán estalló: la turba indócil,  
 De súbito terror sobrecogida,  
 Los fueros del respeto quebrantando,  
 Sobre el héroe se arroja enfurecida  
 Con punible desmán: el cruento acero  
 Reluce ante sus ojos y amenza  
 Su orgullosa cerviz, si denodado  
 Se niega á recejar: Colón los mira  
 Inmóvil, silencioso:  
 Baña su noble faz llanto abundoso,  
 Y con dolor suspira.  
 Tantos duros afanes y cuidados;  
 Tanta dulce esperanza  
 Era fuerza perder en el momento  
 De un próximo seguro vencimiento;

¡Pero ceder?... ¡qué mengua! ¡qué ignominia!  
 ¡Ni cómo así engañar la confianza  
 De la augusta Isabel? ¡terrible idea  
 Que su esforzado corazón valiente  
 Entre tormentos bárbaros destroza!  
 Late su heróico pecho de vergüenza  
 Y desesperacion; y su ancha frente  
 Vibra un rayo de luz.—” ¡Amigos! dice  
 Con alentada voz: no me intimida  
 La oscura inútil muerte  
 Con que place á la suerte  
 Galardonar mis largos sacrificios;  
 Que cien veces la vida  
 Arriesgué sin temor. ¡Verted mi sangre,  
 Y con ella trazad de vuestro oprobio  
 El eterno padron! ¡Cómo ha podido  
 Envilecer los pechos castellanos  
 Tan vergonzosa indigna cobardia?  
 ¡Habeis dado al olvido  
 Que descendéis del ínclito Pelayo?  
 ¡Dónde el denuedo está, la alta osadia.  
 Con que en los anchos campos de Granada  
 Arrebatad suspísteis los laureles,  
 Que ocho siglos infaustos recogieran  
 Los ominosos bélicos infieles?  
 Y hora que el orbe mira realizada  
 La mas heróica empresa y afamada,  
 ¿Deponéis el valor?... ¡Alzad la frente,  
 A no así envilezcáis el nombre honroso  
 Que adquirísteis lidiando en los combates!  
 Si la muerte teméis, sabed que el héroe  
 No perece jamas; y que del astro

Espléndido, fogoso,  
 Que en rápida carrera  
 Con asombro nos mira el mas profundo,  
 Al levantarse por la vez tercera  
 La ardiente luz nos mostrará otro mundo,  
 Doble corona dándole á Castilla:  
 Si ésta mi predicion no es verdadera,  
 Hienda mi cuello la fatal cuchilla.”—

Habló Colon: la turba enfurecida  
 Receja, calla, duda, y confundida  
 A sus plantas arrójase temblando,  
 Perdon y olvido con dolor clamando.  
 Rasga la brisa el túrbido celage  
 Que del sol tropical la faz velaba,  
 Y un torrente de luces fulminante  
 Del héroe baña el divinal semblante.  
 Al verle sobre el mástil apoyado  
 Del frágil, crugidor, nadante pino;  
 El diestro brazo en alto levantado,  
 Indicando el camino  
 Que al templo de la Gloria conducia;  
 El genio del destino  
 Sus decretos dictando parecia  
 Al turbado mortal.—Bate las alas  
 El pájaro insociable,  
 Volátil huésped del salobre abismo;  
 Y á su grito profético salvage,  
 Despréndese una flor sobre la frente  
 Sublime de Colon: nuevo presagio,  
 Que templando abatidos corazones,  
 Tímidos hombres convirtió en leones.

¡Oh! ¡quién me diera de la zona de oro



La hermosura pintar que el occidente  
 Ostenta al reclinarse fatigado  
 Rubio Febo en el piélago sonoro!  
 ¡Visteis alguna vez sobre su escudo,  
 En raudales de púrpura bañado  
 Deponiendo flamígero el acero,  
 Intrépido guerrero,  
 En mortífera lid caer desmayado?  
 Mas bello languidece  
 El claro sol del trópico y fallece.  
 ¡Felices los que vieron  
 Su luz fogosa al comenzar la vida,  
 Y en la tumba florida  
 Sus moribundos rayos recibieron!

Ya dos veces el héspero radiante  
 La rizada encendida cabellera  
 Sobre el confín occidental tendiera,  
 Desde Colon domara la osadia  
 De la rebelde turba,  
 Y alentara su indigna cobardia.  
 La noche decoraba  
 Sus sienes de estelífera corona,  
 Y el manto de zafiro desplegabá  
 Con que se viste en la abrasada zona.  
 El céfiro calló: pausado el sueño  
 Silencioso las naves recorria,  
 De narcótico lánguido beleño  
 Los abatidos párpados bañando.  
 Solo el héroe velaba, contemplando  
 Desde el alto castillo  
 De la polar antorcha el claro brillo,  
 Y el espacio sin límites del cielo.

Algunas horas mas... y su cabeza  
 Iba á ceñir los lauros de la gloria,  
 O á destruir, cayendo, la alta empresa  
 Que Isabel le fió.—Cook espirando  
 De una playa salvaje en las orillas  
 En el momento de ensanchar el mundo,  
 Un dolor tan profundo  
 No sufrió cual Colon las negras horas  
 De esta noche cruel!... algunos fuegos,  
 Iluminando la nocturna esfera,  
 Calmaban su pesar, á la manera  
 Que en el árido campo de la vida  
 Un rayo de esperanza vuelve al hombre  
 El caro bien de la ilusion perdida.  
 Esta noche.... ¡atended! mientras el héroe  
 Con ávidas miradas recorría  
 El opuesto confín del horizonte,  
 Dorada nube en la tiniebla fria  
 Súbito resplandece,  
 Torrentes mil de lumbré derramando  
 En torno del bajel. Joven matrona,  
 Gallarda cual la palma del desierto  
 Y mas linda que el lirio en la alborada,  
 Sobre el alcázar sùlgida aparece  
 En ademan sublime desplegando  
 La rica orla de múrice subido,  
 Del manto de algodón y pedrería  
 A la espalda hermosísima tendido.  
 Triple collar de inestimables perlas  
 Que en urnas de carmín y nácar cria  
 El mar cerúleo al relucir la aurora,  
 Su torneado cuello

Cayendo en ondas con primor decora.  
 Brillante aljaba mírase prendida  
 Con lazos de oro sobre el hombro bello.  
 Donde reposa su gentil cabello :  
 Su palmífera túnica reluce  
 Con los cambiantes nítidos colores  
 Que ostenta vagaroso  
 Trémulo el colibrí, cuando ardoroso  
 Inquieto liba el néctar de las flores.  
 Ancha, opulenta, fulminante espada,  
 De joyas nunca vistas decorada,  
 A la cinta sostiene  
 Magnífico talí: todos los fuegos  
 Con que se adorna el sol en occidente,  
 Dan su esplendor á la imperial diadema  
 Que ciñe en magestad su augusta frente.  
 Alto coturno fulgurante calza  
 Que su estatura colosal realza;  
 Y el cetro de los reyes poderoso  
 Su diestra empuña con desden airoso.

No de mas pura lumbre revestido  
 Un genio ensanchará las puertas de oro  
 Del refulgente alcázar ofrecido  
 A las vírgenes hijas del ilustre  
 Monarca de Morven:—la faz inclina  
 Atónito Colon á la presencia  
 De la beldad divina;  
 Y de su fresco labio estos acentos  
 Oyó en la calma de los raudos vientos:—  
 "Heme por fin aqui: soy ese mundo  
 Espléndido, fecundo,  
 Que en frágil quilla por ignotos mares

Abandonando tus paternos lares,  
 Buscas con tanto ardor: propicio el hado  
 El inmortal honor rinde á tu esfuerzo  
 De revelar al orbe la existencia  
 De mi remoto imperio,  
 Harto tiempo velado  
 Entre las densas sombras del misterio.  
 Abundancia, riquezas, opulencia,  
 Mi corte forman, y en mi vasto reino  
 Vinculan sin igual magnificencia.  
 Mi hermoso nombre á par del tuyo heróico  
 Sobre el fugaz torrente de los siglos  
 Eternos volarán; y tu memoria  
 Ocupará en sublimes caracteres  
 La página mas bella de la historia.  
 Sofoca ya esa negra incertidumbre  
 Que el esplendor anubla de tu frente:  
 Sófocala; y mañana,  
 Cuando derrame su dudosa lumbre  
 La rubicunda aurora  
 Desde el purpúreo rutilante oriente,  
 Las inmensas regiones de occidente  
 Avistará tu nave triunfadora."

Dijo la diosa, y al sublime acento  
 Sintió el héroe cobrar divino aliento,  
 Y en la brillante nube  
 A los campos purísimos del éter  
 Entre mil fuegos la amazona sube.

Coronada la rubia cabellera  
 De flotante florígera guirnalda,  
 Cuyo matiz colora  
 Oriambar, zafir, púrpura y gualda:

La faz de rosa que el pudor decora  
De céfalo mostraba ya la amante  
Con celestial sonrisa

Entre inflamados lícidos albores,  
Líquidas perlas derramando y flores.—

Sordo rumor difúndese en las naves:

Crece la agitacion... sopla la brisa;

Movible llama al occidente luce:

Agrúpase la turba en la alta prora....

¿No es ilusion? la dulce voz de ¡tierra!!!

Hiende los aires al brillar la aurora.

    Cuando reunida en la fragosa sierra

Del enriscado Cuzco indócil tropa

De animosos zagales

Asedia al toro agreste, ensordeciendo

Los gritos de placer cañaverales,

Montes y selvas con festivo estruendo;

No es mayor el estrépito ferviente

Que el de la íbera alborozada gente

Al descubrir las índicas arenas,

Después de tanta incertidumbre y penas.

    No á mi tímido númen

El coro de las Piérides su aliento

Place inspirar que al héroe inmortalice

En este grande y célebre momento.

¡Admirable Cuyás! tu genio solo

Al robusto pincel trazar podía

Con fuego digno del sublime Apolo,

La bella aurora de tan bello día! <sup>1</sup>

    Incéndiase el oriente:

Mil fúlgidos celages se levantan

De cándido color resplandeciente:

Es un templo de luz el horizonte.  
 Del carro rubicundo  
 Dó el planeta mayor registra el mundo,  
 Los corceles aligeros quebrantan  
 Las célicas barreras de diamante  
 Con indómito ardor: áureo gigante,  
 Lanzando rayos de su faz hermosa,  
 Descúbrese.... ¡es el sol! el sol brillante  
 Del cielo tropical: á sus fulgores  
 El **NUEVO-MUNDO** ostenta los primores  
 De la augusta creacion. Las fructeridas  
 Doradas selvas la sonante cima  
 De luciente esmeralda  
 Y animado verdor alzan coñidas;  
 Y la anchurosa espalda  
 Viste y matiza perenal guirnalda.  
 Cien arroyuclos, limpios, tembladores,  
 En murmurio sonoro  
 Amenizan las fértiles praderas  
 Dó se mecen las palmas altaneras;  
 Y en ráudo giro sobre arenas de oro  
 Al mar se precipitan entre flores.  
 De volátiles músicos el coro,  
 Presidido del indico sinsonte,  
 Embeleso dulcísimo del monte;  
 El armonioso canto  
 Vierte en los aires divinal encanto.—  
 Si un ángel empuñando ardiente acero  
 Estas playas felices protegiera;  
 O de pomífero árbol á la sombra  
 Espantable dragon hórrido y fierro,  
 Torrentes de humo y llamas vomitando,

Los tesoros que guarda defendiera;  
 Atónito el viagero  
 El paraiso terrenal creería  
 Que á sus ojos absortos se ofrecia;  
 O que el bello jardin que cultivaron  
 Las hespérides ninfas,  
 Flotar miraba entre cerúleas linfas.

Arde, retiembla, truena  
 Estallante el cañon: el oriflama  
 Tremola airoso en la arbolada antena.  
 Al aplauso y clamor de la victoria  
 El laudífero cántico resuena:  
 Retumba en torno, y el piadoso acento  
 Eco repite en la abrasante arena.

Mas ¡quién el himno de placer y gloria  
 Que fervido mi númen hoy levanta,  
 De angustiosa memoria  
 Anubla y afliccion? ¡Será que nunca  
 Las cuerdas de oro de mi flébil lira  
 Dejarán de eshalar tristes gemidos?  
 ¡América infeliz! ¡porqué tus campos  
 Fértiles, deliciosos,  
 En sangrientos sepulcros convertidos  
 Se miran con dolor? ¡porqué de Manco,  
 Y Ataliba sublime y Moctezuma  
 Los antiguos imperios poderosos  
 Finaron su esplendor? ¡ay! sometidos  
 De fraticida guerra á los horrores,  
 En su propia desgracia han espiado  
 Sus deplorables útiles errores.  
 No busque ya el viagero  
 De Argos y Atenas sobre el polvo inerte,

La horrenda huella ni el estrago fiero  
 De atroz desolacion, venganza y muerte.  
 Pise el suelo infeliz americano;  
 Interrogue sus míseras ruinas;  
 Y si ha nacido generoso, humano,  
 De compasion profunda el llanto ardiente  
 Correrá por su faz....

Tú sola ¡oh Cuba!  
 Semejante á la palma que descuella  
 En tus florestas vírgenes, la frente  
 Gallarda, altiva y bella  
 Frutecida levantas y apacible,  
 Al duro soplo de huracan terrible.—  
 ¡Itálica region! ¡Cuna grandiosa  
 De indomable valor! Cuando la tierra  
 A tu ardimiento intrépido doblaba  
 La gigántica cerviz; cuando anchurosa  
 La tumba de los tiempos devoraba  
 Los restos de tu gloria y tus laureles  
 Con la sangre del orbe reteñidos;  
 Se agita en ella tu sublime genio,  
 Cual Encélado audaz allá en los antros  
 De Lípari encendidos;  
 Y al fiero sacudir y tremebundo,  
 Alzáse un héroe, y se dilata el mundo.—  
 De ondulantes penachos sombreada  
 La imperturbable, magestosa frente,  
 Y al diestro hombro pendiente  
 Brillante con el sol fúlgida espada;  
 El domador del piélago aparece  
 En la salvage orilla,  
 Batiendo los pendones de Castilla;

Mientras el aire blando  
 Alza y difunde los grandiosos nombres  
 De Isabel, de Colon y de Fernando.  
 ¡Musa, no mas! que el ínclito heroismo  
 Y la inmortal mirífica proeza  
 Del navegante osado,  
 A los tímidos númenes no es dado  
 Fácil preconizar. Cabe la márgen  
 Del Almendar sonoro,  
 En cuyas linfas de cristal y oro  
 Hierve la inspiracion; célico genio  
 El delfico laurel dando á su frente,  
 Dirá á los siglos de Colon la gloria  
 En pindárica cítara valiente;  
 Mientras las alas fulgidas batiendo  
 La Fama sobre el plácido oceano,  
 El canto llevará de alta memoria  
 Desde el suelo palmífero cubano,  
 Dó el olímpico dios fervido brilla,  
 A los célebres campos de Castilla.

---

---

RASGOS DESCRIPTIVOS  
DE  
**LA NATURALEZA CUBANA.**

---

Al Licenciado Don Ignacio Valdes Machuca.

---

---

Y azga, y azga el laud que en otro tiempo  
Éróticas canciones  
Y profundos pesares suspirando,  
Conmovió indiferentes corazones.  
Suene una vez la dórica flautilla  
En mi trémulo labio, y sus acentos  
Raudos surcando los alisios vientos,  
La dulce gratitud leda los guie  
A la hermosa ciudad dó el piéris coro  
Al amable Desval meliflao inspira  
Cánticos dignos de su blanda lira.  
¡Oh tú, fúlgida aurora!  
Que de purpúrea túnica vestida  
Abres las puertas del rosado oriente;  
Y ó bien el sol registre la atecida  
Honda mansion del Capricornio helado,  
O bien lance de fuego almo torrente  
Desde el férvido Cancer elevado,

Siempre ostentas lozana la corona  
 De aguinaldo y jazmines  
 Que á tu frente ciñó tórrida zona;  
 ¡Que mi invocacion! Ven, y hermosa  
 Los débiles concentos  
 Que á la mas deliciosa y rica Antilla  
 Osa entonar mi lánguida flautilla.  
 ¡Isla de bendicion! ¡Cuba felice!  
 De los índicos mares  
 Plácida, jóven, virginal señora;  
 Voluptuoso jardin, donde las palmas  
 Se mecen á la brisa,  
 Y ondulando la verde cabellera  
 Recuerdan al amante la sonrisa  
 Y el donaire gentil de la que adora;  
 Siempre tú mi embéleso  
 Y mi placer serás:—y ¡plegue al cielo  
 Que nunca mas el infortunio impio  
 De tus dichosas playas me separe;  
 Ni vuelva á mitigar mi sed ardiente  
 El agua amarga de estrangero rio!  
 ¡Jamás!....—antes las flores  
 Sobre mi tumba solitaria crezcan,  
 Y mis tiernos amigos  
 Con llanto de dolor me compadezcan!  
 Cuando recoge la enlutada noche  
 Su manto funeral, y vergonzoso  
 El cucú luminoso  
 Sus fulgores oculta de esmeraldas,  
 Y entre lindas guirnaldas  
 De tropicales rosas;  
 Cuando al lucir de matinal estrella

Espléndida cortina  
 Se ostenta purpurina  
 De Atlántida en el húmido horizonte;  
 Y en la alta cumbre del lejano monte,  
 Y de la selva en la coposa cima  
 Mil auríferas ráfagas se esparcen  
 Al destellar entre bullentes ondas  
 El rutilante sol;—¡cuántas bellezas,  
 Cuántas galas y hechizos  
 Descúbrense dó quier!... No mas hermosa  
 Brilló al salir del cristalino seno  
 De la cerúlea y argentada Tetis  
 La madre del Amor! ¡Hora dichosa!  
 ¡Eterno revivir de la natura,  
 Salud! ¡salud mil veces!...—á mi pecho  
 Toma el gozo feliz cuando estasiado  
 Tus encantos admiro;  
 Toma el almo placer, y alborozado  
 Aura de vida con ardor respiro.  
     ¡Dó la deidad que el Inca poderoso  
 Sobre fulgentes aras  
 Y entre preciosas cándidas vestales  
 En el Cuzco adoró, sus luces claras  
 Difunde con mas pompa  
 Que de Cuba en los campos virginales?  
 Desde el fragante centro  
 De opacos bosquecillos,  
 Donde jamas la sierpe silbadora  
 Letal veneno adormeció entre flores;  
 El regalado coro  
 De mélicos pintados pajarillos,  
 Al sol aplaude con sus picos de oro.

El eco de sus trinos delicioso;  
 Los profundos suspiros de la palma;  
 El solemne zumbido pavoroso  
 Del crujiente bambú; las gratas voces  
 De los precitados plátanos sonantes;  
 El giro lento, manso y placentero  
 De cristalinas fuentes murmurantes;  
 El lejano fragor de la cascada,  
 Y el aliento apacible  
 Del naranjo florido y limonero,  
 Del suavísimo mango y del arbusto  
 De la Arabia-Feliz; estos perfumes;  
 El monótono cántico sencillo  
 Del útil labrador, que el sosegado  
 Caminar de sus bueyes apresura,  
 Y el trémulo sonido  
 De la campana rústica, llevado  
 Por la brisa oriental á la espesura;  
 Todo inspira placer: todo reunido  
 Embarga el corazón; vierte en el alma  
 Aquel vago deleite que se siente  
 Y no es dable esprimir...—

¡Tristes mortales

De los sanudos climas boreales!  
 ¡Queréis un aura para,  
 Un sol claro y ardiente,  
 Aguas, sombras, verdor y lozanía?  
 Dejad esos países  
 De eterna oscuridad, donde natura  
 Jamas mostró su plácida sonrisa!  
 Volad á nuestros campos, y felices  
 Entonces vivireis!—Un cielo hermoso,

Despejado y sereno,  
 Batido por las brisas matutinas;  
 Pintorescas praderas y colinas  
 De inmarcesibles flores esmaltadas;  
 Selvas y arroyos que al viajero acuerdan  
 Aquellas ¡ay! mansiones encantadas  
 Del ameno Tempé; valles profundos  
 De frutales indígenas sabrosos;  
 Frescura y suavidad; soberbios montes  
 Dó la mano del hombre ha vinculada,  
 De la alma agricultura  
 Los bienes abundosos;  
 Graciosas quintas dó su fino gusto.  
 Ostenta la civil arquitectura,  
 Contrastando sus pórticos y estatuas,  
 Sus fragantes jardines y obeliscos  
 La rústica simpleza  
 De pajizas cabañas,  
 Dó en medio del trabajo y la pobreza  
 Jamas mostró su faz descolorida  
 El hambre adolorida;  
 Feraces campos dó las dulces cañas  
 Crecen al lado del café aromoso,  
 Y dó el albo algodón sus ramas teje  
 Al añil apreciado,  
 Al índico nepente soporoso  
 Y al purpúreo nopal.—Verdes sabanas  
 Floridas y lozanas,  
 Donde salubres pastos el ganado  
 Disfruta á su placer....—¿Aun mas riquezas?  
 Venid. En este bosque  
 Descuella, á par del cedro incorruptible,

## 40.

La compacta hermosísima caoba,  
 El naranjo silvestre, el frijolillo  
 Y el precioso curey; árboles bellos,  
 Que al impulso del arte y gusto adquieren  
 El mas luciente pulimento y brillo.  
 De flores olorosas  
 Alza la altiva frente decorada  
 La soberbia varía; y á su lado  
 La cambiante yagruma  
 Muestra su hoja argentada entre la hocuma.  
 Aquí, á los golpes del tajante hierro,  
 Cae rechinando la robusta encina;  
 El cazador astuto allí prepara  
 El plomo matador; y la paloma  
 Que volaba del roble á la sabina,  
 Con su sangre matiza el verde césped.  
 Acá el agricultor despoja activo  
 De su dura corteza á la majagua,  
 Tan útil á los rústicos trabajos;  
 Allá tiende sus ramas la macague,  
 Por cuyo tronco trepa la vainilla  
 De esencias aromosas;  
 La dulce campanilla  
 Tan grata á las abejas laboriosas,  
 Y la silvestre vid; de cuya liana  
 Brota al herirla cristalino fluido,  
 Que del cansado labrador mitiga  
 La devorante sed que le fatiga.  
 El jagüey, mudo emblema,  
 Imágen elocüente  
 De vil ingratitude, nace humillado  
 Cual parásita planta sobre el tronco

De un árbol eminente,  
 Ornato y pompa de la verde selva :  
 Nútrese con sus jugos;  
 Desata aleve los fornidos brazos,  
 Y con fatales lazes  
 Ahogando al mismo que le dió el sustento,  
 Sobre sus ruinas la existencia labra  
 Que nunca mereció!... No de otra suerte  
 Rompe el ingrato con puñal sangriento  
 El franco pecho humano y generoso  
 Del mortal bondadoso  
 Que amparó su horfandad y su pobreza!...  
 Aun la sávia de su áspera corteza  
 Es de pesares bárbaro instrumento :  
 El hombre despiadado  
 Forma con ella irresistible liga;  
 Y el pajarillo que en meloso acento  
 Sus amores entona descuidado,  
 Feliz, libre y contento,  
 Es en ella prendido,  
 Y para siempre el mísero robado  
 A su amada, sus bosques y su nido.—  
 La aromática cúrbana allí se alza  
 Émula del fragante cinamomo  
 Que produce el Ceylan; y el luctuoso  
 Ébano tanpreciado,  
 Crece aquí con mas pompa y lozanía  
 Que en los áridos montes de Etiopía.  
 Volved hora la vista hácia este lado :  
 Mirad el macurige y el ateje,  
 El drago sanguinoso,  
 El güiro y el castaño de las selvas;

La dulce cañafistola, la yaba,  
 El guayacan precioso,  
 La aguedita febrífuga y el guauró,  
 Todos medicinales;  
 Y mil otros indígenas, que al hombre  
 Benéficos alivian en sus males.

También la cabalonga, el manzanillo,  
 El chichicate, el guao  
 Y la gía de espinas enconosas,  
 Entretejen sus ramas venenosas,  
 Siempre dispuestas á causar la muerte;  
 Pero el genio ilustrado  
 Que su índole fatal ha analizado,  
 En beneficio humano las convierte.

Mírase á veces el ciprés umbrío  
 Alzarse al lado de la esbelta palma  
 Y del laurel tan caro á la victoria.  
 ¡Inspirador emblema,  
 Sobrado te comprendo!  
 Lánzase el héroe con valor y brio  
 Al campo de la lid, el pecho ardiendo  
 De la Fama en el fuego; y cuando piensa  
 Arrebatarse sus lauros á la gloria,  
 Cíñe sus sienes pálidas, marchitas,  
 Corona funeral....

Mas no el silencio  
 De las selvas horribonas del Druida  
 Tiene su trono aquí: cada floresta  
 Es el retiro mágico de Armida.  
 La matinal orquesta  
 De mil suaves canoros pajarillos,  
 Encanta de placer. Trina el sinsonte

Sobre el verde y florido peralejo;  
 El pintado azulcojo  
 Sus cadencias ensaya entre el ramaje  
 Del altivo pomposo tamarindo;  
 Mientras trémulo el lindo  
 Zambador colibrí, cuyo plumage  
 Del iris rivaliza los colores,  
 El néctar liba de fragantes flores.  
 La calandria vistosa,  
 En melífero acento sus amores  
 Modula desde un sauce :  
 La inquieta mariposa,  
 Émula del hermoso tocoloro,  
 Del ácana saltando al caimitillo,  
 Plácida ostenta de su pluma el brillo;  
 Y el ruiseñor sonoro,  
 Posado en un altísimo argelino,  
 Estasia con su cántico divino.

Mirad esa llanura,  
 Cuyos remotos términos se pierden  
 Entre el confuso azul del horizonte :  
 Del tapete onduloso de verdura  
 Y flores que la cubren,  
 Jamas la lozanía  
 El hielo destruyó.—¿Veis á lo léjos  
 Esos grupos de vívonas, guayabos,  
 Guácimas, agracejos  
 Y altos caracolillos,  
 Formando entrelazados bosquecillos?  
 Son los *oasis* de la ardiente Cuba;  
 Mas no al viagero barlan fatigado  
 Por el sol tropical : ellos le ofrecen

Frescos retretes dó los cefirillos  
 Se escuchan suspirar, y en que el ganado  
 Pastos y sombras y reposo encuentra.  
 Estas encantadoras perspectivas  
 Retrátanse en las ondas  
 De cien lagunas, cuyas aguas vivas  
 Surca indómito el bruto chapuzando  
 En sus cristales las dispersas crines;  
 Mientras el toro agreste rebramando  
 Vuela en pos de la lubrica becerra,  
 Haciendo resonar el hondo valle,  
 El denso bosque y la distante sierra.

Mas penetremos en el centro hojoso  
 De esta lóbrega selva solitaria:  
 Es un pinal vastísimo, oloroso,  
 Cuyas altas pirámides semejan  
 Una série de túmulos movibles.  
 ¡No escuchais el susurro de sus copas  
 Blandamente agitadas por el viento?  
 ¡Es la voz de los siglos!...  
 Aquí tiene su asiento  
 La tranquila y feliz melancolía,  
 La oculta soledad y la tristeza.  
 ¡Salve, floresta umbría!  
 ¡Oh salve! ¡cuánto es grata tu belleza  
 A mi pecho infeliz! ¡quién no ha sentido  
 El placer melancólico que inspira  
 El solemne ruido  
 De la brisa en los bosques del desierto?...  
 ¡Oh, si me fuese dado  
 Construir una rústica cabaña  
 En aquestas profundas soledades,

Y de una hermosa compañera al lado  
 Salvar el oceano de la vida;  
 Cómo olvidara mis terribles maies!  
 Estos mansos arroyos cristalinos  
 Mitigaran mi sed con sus raudales.  
 La guanábana, el coco, el mamoncillo,  
 De mi sangre templaran la ardentía;  
 Y el plátano, el palmito,  
 La coronada piña ó el caimito  
 A mi amada y á mí nos bastaría.  
 Cuando al brillar el disco purpurino  
 Del almo sol entre celages de oro,  
 El tomeguí canoro  
 Le saludara desde el alto pino,  
 La planta á la pradera  
 Gozoso dirigiera:  
 Allí, oreado por la fresca brisa,  
 Verdes guirnaldas de azahar y lirios  
 Plácido entretejiera,  
 Y entre besos y abrazos  
 De mi hermosa en la frente las ciñera....  
 ¡Delirios ¡ay! delirios!  
 La sociedad fatal con férreos lazos  
 Aprisionando al hombre,  
 Hasta el consuelo mísero le priva  
 De ocultar su existencia con su nombre!....  
     ¡Séres desventurados!  
 Abandonad las córtes tumultuosas  
 Dó la virtud es crimen; dó el delito  
 La faz levanta de temor ageno;  
 Dó el aura que se aspira es un veneno,  
 Y dó el hombre de bien perece.... ¡y calla!

Entre techumbres rústicas es dó se halla  
 Esa felicidad que alucinados  
 En los pueblos buscais: volved al seno  
 De la pródiga cándida natura;  
 De esta madre comun, cuyos cuidados  
 En vuestra dicha y bienestar se cifran:  
 Venid ¡oh desdichados!  
 Venid, y entre las sombras  
 De la sonante lóbrega espesura  
 Todo lo olvidareis....

El buen Elicio

Su juventud pasara en el oceano  
 Tempestoso del mundo: en vano, en vano  
 Buscó felicidad sobre sus olas.  
 ¿Y cómo hallarla el triste?...  
 Mas habló la razon, y de los campos  
 En el almo retiro  
 Disfruta la mas plácida existencia.  
 Bajo su humilde techo  
 Habita la feliz beneficencia,  
 El contento y la paz: allí una esposa,  
 Amable cuanto hermosa,  
 Encendido en amor el blando pecho,  
 Cubre de flores sus tranquilos días:  
 Los dulces frutos de su union dichosa  
 Sus infantiles gracias desarrollan  
 En sus ardientes paternales brazos;  
 Y los dorados lavos  
 Que formán las delicias de su vida  
 Estrechan mas y mas. Tierna una hermana,  
 Modesta cual la luna  
 En medio de los cielos suspendida,

Zulmira encantadora,  
 Aquel recinto rústico engalana.  
 Sentada á veces bajo la ancha copa  
 Del ateje florido,  
 Del naranjo oloroso ú mango erguido,  
 Repasando las páginas sublimes  
 De la veraz historia;  
 O enriqueciendo su feliz memoria  
 Con los brillantes fervidos delirios  
 Que las amables Piérides inspiran,  
 Una vestal en su ademan semeja :  
 Y si el estudio deja  
 Por el cultivo de fragantes flores,  
 Al verla entre las rosas  
 En su talle gentil os pareciera  
 La madre de los plácidos amores.  
 Todo es felicidad, todo es dulzura  
 En aquel hermosísimo retiro :  
 Vuelan las horas, y en su raudó giro  
 Placeres y ventura  
 Vierten sobre la senda de su vida  
 Estraña á los disgustos y las penas.  
 Las campestres faenas;  
 Los cuidados domésticos tan gratos;  
 La agradable lectura,  
 Y el blando amor y la amistad sagrada,  
 Únicamente ocupan sus momentos.  
 Bajo el tranquilo techo hospitalario  
 De estos séres felices y contentos,  
 Dí treguas al dolor que enfurecido  
 Mi pecho desgarraba....—Solitario,  
 Proscripto, sin amores,

Próximo á ser en el sepulcro hundido  
 Víctima de mortal melancolía;  
 ¡Cuánto era yo infeliz! empero todo  
 Lo sumí en el olvido  
 En aquel grato asilo de alegría.  
 ¡Recuerdo delicioso!  
 ¡Cuántas veces la rústica alameda  
 De fragantes anones y mameyes  
 Me vió en el blondo julio caluroso  
 Errar bajo su bóveda sombría,  
 Del Virgilio británico los versos  
 Estático de gozo repasando!  
 Y ¡cuántas otras el benigno otoño  
 Vióme bañado en matinal rocío,  
 Con placer indecible contemplando  
 El purpurino grano de la Moka  
 Que el esclavo contento cosechaba,  
 Mientras los tiernos cantos entonaba  
 De su ardiente país!....

¡Honor y gloria

Al mortal que cediendo  
 De la necesidad á la ley dura,  
 De estos míseros séres compadece  
 La situacion amarga, y con ternura  
 Tolera sus defectos humanales,  
 Su suerte alivia y sus terribles males!  
 De este número bello  
 Es el mas digno el bondadoso Elicio:  
 Más padre que señor de sus esclavos,  
 Su lenidad con sumision le pagan;  
 Y el nombre suyo á su existir propicio,  
 Bendicen con ardor....

Reina la brisa:

Sonríe de placer naturaleza  
 Por su benigno soplo reanimada.  
 Aquí una fresca rosa,  
 Al nacer destinada  
 Para adornar la trenza de una hermosa.  
 Sus perfumes suavísimos eshala  
 Del cefirillo blando sobre el ala.  
 Allí una palma, del racimo de oro  
 Las enrizadas hojas sacudiendo,  
 El césped cubre de menudas flores.  
 El carpintero ostenta sus colores,  
 Mientras con lengua penetrante horada  
 La salvaje corteza  
 De una sibila antigua del desierto.  
 El perico, cubierto  
 De verdes esmeraldas,  
 Silba volando entre la selva umbría:  
 La gárrula cotorra allí en los aires  
 Aturde con su eterna vocería;  
 Mas allá la jutía,  
 Trepada sobre un jobo,  
 Inquieta roe su silvestre fruta.  
 Oyese del flamenco triste y grave  
 El profético grito, confundido  
 Con el canto monótono del cao;  
 El susurro suave  
 De la perdiz sabrosa  
 Oculta bajo el trébol, y el sentido  
 Lamentar de la tórtola angustiosa,  
 Las quejas modulando del amante  
 Que los desdenes de su amada flora

Al eco suspirante  
De tiple gemidor....

Mas ¿dó te lleva

¡Oh mísera flautilla!  
Tu ardiente admiracion? Cesen tus voces,  
¡Ay, cesen!.... que mas dignos otros vates  
Y estraños á la pena,  
Al apacible rústico sonido  
De bien templada avena  
Celebrarán ¡oh Cuba! el tierno encanto  
Que respira tu cándida hermosura,  
Con blando acento y celestial dulzura.

Pero escucha entretanto

Los sublimes decretos que el Destino  
De revelarme acaba entre las sombras  
De tus tranquilas selvas:—

”La isla de Cuba que en tu canto nombras,  
Nueva Tiro será: la agricultura,  
Por benéficas leyes protegida,  
Acrecerá su lustre y su riqueza,  
Alejando por siempre de su suelo  
La hambre rabiosa y la fatal pobreza.  
Su clima saludable y puro cielo  
Atraerán á sus playas venturosas  
Útiles extranjeros,  
Y con ellos las artes prodigiosas,  
El comercio y la union. Nunca sus prados,  
Donde la paz con los amores juegan,  
Por los estragos fieros  
De fratricida guerra, salpicados  
Se verán con la sangre de sus hijos,  
Ni con amargas lágrimas regados;

Que no en vano repasan de la Historia,  
Las terribles lecciones!  
Acatarán su nombre las naciones.  
Será eterna en los siglos su memoria;  
Y ávidos de sus frutos,  
La ofrecerán riquísimos tributos  
En la florida margen de Almandares,  
De Europa y Asia los remotos mares.”

*En el campo , agosto de 1831.*

---



---



---

# CRISTINA DE BORBON,

HERÓICA REINA DE LAS ESPAÑAS,

por sus inmortales decretos de 7 y 15 de octubre  
del año 1832.

---

¡Que no luzca en mi frente  
 De olímpio númen luminoso rayo;  
 Rayo de inspiracion, sublime, ardiente,  
 Que del Cuzco difunda hasta el Moncayo  
 Himno de gloria á la immortal Castilla,  
 Y al astro hermoso que en su cielo brilla!  
 No importa : ¡al canto! ¡al canto! de mi plectro,  
 Que adversa suerte condenó al olvido,  
 Las cuerdas ya se agitan sonoras,  
 Y Dorila ha ceñido  
 Mis sienes ya de tropicales rosas.  
 ¡Al canto... genios! que de la alma Italia,  
 Cual rutilante sol jóven divina  
 Y muy mas bella que la flor de Italia,  
 Subida al trono de la noble Iberia,

La inunda toda con su luz.—¡CRISTINA?  
 Célico nombre, que la augusta Historia  
 En caracteres de oro  
 Con amor grabará; mientras la Fama  
 Abriendo el claro templo de la gloria  
 Y al labio dando su clarín sonoro,  
 Su reinado magaánimo proclama.  
     ¡No veis sobre la cumbre  
 Del frígido nevoso Guadarrama,  
 La regia sombra de Isabel alzarse  
 Rayos vibrando de celeste lumbré?  
 ”¡Castellanos intrépidos! esclama:  
 Cuando Granada entre fragor y sangre  
 Batir me vió las lunas ominosas  
 De los hijos de Agar, y hasta la libia  
 Alanzar sus falanges numerosas;  
 Cuando al ronco rugido  
 Del león todo el orbe retemblaba,  
 Y en mar y tierra altivo temblaba  
 El pendon de Castilla esclarecido;  
 ¡Quién ¡ay! quién presagiara  
 Que la alta Iberia del sublime asiento  
 Eshausta de vigor se despeñara,  
 Y dos siglos infaustos vegetara  
 Sumida en la abyeccion y el desaliento?  
 Mas ya reluce la risueña aurora  
 Te ciencia ó ilustracion. Desde la orilla  
 Del Sébeto argentado,  
 Dó ignífero volcan eterno brilla,  
 Astro hermoso de paz idolatrado  
 Te luces colma á la feliz Castilla.  
 ¡Españoles, alzad! de la ignorancia

El velo ignominioso,  
 Roto y deshecho para siempre yace  
 Ante el sol de CRISTINA esplendoroso.”  
 ¡Ciencias! ¡ilustracion! ¡sublimes fuentes  
 De la felicidad! vuestros raudales,  
 Cual limpidos torrentes  
 Que al derramarse por los mustios prados  
 De flores, frutos y verdor los cubren;  
 Los genios eclipsados  
 Respejarán de la abatida España,  
 Que tenebrosa la ignorancia empañá.  
 ”¡Ciencias! ¡ilustracion! ¡Perdon! ¡Olvido!  
 ¡Honor y dignidad á los iberos!”—  
 El Manzanares clama: y repetido  
 El grito heróico en la áspera fragura  
 Del selvoso Pirneo, ya resuena  
 En las remotas márgenes del Sena,  
 Del Támesis, del Hudson y del Dwina,  
 Entre aplausos cordiales á CRISTINA.  
 Al delicioso acento  
 Los genios de Castilla se congregan  
 En torno de la patria; de la patria,  
 Que acallando el horfánico lamento,  
 Los estrecha en sus brazos,  
 Con tiernos, dulces, maternales lazos.  
 ¡No los veis! ¡ellos son! Estrada, Argüelles,  
 La-Rosa, Galeano;  
 Y otros ciento que fueran el orgullo,  
 La gloria y la esperanza del hispano.  
 Mas ¡ay! ¡porqué no miro  
 Al lado de estos mártires sublimes,  
 Al buen Varcla... al Sócrates cubano,

Suarez y Gener?—¡Hijos errantes  
 De la heroica nacion! ¡ah! vuestros nombres  
 No temais, no, que la ensañada muerte  
 En su odioso catálogo de hierro  
 Inscriba: mientras hórrido el destierro  
 Os roba á vuestro lares,  
 El corazon materno de CRISTINA  
 ¿No ha sufrido los mas duros pesares  
 Por no alcanzaros su bondad divina?  
 ¡Miseros! ¡alentad! que la clemencia  
 Está vuestro perdon ya demandando  
 Ante el solio glorioso de Fernando.

¡Manes augustos que en las verdes cumbres  
 Revolais del pinífero Moncayo!  
 ¡Compañeros ilustres de Pelayo,  
 Que de la vida las preciosas lumbres  
 Estinguísteis lidiando generosos  
 Por suendir el agarano yugo!  
 Vuestras umbas dejad; y de la patria  
 La union y dicha contemplad gozosos  
 Con que á CRISTINA engrandecerla plugo.  
 Y en tanto que del cano Pirineo  
 A los ínelitos muros gaditanos,  
 —Y del cántabro mar hasta Barcino  
 El acento divino  
 Resuena de la pública alegría;  
 ¡La regalada cítara no se oye  
 Cuyo eco nunca adornó á tiranos!  
 ¡Del canto de placer llegóse el día!!!  
 Yo, que el destierro y sus atroces penas  
 Desgraciado probé; y errante y solo  
 Con lágrimas amargas las arenas





---

AL ESCELENTÍSIMO SEÑOR

**DON FRANCISCO DIONISIO VIVES.**

---

**LA SOMBRA DE COLON.**



**T**riste:— y en reflexiones abismado  
Mi incierto caminar enderezaba  
Al sitio encantador que en otros días  
Bajo la fuerte planta retemblaba  
De juventud guerrera,  
Y hoy se ostenta vergel de hermosas flores,  
Cuyos fragantes cálices eshalan  
Mil esencias suavísimas y olores.  
Su estelífero manto ya la noche  
De polo á polo desplegado habia:  
Profunda soledad reinaba en torno  
Le aquel lindo jardín:—solo se oía.  
El soleame rumor del oceano,  
El continuo quejumbre de las naos  
En la calma del puerto;  
Y la voz militar, 'el grito *¡alerta!*  
Que á intervalos el eco dilataba.  
Cabe las férreas lanzas  
Que el circo cierran de eternal memoria,  
El abatido cuerpo reclinaba;  
Mientras la vista atónita dirijo  
Por el bello recinto consagrado

Al argonauta intrépido, que osado  
 Del *Nuevo-Mundo* las ignotas playas  
 El primero pisó:—cuando al proviso,  
 Luces lloviendo la polar estrella,  
 Sublime sombra de gloriosa aureola,  
 Sereno el rostro, mesurado el paso,  
 Con flamígera espada  
 De occidentales joyas decorada,  
 Que del talí cambiante le pendía;  
 Ondulando las plumas del penacho  
 Que el resplendente yelmo sostenía,  
 Torna hácia mí la luz esplendorosa.—  
 Era el noble Colon.... ¡ay! quise en vano  
 Respetoso postrarme ante sus plantas:  
 Al punto tiende la róbusta mano,  
 Y estrechando la mía,  
 "Oye, clamó: desde el feliz momento  
 Que me originó la Habana agradecida  
 Este digno y hermoso monumento;  
 Dejó el sepulcro en las calladas horas  
 De la lóbrega noche, y solitario  
 Me complazco en vagar por estos sitios;  
 Que no penetra hasta la tumba fría  
 La vil ingratitude: del gefe ilustre  
 A quien mi sombra sus honores debe,  
 Próxima el alba anunciará su día,  
 Y tú lo cantarás: que así ordenado  
 Está, manco errante, por el hado."—  
 Dijo y desapareció.—La fresca brisa,  
 Mansamente alhagando  
 Los índicos arbustos florecidos,  
 De sábeo aroma y de perfume blando

Aquel lugar bañó ; y en el oriente  
 Alzó la aurora la rosada frente  
 Sobre fulgido carro purpurino,  
 Entre el meloso concertado trino  
 De alondra matinal.

Brilló tu día,  
 Egregio Vives: sí, brilló, y nunca  
 Bulló mas pura en el sensible pecho  
 Del dócil habanero la alegría,  
 El ardiente placer. ¡Oh! ¡quién me diera  
 De la aligera Fama  
 El sonoro clarín! ¡Oh! ¡cómo entónces  
 El férvido entusiasmo que me inflama  
 A mi labio saliera,  
 Y mas que en duros mármoles y bronce  
 En mis cantares tu virtud viviera!  
 Y vivirá por fin: que ya de rosas  
 Orlada y de laurel la Poesia,  
 Al templo sube que le alzó tu mano:  
 Y ya todo el cubano  
 Podrá ceñir tus sienes luminosas  
 De guirnalda inmortal.

Las cuerdas de oro  
 De regaladas divinales liras  
 Agítanse armoniosas  
 En la ancha márgen del paterno río;  
 Y en laudíferos cantos  
 El tierno afecto y gratitud que inspiras,  
 Y tu fausto natal y tus loores  
 Proclaman con ardor; mientras sus niñas,  
 Entretejiendo nítidas coronas,  
 De tropicales flores

Que en el seno de Cuba derramara  
 La mas preciosa y rica de las zonas,  
 Sobre el favonio blando  
 Raudas vuelan á tí; y decorando  
 Con ellas tu alta frente,  
 "¡Salve, Antilla dichosa! ¡salve! esclaman,  
 Del magnánimo Vives  
 Torna-á lucir la fulgurante aurora,  
 Para gloria y delicia de dos mundos.  
 Al celebrar ¡oh gefe! tus natales  
 La esclarecida Habana,  
 Sus puros votos por tu dicha envía  
 Al supremo Hacedor; votos fervientes  
 Que salvando el atlántico oceano,  
 Sonarán en la hispana monarquía  
 En prez tuyo y honor: y de Fernando  
 Movido el regio pecho generoso,  
 Tu paternal gobierno en este suelo  
 Por siempre fijará."

Así las ninfas

Del claro, terso, murmurante río,  
 Jubilosas dijeron:  
 Y allá del Cuzco en las soberbias cumbres  
 Que el sol naciente dora  
 Con sus prínceras lumbres,  
 Los ecos sus loores repitieron.  
 El mar vecino los oyó agitado;  
 Y el céfiro aromoso,  
 Presto batiendo las cerúleas alas,  
 Los llevó presuroso  
 Desde la fértil márgen de Almodares,  
 A la orilla del regio Manzanares.

---

## A LA MEMORIA

del Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de la Habana

D. JUAN JOSÉ DIAZ DE ESPADA Y LANDA:

---

DIA 13 DE AGOSTO DE 1833.

SONETO.

¡Recuerdo de dolor! en este día,  
Eclipsada la lumbre de su frente,  
De la Habana el pontífice clemente  
Bajó á la noche de la tumba fría.

Entre sus sombras, de la peste impía  
Los estragos no viera que inclemente  
Vomitó airada en la cubana gente,  
Que en vano al cielo salvacion pedía.

Circundado su espíritu de gloria  
En las claras olímpicas mansiones,  
El lauro ciñe á su virtud debido.

No borrarán los tiempos su memoria;  
Que mientras haya tiernos corazones,  
Triunfará del torrente del olvido.

---

## EN LA MUERTE

del Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de la Habana

D. JUAN JOSÉ DIAZ DE ESPADA Y LANDA:

---

”Desolacion y luto  
Y angustia y horfandad hoy se difunda  
Por la vasta metrópoli cristiana,  
Dó en gratitud profunda  
De humilde adoracion rinde tributo  
Al Ser Supremo la piadosa Habana.”

Dijo, blandiendo su segar impía  
Inflexible la muerte, y á su aceno  
Suspiró humanidad: horrorizado  
De lúgubre fatal presentimiento,  
Trémulo el Almendar lanzó un gemido;  
Y allá dó Religion tiene su asiento,  
El bronce suspendido  
Roneo clamor dió al aire estremecido.

La tumba retendió: sus fuertes gonces  
Con fragor estallaron;  
Y de su fondo lívidas las parcas  
Una víctima ilustre reclamaron.....  
Y la víctima fué; que no perdona  
La descollante palma ni las flores  
Huracan bramador.—¿Veis ese lecho

De púrpura y olores,  
 Rodeado de antorchas funerales?  
 Él contiene los restos humanales  
 Del mas justo de todos los pastores,  
 Que en larga ancianidad larga semilla  
 De virtudes plantó.—Pálida, triste,  
 Augusta Religion, y consternada,  
 Y en la cruz apoyada,  
 Los ofuscados ojos vuelve al cielo,  
 Ansiando, en vano, á su afliccion consuelo;  
 Y en su pesar doliente  
 Hunde en el polvo del altar la frente.  
     ¡Terrible noche de mortal quebranto,  
 De lágrimas y duelo!  
 ¡Jamás recojas el luctuoso velo  
 Que reboza tu faz! ¡deja que el llanto  
 Bañe en silencio y en tiniebla umbría  
 Del hombre justo la ceniza fria!  
 Mas ¡ay! que en breve las marmóreas urnas,  
 Á la señal de la campana triste  
 Y al eco de los cánticos sagrados,  
 Sus senos abrirán; y cuanto existe  
 De virtuoso y pulcro,  
 Tragará sin piedad el cruel sepulcro!!!  
     Llora Beneficencia  
 Sobre el callado túmulo de muerte  
 Dó reposa el pastor: y el sin-ventura  
 Cuya infelice suerte  
 Dulce alivió su prósvida clemencia  
 Con paternal ternura;  
 Esbalando del pecho hondo gemido,  
 La pérdida deplora que ha sufrido.

Pausado, silencioso,

Por el lúgubre alcázar se derrama  
 El tímido rebaño; y á la llama  
 De cien blandones fúnebres, y al eco  
 De las sentidas quejas doloroso,  
 El ¡ay! de la horfandad hiende los vientos  
 Entre angustiados tétricos lamentos.  
 ¡Qué endechoso rumor!... ¡ay! son las ninfas,  
 Las ninfas desoladas  
 Del vecino Almendar: ya no decoran  
 Las bellas palmas su modesta frente:  
 De amarga adelia y de ciprés ornadas,  
 Del caro amigo la desgracia lloran.  
 Mas ¡quién habrá que referir intento  
 De la angustiada Habana el sentimiento,  
 La profunda aflicción? sobre las playas  
 Que el esplendor fatídico ilumina  
 De las estrellas trémulas, la miro  
 Anublada al dolor la faz divina;  
 Rasgado el manto de algodón luciente:  
 El penacho plumífero deshecho  
 En torno del carcax de oro y zafiro,  
 Y del latiente pecho  
 Al aire dando funeral suspiro.

Mañana ¡oh Dios! las flores del sepulcro  
 Entre perfume y límpido rocío  
 Su cáliz abrirán, cuando á mirarlas  
 Por la postrera vez pálido y frío  
 Vuelva el pastor que se humilló á plantarlas.

Tan lastimosa escena  
 Mis ojos no verán, ni mis oídos  
 Escucharán los últimos adioses.

Con mil agudos ayes confundidos.  
Errante y solo en la callada orilla  
Del lento Yumurí, mientras la luna  
En alta noche soñolienta brilla;  
Yo lloraré la pérdida sensible  
Del hombre de virtud: del fiel dechado  
De piedad evangélica, y apóstol  
De paz y caridad; y mis pesares  
Durarán cuanto dure la memoria  
Del anciano pastor del Almendares.  
Pero la yerta losa  
Que cubrirá su polvo venerable,  
Al retremblar sobre su tumba hermosa  
Mi infeliz corazón inconsolable  
No despedazará....

Cae de mi mano  
El lloroso laud, que el sentimiento  
La voz embarga al dísono instrumento:

---

---

## LOS FUNERALES

del excelentísimo é ilustrísimo señor

DON JUAN JOSE DIAZ DE ESPADA Y LANDA.

---

Dadme la lira de ébano sombría  
Y la corona de ciprés funéreo,  
Emblema de infeliz melancolía,  
De profundo dolor: lúgubre canto  
En ronco son hasta el zenit etéreo  
La aflicción alzará que al alma inunda,  
En el inmenso público quebranto  
Que anubla tu esplendor, mísera Habana.  
¡Y tú, deidad feroz! ¡Muerte iracunda!  
El estrellado manto  
Y la diadema desdolorada viste:  
¡Inspirame tu horror! la negra tea  
De los pálidos túmulos sacude;  
Y á su siniestra luz mi musa triste  
Tu venganza mayor mustia deplora  
En lastimero acento,  
Y humanidad inconsolable llora.  
La polvorosa frente reclinaba  
El astro rey del ancho firmamento  
Sobre rugiente piélago agitado:  
El estandarte de la oscura Noche  
En los montes mas altos tremolaba,

Y pálida la luna y macilenta  
 Lívido rayo despidió sangrienta....—  
 Al funesto presagio horrorizado  
 Turbido el Almendar lanzó un gemido,  
 Y en las gigantéas cúpulas alzado  
 El cóncavo metal, estremecido  
 Vibró á los vientos temblador tañido.

El alcázar del magno sacerdote  
 Circundado de pinos funerales,  
 Como un templo de muerte aparecía:  
 Cien hachas sepulcrales  
 Que encendió del dolor la mano impía,  
 De un catafáleo en torno reflejaban  
 Melancólica luz: ronco alarido  
 Bajo el estenso pórtico retumba,  
 Y allá dó mora sempiterno olvido  
 Al eco gemidor se abrió una tumba!

En mi pesar la planta dirigia  
 Por los salones lúgubres; y en ellos,  
 De fatídica antorcha á los destellos,  
 ¡Qué vi ¡gran Dios!.... es cierto?  
 Frio, exánime, yerto,  
 Sobre el túmulo espléndido yacia,  
 De célico fulgor la faz bañada,  
 El hombre justo, el virtuoso Espada!!!  
 ¡Cierto! ¡murió!!!....—mas vive su memoria,  
 Y vivirá indeleble en nuestros pechos,  
 Mientras ciñe en la gloria  
 La corona laurifera y luciente  
 De la inmortalidad....

La augusta frente  
 Al dolor anublada y la tristeza;

Los ojos mustios al copioso llanto,  
 Y desceñido el luctuoso manto,  
 La Religion sublime  
 Cabe la tumba inconsolable gime.  
 La fuente de sus lágrimas piadosas,  
 ¿Quién osará cegar? ¡ni á su hondo dueño  
 Hallar podrá y á su afliccion consuelo!—  
 El apóstol de paz y tolerancia,  
 De la heroica virtud ardiente amigo  
 É infatigable acérrimo enemigo  
 Del fanatismo odioso,  
 Allí se viera en su postrer reposo.

Jamas de la impiedad el torpe engaño  
 Que el orgullo llamó filosofía,  
 Su hálito pestilente  
 Ponzoso vertiera en su rebaño.  
 Apacible, eminente,  
 Como la palma en la desierta arena,  
 O cual blanca azucena  
 Sobre la onda del lago cenagoso,  
 Su grey enmedio á un siglo irreligiosa  
 Siempre la frente levantó serena.  
 ¿Y pudiera su nombre confundirse  
 Con los nombres terríficos, fatales,  
 Que de la historia manchan los anales,  
 Y que solo á execrarlos  
 Osa iracundo el labio pronunciarlos?  
 ¿Qué son altos magníficos panteones  
 Y estupendas pirámides que digan  
 El mérito en pomposas inscripciones?  
 ¿Tumbas de Aquiles, Héctor y Patroclo?  
 ¿Qué os hicisteis?... los mármoles y bronce.

El tiempo destruyó con planta impía;  
 Y el ciervo agreste silencioso pace  
 El verde césped que en su polvo nace,  
 Mientras retumba tempestad umbría....  
 ¡Caiga el marmóreo túmulo deshecho!  
 De Espada el dulce nombre idolatrado,  
 Eternamente durará grabado  
 Del hombre justo en el sensible pecho.—

En breve estas mansiones  
 A la piedad abiertas y al alivio  
 De ulcerados dolientes corazones,  
 Habitará cruel indiferencia;  
 Y ¡tal vez-sonreirá sangriento crimen,  
 Donde reinaba ayer Beneficencia!

De víctimas preciosas homicida,  
 Hieres la parca; y á su golpe fiero  
 El mortal virtuoso  
 Se mira lentamente abandonado  
 Y solitario en medio de la vida,  
 Como aquellas ruinas que el viagero  
 En los desiertos áridos encuentra,  
 Que árabe idiota por su mal olvida.—

A vuestras sienas dad lánguidas flores,  
 Ninfas del Almendar: las arpas de oro  
 Pulsad cubiertas de afliccion y lloro,  
 Y deplorad la pérdida terrible  
 Del mas digno de todos los pastores.  
 Así las hijas de Sion hermosas,  
 A la sombra del sauce del torrente  
 Su desgracia plañian;  
 Mientras el llanto triste que vertían  
 Aumentaba la fervida corriente.

Mansa la brisa su murmurio acalla:  
 Oyese el ronco son del mar airado:  
 Rispida tempestad vuela y estalla  
 Con hórrido estridor.... ¡Miseras flores!  
 Marchitas, deshojadas,  
 ¿Adónde vais del huracan llevadas?  
 Acaso por el aire desparcidas,  
 Del magnánimo Espada  
 Iréis á ornar la sepulcral morada.  
 ¿Qué es la vida? los frágiles arbustos  
 Y las plantas efímeras que adornan  
 Los plácidos jardines,  
 A la acción de los tiempos resistiendo;  
 De su esmaltada verde cabellera  
 Flores tributarán para la tumba  
 De aquel que los plantó.... Sin la hacha fiera  
 Que el duró tronco despiadada hendiende  
 Del pino funerario,  
 Su existir aniquila centenario  
 Para trocar su espléndido obelisco  
 En lúgubre atahud; la altiva frente  
 De siglos viera rápido torrente.  
 Tiempo vendrá cuando el caduco anciano  
 El parvulillo nieto sosteniendo  
 En sus rodillas trémulas, de Espada  
 Pronunciará con lágrimas el nombre,  
 Y lo hará repetir al tierno infante  
 De su vejez consuelo....—Así algun día,  
 A la sombra del plátano sonante,  
 El cándido salvaje americano  
 El nombre de *Las-Casas* repetía  
 A sus hijuelos tímidos, en tanto

Que los bañaba en doloroso llanto.  
 Pavorosa la luna ya tres veces  
 Con incierto esplendor ha plateado  
 Los oscuros cipreses  
 Que los gélidos túmulos circundan,  
 Desde el justo pastor ha fenecido.  
 Vibra fúnebre el bronce suspendido  
 La postrera señal: ¡ay! que el sepulcro  
 Al rumor clamoroso,  
 Con horrífero choque estrepitoso  
 Los cinericios mármoles quebranta:  
 Gira la grey doliente  
 En torno del alcázar luctuoso,  
 Sagrado albergue al príncipe clemente.  
 La voz del cenobita se levanta  
 Entre profundos ayes y plañidos....  
 El cántico de muerte se difunde  
 Por los henchidos tétricos salones;  
 Y al ronco acento que en los aires cunde,  
 Despedaza el dolor los corazones.—  
 Ya la fúnebre pompa  
 El marcial campo silenciosa cruza  
 En triste lentitud:—fulgida aureola  
 Reluce del pontífice en la frente,  
 Emblema de la gloria  
 Que el cielo diera á su virtud ardiente.  
 Al estruendo y bullicio de las plazas,  
 Hora sucede sepulcral silencio,  
 Tan solo interrumpido  
 De muchedumbre atónita al gemido.—  
 Abrese el templo á recibir los restos  
 Del amado pastor: mírase un solio

De franjas de oro y púrpura vestidos.  
 Allí las sacras preces dirigia  
 El magno sacerdote que debia  
 Ocupar el supremo capitolio....  
 Alzado ahora al catafalco umbrío  
 En medio de su grey, que desolada  
 En lúgubre lamento  
 Esprime su insaciable sentimiento;  
 Su postrera mirada  
 Dulce fijando en el brillante cielo,  
 Por ella implora divinal consuelo.—  
 La Religion augusta,  
 Con alas transparentes de oro y nácaro,  
 Al sacro son de cánticos piadosos  
 Las espléndidas bóvedas rasgando,  
 Hacia el empíreo refulgente sube  
 Entre cerúlea nube  
 De suaves perfumes aromosos.—  
 Ya el sepulcro su víctima reclama.  
 Vaga confuso al rededor del templo.  
 Sordo rumor: el fétetro descende  
 Al pórtico sagrado:  
 Férvida juventud se agolpa y gime,  
 En torno del pontífice adorado;  
 Y al puro fuego que virtud enciende,  
 Los caros restos en sus hombros alza....  
 ¡Entusiasmo sublime,  
 Que los encantos de la edad realza!  
 A tu memoria ya largo tributo  
 De suspiros tristísimos mi pecho  
 Vertió cubierto de afliccion y luto.  
 Pálido, gemebundo,

Y al dolor entregado mas profunda,  
 Sigue al cadáver el virgíneo coro  
 De almenáridas tímidas vestales,  
 La faz bañada en abundoso lloro.  
 ¿Qué vale empero el llanto  
 Cuando la Muerte alígera tendiendo  
 La orla sangricuta de su negro manto  
 Sobre el aire fugaz, vuela y destruye  
 Con bárbara pujanza  
 Las delicias de un pueblo y su esperanza?  
 El féretro ha salvado los umbrales  
 Del campo de la paz. ¡Oh! ¡quién la pena  
 Osará describir y la amargura  
 De la terrible funeral escena!—  
 Trémulo aqui un anciano inmóvil mira  
 El túmulo sombrío,  
 Mansion postrera al sacerdote pio:  
 El sagrado levita allí suspira,  
 Al entonar el himno de la muerte  
 Sobre el despojo inerte  
 Del que fué su pastor: largo alarido  
 Hierde el recinto lagrimoso, y zumba,  
 En torno de la tumba  
 Del letárgico sueño ya despierta,  
 Y á recibir á la virtud abierta.—  
 El cántico, postrero  
 Ha cesado: las urnas retemblando  
 Un gemido vibraron lastimero,  
 Y la losa....—¿mas qué rumor siniestro?  
 ¿Qué lúgubre querella?...  
 "¡Parad! ¡tened!...."—esclama inconsolable,  
 La muchedumbre hendiendo presurosa,

Pálida vírgen desolada y bella  
 Con tiernísimo acento lamentable :  
 "¡Teneos por piedad! ¡puedan mis labios  
 Imprimir en su mano bondadosa  
 Postrer beso de amor! ¡que el llanto mio.  
 Férvido riegue su cadáver frio!  
 ¡Dejadme que le siga  
 Al sepulcro feliz!.... ¡Oh! ¡sí!—¡dejadme!  
 ¡Ni compasion ni alivio ni consuelo  
 De hoy mas espere la desgracia triste!  
 ¡Trouó irritado el inclemente cielo,  
 Y la virtud no existe!....  
 ¡La tumba!.... sí: ¡la tumba!.... mis dolores.  
 Aquí terminarán...."—

Cae sobre el mármol

Y estinguese su voz.—Era la Habana.—  
 Algunas tiernas flores  
 Que el hielo del sepulcro ha marchitada  
 En su primer mañana,  
 Dan á su mustia frente  
 Corona funeral....—Hondo silencio  
 Suceda melancólico y doliente;  
 El ángel de la muerte el raudó vuelo  
 Tendió floroso al encumbrado empíreo;  
 La horrenda eternidad con negro velo  
 Al apóstol cubrió:—su faz gloriosa,  
 Brilló cual luz del cielo  
 Al desplomarse la marmórea losa.

---

---

## EL OCASO DEL SOL.

---

---

### SONETO.

Sacudiendo la blonda cabellera  
Inmerge fatigado en occidente  
El moribundo sol la roja frente,  
De Almendares velando la ribera.

Su rica lumbre de oro reverbera  
En el cerúleo piélago ballente;  
Y su postrer mirada refulgente  
Esmalta de zafiros la ancha esfera.

Blanca, dorada, purpurina nube  
Sobre su inmenso túmulo se mira,  
Que al oscuro zenit fulgida sube;

Cual se eleva sublime la memoria  
De un magnánimo príncipe que espira,  
Siendo del pueblo la delicia y gloria.

---

---

---

AL LICENCIADO

DON IGNACIO VALDÉS MACHUCA,

POR SU CANTATA LA CIRCE.

---

¡Es la lira estasiante del Mantuano  
La que escucho de gozo poseído,  
Que del infiel troyano  
La fuga canta y el dolor de Dido?  
¿O es el arpa del hijo esclarecido  
Del ilustre Fingal, cuyos acentos  
Del torrente espumoso  
Y los sañudos vientos  
El insano furor calma y enfrena?...  
No: que es el numeroso  
Plectro sonante de Valdés sublime,  
Que la desolación, angustia y pena  
De la mísera Circe abandonada  
En metro ardiente esprime;  
Y lástima y terror y asombro inspira  
Con los tonos valientes de su lira.  
¡Cuán mustia, desolada,  
Y de triste palor la faz cubierta,  
Descubro á la infeliz sobre la cima  
De una montaña altísima, desierta,

*De la naturaleza pasmo horrendo!*

Allí, entregada á su dolor tremendo,

Tiembla, suspira, llora;

Y al cielo fatigando con plegarias,

Juzga ver en las ondas solitarias

La imágen del ingrato á quien adora.

Sus ruegos escuchad: vedla cuán tierna

Y en su dolor hermosa,

A su amante recuerda los placeres

De la pasión mas dulce y deliciosa.

”¡Detente por piedad, amado Ulises!

Por este amargo llanto

Que ardiente baña mis mejillas frías;

Por el feliz encanto

Que en mis brazos gozaste en otros días,

La vista torna á tu espirante Circe....—

¡Y me deseyes, pérfido, y te alejas!

¡Y á mis dolientes quejas

Así ensordeces y á mis tristes voces?

¡Y vosotros ¡oh dioses!

Guardáis á la ternura

El cáliz del dolor y la amargura?....”

Inútil suplicar, aunque tan bello;

Que el falso amante las cerúleas olas

Surca tranquilo hácia la dulce Itaca,

Mientras que Circe á solas

Angustiosos lamentos

Esparce entre suspiros á los vientos.

Pero ya del furor cubre su frente

La horrible lividez.... el tierno lloro

Que su nítida faz embellecía.

La miro reprimir: aquel sonoro

Melífluo eco de voz que bastaría  
 A conmover un pecho de diamante;  
 Del fervido torrente  
 El ronco son semeja y el rugido.  
 A sus palabras hórridas la tierra  
 Siéntese rétemblar: embravecido  
 Se oye bramar el piélagos turgente,  
 Zumbar el aquilon: del universo  
 Con fracaso estallar la áurea cadena  
 Que el raudos giro de los astros frená:  
 Pertúrbanse las leyes naturales;  
 Y á su feroz conjuro,  
 Del hondo averno en el recinto oscuro  
 Palidecen los dioses infénales.—

¡Impotentes esfuerzos, triste Circe!  
 Que ni el doliente acento  
 De un amante sensible cuando ruega,  
 Ni de la magia el poderoso encanto,  
 Fijaron nunca la inconstancia ciega.  
 Tu bárbaro tormento  
 Será iumortal con tu mortal quebranto.  
 Todo ¡ay! todo es perfidia en este mundo,  
 Y todo ingratitud!.... La álgida losa,  
 Entre la muerte límite y la vida,  
 Tan solo puede con su horror profúndo  
 Borrarr la árida huella dolorosa  
 Que en un corazon tierno cruel imprimé  
 Amor si és infeliz....

¡Valdés sublime,  
 Prosigue con ardor! sobre la cumbre  
 Del Pindo floreciente,  
 Las Piérides hornosas

De dólícos laureles y de rosas  
 Tejen guirnaldas para orlar tu frente :  
 ¡La clara frente del cantor de Circe!  
 Libre al viento la undivaga madeja  
 Más fúlgida que el oro,  
 Y la faz divinal húmida en lloro,  
 Triste Calipso con dolor se queja  
 De Telémaco el nombre suspirando  
 En las oggigias playas :  
 ¡No escuchas cual te invoca la infelice?  
 El eco de tu lira el aire rompa,  
 Y de la Fama alígera la trompa  
 Tus cantos ¡oh Valdés! immortalice.



---

## Á DORILO Y DESVAL.

---

### SONETO.

Vates sublimes, cuya docta frente  
Del Pindo tropical ornan las flores;  
Y al oíros los tiernos ruiseñores  
El canto acallan mélico-doliente.

Vosetros, cuya cítara valiente  
Embarga el corazón con sus primores;  
Ya celebrais los plácidos amores,  
Ya el sol brillante de la zona ardiente.

Vuestro célico cántico sonoro  
Las ninfas del palmífero Almendares  
Gratas escuchan en festivo coro.

Resuenan con su aplauso los palmares:  
Y el sacro río sobre arenas de oro  
Vuestra gloria inmortal lleva á los mares.

---

---

## Á LA MEMORIA

DEL DOCTOR

DON JOSÉ FERNANDEZ MADRID.

---

¡Qué clamor funeral, qué hondo gemido.  
Del Támesis brunoso en las orillas  
Sordamente resuena,  
Y salvando veloz los anchos mares  
En las playas retumba de Almendares?  
¡Porqué rasgan sus ninfas  
La fragante corona de azucena  
Que adornaba sus sienes primorosas?  
¡Porqué vierten sus ojos  
Lágrimas abundosas,  
Y allá del Chimborazo en la alta cumbre  
Gime el raulo condor? ¡ay de mí triste!  
El hijo de Esculapio y de Minerva,  
El cantor de las Rosas ya no existe.  
*¡Oh tú, vasta montaña de Quindío!*  
*De Barragan ¡oh bosques magestosos!*  
Jamás vuestras profundas soledades  
Volverán á escuchar los melodiosos  
Tiernísimos acentos  
Del laud de Madrid:—ironó la parca;

Y del vate sublime en la ancha frente  
 El fulgor eclipsó: gira doliente  
 De su sepulcro en torno la sangrienta  
 Sombra de *Guatimoc*;<sup>2</sup> y entre suspiros  
 De su amable cantor el nombre dulce  
 Pronuncia con pesar misera *Atala*.<sup>3</sup>  
 También *Delille*<sup>4</sup> su dolor estala  
 Desde la tumba fría  
 En las plácidas márgenes del Sena;  
 Y todo es llanto y aflicción y pena  
 Donde tiene su altar la Poesía.

¡Venerable pastor! ¡martir heroico!  
 ¡Ay! yo te miro en lágrimas bañado  
 Trémulo dirigirte al cenotafio  
 De tu amigo infeliz: allí el cayado  
 Con que piadoso riges tu rebaño  
 Al aprisco eternal, triste depones;  
 Y alzando al cielo las temblantes manos,  
 Le ruegas fervoroso  
 Termine tu carrera de dolores,  
 Librándote de un mundo  
 Dó de yertos sepuleros rodeado  
 Te encuentras solitario, y entregado  
 A mil recuerdos de dolor profundo.

¡*Rosa del Bogotá!* ¡sensible Amira!  
 Vuelve ya á las colinas  
 De tu nativo suelo:  
*Suelo benigno, ameno, delicioso,*  
 Que vió tu juventud: allí el consuelo,  
 El consuelo á tus bárbaros pesares  
 Encontrarás, Amira, y el reposo.  
 Los restos de tu esposo,

En una fúnebria conservados,  
 Surquen contigo los soberbios mares:  
 Y en los mármóreos túmulos callados  
 Dó yacen sus mayores,  
 Con llanto de dolor depositados,  
 Corónelos la reina de las flores.  
 Tales fueron ¡oh Amira! los deseos  
 Que al morir le animaron; ¡y pudiera  
 Cumplirlos tu cariño entre las rocas  
 De la lóbrega Albion? No; el ciprés solas  
 De insaciable pesar imágen fiera,  
 Crece en silencio allí; mientras bramando  
 Só encapuzado cielo,  
 La oscura frente el aquilon levanta  
 Sobre eternas pirámides de hielo.  
 Mas ¡las rosas! las rosas  
 Nunca esparcieran en tan crueles climas  
 Sus auras olorosas,  
 Que el frío las quebranta,  
 Y no encuentran de Febo la sonrisa,  
 Ni el dulce alhago de la blanda brisa.  
 Verde rosal en su sepulcro planta,  
 Amira, tristemente;  
 Y al colorar el encendido oriente  
 La purpurina aurora,  
 Gime con ella ¡desfichada! y llora.  
 ¡Madrid desventurado!  
 ¡Porqué no te quedaste entre nosotros  
 Al amor y las musas consagrado?  
 Tú, que las rosas del abril tempranas  
 En tu humilde sepulcro ver querias;  
 ¡Cómo olvidar podias

Que en nuestras tumbas crecen tan lozanas! 6  
 ¡Oh de la madre patria amor sublime!  
 ¡Feliz el que en su fuego  
 Ardoroso se inflama;  
 Y al eco de su voz que al hijo llama,  
 Vuella gozoso á obedecerla ciego!  
 No ignora el vate que la tumba fría  
 En las playas británicas le espera:  
 ¡Cómo en los hielos conservar pudiera  
 Una tan débil flor su lozanía?  
 Mas la patria lo quiere, y él no olvida  
 Que es dulce y decoroso  
 En sus aras morir....—Llorad ¡oh ninfas!  
 El cantor de las Rosas melodioso:  
 Con su dorada lira,  
 Enmudeció en los brazos de su Amira,

---

---

Á

**D. JOSÉ MARIA HEREDIA.**

---

SONETO.

¡Cisne canoro del cubano suelo!  
¿Quién oyendo los ecos de tu lira  
En llanto no se inunda, y no suspira,  
Y se eleva en espíritu hasta el cielo?

No es del ave de Jove el raudó vuelo  
Al tuyo comparable, cuando inspira  
Tu frente Apolo; y complacido mira  
De amor y aplauso tu ferviente anhelo.

Mientras tu nombre aligera la Gloria  
Lleva al lumbrosa templo de Minerva,  
Y en planchas de oro graba tu memoria;

La Fama nuevos lauros te reserva:  
Émulo digno del sublime Tasso,  
Honor serás del índico Parnaso.

---

---

## EN ELOGIO

DE UN CUADRO QUE REPRESENTA A CRISTÓBAL  
COLON EN EL MOMENTO DE DESCUBRIR EL NUE-  
VO-MUNDO, EJECUTADO POR EL JÓVEN HABA-  
NERO D. FRANCISCO CAMILO CUYAS.

---

¿Quién sin las bellas artes á la cumbre  
De la inmortalidad raudal subiera,  
Y la celeste lumbre  
De la gloria en su frente lucir viera?  
Obra prodigios de valor furioso  
El hijo de Pelco  
En la orilla del Janto proceloso;  
Y sus aguas revueltas  
Escudos, petos y brillantes cascos  
Arrastran en la rápida corriente:  
Arde mísera Troya;  
Y el ronco acento de la teucra gente  
Asorda el hondo Bósforo rugiente.  
Pugna Gofredo los antiguos muros  
De la sacra Sion, que profanara  
El feroz musulman: chocan las cruces  
Con las líbicas lunas que despliega  
El agareno infiel; y la onda clara  
Del divino Jordan, tinta en la sangre

Del fiero mahometano,  
 Se mezcla con la sangre del cristiano.  
 ¿Quién recordara ya de su heroísmo  
 Las ínclitas proezas  
 Sin la trompa de Homero,  
 Y sin la lira cécica del Tasso;  
 Cuando se afana inútil el viagero  
 Por hallar los sepuleros mutilados  
 Donde yacen sus restos sepultados?  
 Con lento caminar al sacrificio  
 Marcha Ifigenia hermosa;  
 Y el tierno pecho de jazmín y rosa  
 Presentando á la bárbara cuchilla,  
 En púrpura bañada  
 Último sol sobre sus ojos brilla.  
 Intrépido Colón en frágil pino  
 Las no domadas ondas  
 Del atlántico mar surca sereno,  
 Forzando entre tormentas el camino  
 Del mundo occidental. ¡Heróico esfuerzo!  
 Sin ejemplo en los fastos de la historia,  
 Y único digno de eternal memoria.—  
 Al contemplar la calma y el sosiego  
 Del argonauta osado,  
 Sus bellas proporciones  
 Y sublime espresion de sus facciones;  
 Mi mente entusiasmada  
 Se ostina en confundirle  
 Con el délfico dios: allí agrupada  
 Tambien se mira la gózosa turba  
 De infieles compañeros,  
 Que negando sus frentes al peligro,

Colmáronle de indignos desafüeros.  
 La confusion en unos, y el respeto  
 Descúbrese en los otros; y humillados  
 En la augusta presencia de su geié,  
 Demandan su perdon avergonzados.

La nave en tanto la felice prora  
 Dirige hácia las playas  
 Que un purisimo sol ardiente dora:  
 Las regaladas brisas,  
 A los remotos huéspes alhagando,  
 Agitan mansamente las divisas  
 De Isabel la Católica y Fernando.

Mas ¡quién á este suceso portentoso  
 Y al sacrificio de la griega vírgen,  
 El dulce encanto inspira  
 Que embarga el corazon del que los mira  
 Sobre tablas ebúrneas consignados?  
 ¡Timantes sin igual! ¡Cuyás sublime!  
 Vosotros responded: cuando inspirados  
 Por el genio valiente de las artes,  
 Al divino pincel que el lienzo anima  
 Legábais para siempre los recuerdos  
 Más tristes y gloriosos  
 Que la Fama cantó! Suspire y gima  
 Misero Agamemnon, la oscura frente  
 En negro lienzo fúneral velada;  
 Mientras Colon, mostrando al occidente  
 La tumba de oro donde muere el dia  
 Su empresa denodada,  
 Las artes cobnan de inmortal valia.  
 Feliz un tiempo el griego allá en la márgen  
 Del argentado Iliso,

El insensible mármol animara  
 Bajo el diestro cincel:—la hermosa cumbre  
 Del Olimpo sin dioses ya se mira:  
 Los templos á su inmensa pesadumbre  
 Desplomados cayeron,  
 Y al rigor de los siglos  
 El culto y las deidades perecieron!....  
 Empero vive y vivirá por siempre  
 Su memoria en las artes: ellas solas,  
 El furor contrastando de los tiempos,  
 El nombre guardarán y las acciones  
 Del mortal y del dios.... ¡Tú, Praxiteles,  
 Y vosotros Miron, Scopas, Fidias,  
 A par de los Ticianos, Rafaeles,  
 De la inmortalidad y de la gloria  
 Los árbitros seréis!

¡Quién al viagero  
 Impule á sepultarse en las ruinas  
 Del triste Capitolio,  
 Y á llorar sobre el polvo lamentable  
 De Corinto y Atenas?  
 Solo el encanto de las bellas artes.  
 Aurelio ya no existe; pero dura  
 Su memoria adorable  
 Sobre bronce eternal; y el sacerdote  
 Que osó vibrar la retemblante lanza  
 Contra el caballo á Pérgamo funesto,  
 En vano fuera víctima infelice  
 De eclesial venganza;  
 Que aun subsiste en el mármol esculpido  
 A despecho del tiempo y del olvido.  
 El genio de las artes ya su vuelo

Aizó de la alma Grecia  
 Dejándola sumida en hondo duelo;  
 Y las Piérides dulces ya no habitan  
 Del Hemo delicioso  
 Entre las grutas y ramage umbroso.  
 Al grito de la muerte intimidadas,  
 De sus bosques floridos  
 Pavorosas huyeron á occidente:  
 Y en la orilla del Támesis, del Sena  
 Y olivífero Bétis;  
 Y en los campos del Inca prepotente;  
 Y entre las regias tumbas  
 De los aztecas célebres, ostentan  
 De inmarcesibles rosas  
 Decorada la sien; pero dirigen  
 Desde allí sus miradas cariñosas  
 A la opulenta Habana:  
 Y escuchando el clamor de un cuerpo egregio  
 Que en su lustre se afana,  
 Su noble aliento inspiran  
 Al cubano feliz....

Tú, que el primero,  
 Cuyás insigne, la difícil senda  
 Has abierto en tu patria  
 Al mágico pincel, y consignado  
 A la posteridad la valentía  
 Del moderno Jason infortunado;  
 Mi homenaje recibe:  
 El humilde homenaje que te ofrece  
 Mi dulce admiración: muy mas merec.  
 Tu talento precoz; empero el día  
 En breve lucirá que entretejida

Al laurel immortal, tu hermoso nombre  
El templo ocupe de la augusta Fama.—  
Ya entónces en ceniza convertido  
Estará tu cantor; pero tu gloria  
Recordará á las gentes su memoria.

---

---

AL

INFELIZ ALZAMIENTO

**DE LOS POLACOS EN 1830.**

---

SONETO.

¿Veis del rápido Vístula en la orilla  
Mil pálidos cadáveres helados?—  
Ilustres héroes son, sacrificados  
Del bárbaro cosaco á la cuchilla.

Ofuscada la luna, apenas brilla  
Sobre aquellos valientes destrozados;  
Mientras se oye en los vientos irritados—  
*¡El polaco perece, y no se humilla!*

Lanza un gemido humanidad doliente,  
La dulce y mustia faz húmida en llanto;  
De inmensa pira á la espantosa llama.

Y rebozando la divina frente  
Horrorizada en el luctuoso manto,—  
*¡Maldición á los déspotas!!! esclama.*

---

## LA PESTE EN LA HABANA.

---

¡Ay! que dejando la temblante cuna  
Que entre sus ondas fétidas le diera  
El Ganges cenagoso;  
Y tendiendo la roja cabellera  
Sobre un aire mortífero, alevoso  
Ya invadió del palmífero Almendares  
El *Cólera* voraz la márgen bella,  
Muertes brotando só la inmunda huella.  
¡Lo veis! en la sangrienta  
Audaz lívida frente, coronada  
De fúnebres despojos,  
Con negros rasgos Destrucción se ostenta.  
El fuego del relámpago en sus ojos  
Se mira relucir: su hedionda boca,  
De asquerosos cadáveres henchida,  
Feroz grito de muerte  
Horrible lanza que al infierno evoca;  
Ciego blandiendo y respirando saña  
Con mano hirsuta la minaz guadaña.  
Las fuentes de la vida  
Al fragor de su plastro se envenenan:  
Sus mármoles durísimos las tumbas  
Quebrantan con estrépito; y el llanto,  
La asolacion y el duelo,

Cual gasa funeral, el dulce encanto  
 Anublau de la tímida cubana,  
 Que al crudo azote de iracundo cielo  
 Trocarse mira la opulenta Habana  
 En túmulo voraz....

¡Sí! que ya el monstruo,

De crímenes inultos revestido,  
 Letal hálito inundo derramando,  
 Tremola el serpentífero estandarte,  
 Mil víctimas y mil fiero inmoliando.  
 En vano se desvela  
 El filántropo hijo de Esculapio  
 Por dar alivio á humanidad doliente :  
 En vano, huyendo al fúvido torrente  
 De la devastacion, rápido vuela  
 Al hórrido desierto el ciudadano :  
 Y en vano ¡ay Dios! en vano  
 El cenobita al pié de los altares  
 Piedad implora al Hacedor clemente,  
 Que no le es dado á la sublime ciencia  
 El ímpetu atajar del monstruo infando :  
 Los bosques lanzan pestilente aliento,  
 Fatídicos presagios murmurando :  
 Y el cielo, sordo al endechoso acento,  
 Clama con ronca voz enfurecida :—  
*¡Ya la séptima copa está vertida!*

El fuego del averno las entraña=  
 Incendia de los míseros tocados  
 Del morbo destructor: yerta la sangre,  
 Estáncase en los vasos ulcerados  
 Al veneno letífero: rabiosa,  
 Devoradora sed arde en sus pechos;

Y en cruces horrendas convulsiones  
 Los infestados lechos  
 En vano ansian huir; que las regiones  
 Que el corazón hinchado vigoriza  
 Pasma frío glacial: con negro tinte  
 Su presa el monstruo atroz cadaveriza;  
 Y entre angustias mortales despechada,  
 Deja la vida la humana morada.

¡Cuántas escenas de terror, espanto,  
 Lágrimas y aflicción! Rueda sangriento  
 Por las calles y plazas solitarias  
 El carro de la Peste: las plegarias  
 Del triste pueblo, el hambre lamento  
 Y el ¡ay! de la horfandad, trémulos suben  
 A herir el nebuloso firmamento.  
 Todo es desolación: aquí un anciano,  
 Que á socorrer volaba al indigente  
 Con larga, amiga, bienhechora mano,  
 Asaltado del mal cae sin sentido  
 Y su postrer aliento es un gemido.  
 Allí el joven lozano,  
 De su ilustre familia noble orgullo,  
 Siente en sus venas la fatal ponzoña;  
 Y cual tierno capullo  
 Que agosta con furor cierzo ineladamente,  
 Huende en la tumba la sublime frente.  
 Acá el amigo en los fraternos brazos  
 Temblando oprime al delicioso amigo,  
 Objeto de su amor; y mientras riega  
 Con abrasantes lágrimas su seno,  
 La parca sin piedad su cuello siega.  
 Allá candida virgen el veneno

Bebe á los rayos de enlutada aurora :  
 Su faz se descolora,  
 Y el sol que sonrió á su rostro pulcro,  
 Mustia la mira en el voraz sepulcro.

La negra cabellera

Sobre las secas rosas desparecida  
 Del tálamo nupcial, y el velo de oro  
 Que su frente purísima ciñera,  
 Humedecido al transparente lloro;  
 Como el amor hermosa,  
 Mas allá espira virginal esposa.

Abraza sollozante

El triste padre al moribundo hijo;  
 Y al imprimirle el ósculo postrero,  
 Caen traspassado de invisible acero.—  
 Ni la dulce ternura

De la postrada célica hermosura,  
 Piedad del monstruo alcanza;  
 Que al golpe funeral de su venganza,  
 En fétido esqueleto convertida,  
 También sucumbe la beldad florida.

Entre el silencio de la noche umbrosa

El estrago es mayor : mayor el hambre  
 De la insaciable hidra ponzoñosa.  
 Y á la manera que en la opaca selva  
 Al sacudir de tempestad bramante,  
 Las hojas y las flores  
 Al suelo bajan cual llover sonante;  
 Así entre los gemidos dolorosos  
 De tristes sombras que en las nubes giran,  
 Los miseros que espiran  
 Hinchon, cayendo, los profundos fosos.

¿Qué importa que el impávido Esculapio  
 Del monstruo siegue la voraz garganta,  
 Si á cada gota de su negra sangre  
 Mil cabezas y mil fiero levanta?  
 "¡La fuga es salvacion!" Mirad cuál huyen  
 Aterrados los tristes moradores  
 En pos de las florestas escondidas;  
 Mas ¡ay! ¡cuántos horrores  
 Cortan el paso á su indiscreta fuga!  
 ¿Los veis? en su carrera  
 Aligero ya el monstruo los alcanza,  
 Y mas feroz en su feroz venganza  
 El estrago terrífero acelera.  
 ¡Ni perdón ni piedad! ¡Todos perecen!...  
 Los campos cultivados,  
 Las escondidas sendas peligrosas,  
 Los mas ásperos montes encumbrados,  
 Innumerables víctimas preciosas  
 Contemplan fenecer horrorizados.  
 Yo lo vi: yo lo vi: madre y viuda,  
 A la sombra del plátano, espirante  
 Oprime en su regazo yerto infante,  
 Triste fruto de amor: la desdichada  
 Clama con voz exánimo: ¡hijo mio!!!  
 Su labio helando de la muerte el frio;  
 Y el fúnebre silencio  
 Es por el ronco grito reemplazado  
 Del carnívoro buitro alborozado...  
 Cubre entretanto la ciudad luctuosa  
 Terror y asolacion: ayes, sollozos,  
 Hondos gemidos por el aire vagan  
 Acreciendo el horror de los destrozos.—

La confusión aumenta: el santuario  
 Sin ofrendas se mira y solitario....  
 El báculo, la mitra y el anillo  
 De las aras al pié yace sin brillo;  
 Que el pastor venerable  
 Víctima fué del monstruo inexorable.  
 Los vínculos sagrados  
 Que al hijo ligan al anciano padre,  
 La solícita esposa al fiel marido  
 Y al tierno amante con su bien querido,  
 Estallan con la fuga: abandonados  
 A pública piedad quedan postrados  
 Infelices sin cuento,  
 Con débil voz clamando en su agoría:  
 "¡Algunas gotas dulces de agua fría!"  
 Y su postrer aliño,  
 Con el miasma letal recibe el viento,  
 Estragos murmurando.... ¡Aun mas horrores,  
 Gran Dios! ¡Sí! que las tumbas,  
 Las anchísimas tumbas no bastando  
 A esconder en sus senos abismosos  
 Las víctimas inmundas; de cien piras  
 La funeraria llama  
 En densos remolinos tenebrosos  
 Los infectos cadáveres inflamó;  
 Y las cenizas pálidas el austro  
 Sopla y desaparece en las calladas plazas  
 De la yerma ciudad....  
 ¡Dó fue de Cuba  
 La soberbia metrópoli? ¡Su gloria,  
 Su esplendor y opulencia, dó se esconden,  
 Y el cetro de los mares de occidente?

"¡Cayó! ¡Cayó!!" responden  
 Iracundos los vientos, y la frente  
 Humillará harto tiempo sin decoro,  
 Trocada en polvo la diadema de oro.  
 "¡Cayó!" repite el eco: y cuando oscura,  
 La Noche el vuelo tiende pavoroso,  
*¡Muerte!* el vecino mar roncó murmura:  
*¡Muerte!* Almendares clama estrepitoso:  
*¡Muerte!* suena remota la espesura;  
 Y entre el silencio lágubre y la calma,  
*¡Muerte!* suspira la distante palma.

Cese ya, divas Piérides, el canto  
 Para siempre tal vez; y la corona,  
 La humilde flauta y gemebunda lira  
 Recibid con mi llanto,  
 El llanto triste que el dolor inspira.  
 Y tú ¡del hondo averno.  
 Horrible emanacion! si de una esposa,  
 Único bien que me guardó el destino,  
 Ansias la sangre derramar preciosa,  
 Oye mi flábil voz: vierte la mía,  
 Viértela despidada;  
 Y con tranquila frente y resignada  
 Bajaré al seno de la tumba fría.

---

## LA AUSENCIA.

---

### SONETO.

¿Y nunca dejareis la márgen bella  
Del límpido Almendar, donde orgullosa  
La ceiba su veilon tremola airosa,  
Y el cocotero altísimo descuella?

¿Nunca en su arena vuestra noble huella  
Del Yumuri verá la ninfa hermosa,  
Ni en su plácida sombra deliciosa  
De la tórtola oiréis la fiel querella?

En vano os pide mi amistad ardiente  
Al monte, al prado, á la espesura, al río,  
Dulces asilos de placer y calma.

Que la Náyade frena su corriente,  
Y solo escucho entre el ramaje umbrío  
Los profundos suspiros de la palma.

---

---

## FRANKLIN.

---

Eripuit cœlo fulmen, sceptrumque tyrannis.  
*Turgot.*

**E**n vano truena Jove;  
En vano de su faz resplandeciente  
La angusta magestad airado vela,  
Respirando la muerte vengativo;  
En vano de la diestra omnipotente  
El rayo destructivo  
Amenaza vibrar sobre la tierra;  
Que un genio pensador álzase osado,  
En alas de la ciencia  
Hasta su etéreo solio, y atrevido.  
Del cetro de las nubes le despoja,  
Dejándole turbado y confundido.  
Harto tiempo la cólera celeste  
El hombre tolerara en su impotencia.  
Sin poderla evitar; siempre aterrado  
Temblara al ronco estruendo pavoroso  
Del trueno de la esfera desatado.  
Vanamente sus votos dirigiera  
Al padre de los dioses,  
Y con dolientes voces  
Aplacar intentara sus furioses;  
Que el Tonante sus ruegos desoyendo

En pálida ceniza convirtiera  
 Al humano infeliz.—Inútilmente  
 La raza de Titan con saña fiera  
 Al sacro Olimpo guerra declarara,  
 Y arrebatara ansiosa  
 En su furor insano,  
 Al gran Jove el trisulco de la mano;  
 Que este honor inmortal fue reservado  
 Tan solo para tí, genio sublime,  
 ¡Mirífico Frankln! Mientras la tierra  
 En tétrico silencio sumergida  
 Ante el dució del rayo se humillaba,  
 En el retiro con severo estudio  
 Los oscuros secretos de natura  
 Tu vasto juicio sorprender ansiaba.  
 Ora las propiedades de los cuerpos  
 Observas, analizas,  
 Y su índole secreta profundizas.  
 Ora sus relaciones variadas,  
 Su atraccion invencible, ó bien la opuesta  
 Repulsiva tenace: piensas, dudas;  
 Y de renombre ansioso,  
 Hiende tu claro espíritu ardoroso  
 Las aéreas regiones culminantes,  
 Dó giran los planetas rutilantes.  
 Allí de los vapores condensados  
 Dominas esas masas, que ligeras  
 Van y vuelven, elevanse y descienden  
 Hasta chocar cual fervidas esferas  
 Con trueno ríspido estallido....  
 Entónces por mil bocas  
 Eléctrico el fluido deonando,

Ignífero se inflama;  
 Y en sierpes luminosas convertido  
 A la tierra se lanza retumbando  
 Con tremendo estridor....

Pálida Hama,

Sulfúrida, sangrienta,  
 El relámpago rápido derrama  
 Por el éter fugaz: su luz sombría  
 Esclarece tu frente:  
 Sonríes, mandas; y á tu voz el rayo  
 Rehuye la senda que veloz seguía,  
 Y su furor condenas  
 A quebrantarse dócil y obediente  
 Entre fuertes magnéticas cadenas.  
 No de otro modo al espantable silbo  
 Del padre de los vientos,  
 Sofócan sus horriberos alientos  
 Los tormentosos fieros huracanes  
 De los cálidos antros escapados;  
 Y á sus cavernas toman humillados  
 Albagando la mano que reprime  
 Su ímpetu asolador....

El áureo cetro

¡Oh Franklin! con que Júpiter rigiera  
 Las eléctricas nubes, ya en tu diestra  
 Tan solo brillará; y aqúeste mundo,  
 Al pronunciar tu nombre esclarecido,  
 De dulce admiracion sobrecogido  
 Te rendirá el respeto mas profundo.

¡Oh! ¡cuántas veces en las bellas tardes  
 De la verde florida primavera,  
 La planta melancólico guiara

A tu sepulcro helado,  
 Tu infelice cantor! Allí entregado  
 A las mas punzadoras reflexiones,  
 ¡Cuántas veces sus lágrimas copiosas  
 Humedecieron las funéreas losas  
 Dó tu exánime polvo venerable  
 Duermes el sueño eterna!...

Ornan la tumba

Del déspota execrable  
 Estupendas pirámides doradas .  
 Por el vil servilismo consagradas;  
 Pero jamas las niega el tierno llanto  
 De dulce gratitud, ni los gemidos  
 Jamas escuchan del patriota honrado  
 Que en su fin se gozó.—mientras la tuya,  
 ¡Oh Franklin! aunque humilde,  
 Siempre cubierta de fragantes flores,  
 Resuena con aplausos y iores.



---

---

## SAFO.

---

---

### SONETO.

De su pérfido amante abandonada,  
Misera Safo á Léucas se dirige;  
Allí la prueba aterradora elige  
Que su pasión sofoque desdichada.

Ya mueve el paso hácia la roca alzada:  
El crimen de Faon su pecho affige:  
A Némesis perdon por él exige,  
Y al abismo se arroja despechada.

¡Infeliz! ¡ay! de Tétis en el seno  
Despareció por siempre con su lira,  
Dulce embeleso de la griega gente:

Por siempre enmudeció... su plectro ameno,  
*¡Feliz quien junto á tí por tí suspira!*  
Clamó, y hundióse al piélago rugiente.

---

---

## Á UN AMIGO

### EN LA MUERTE DE SU MADRE.

---

Cuán justo es tu dolor, querido amigo!  
¡Qué inexhausta la fuente de ese llanto  
Que en amargo raudal vierten tus ojos!  
Ya no mas gozarás el tierno afecto  
De una madre sensible y cariñosa;  
Del funesto sepulcro el mármol frio  
La separa de tí; y en vano, en vano  
La invocas ¡triste! con doliente acento.  
Ni el eco del dolor, ni los suspiros  
Penetraron jamas la huesa oscura,  
Dó en sempiterna paz yace sumido  
El que á la muerte el funeral tributo  
Por último pagó. ¡Cuántos ¡ay! cuántos  
En el momento mismo que te escribo  
Reclinan en la tumba la cabeza!  
Tal vez un hijo en quien su anciano padre  
Las delicias cifraba de su vida,  
En ese instante muere, y con su muerte  
A soledad y lágrimas condena  
Al que le diera el ser. Quizá una madre,  
Único apoyo de sus tiernas hijas,  
Espira hora tambien: ¡oh! qué de males

A su familia horfánica le esperan!  
 La infame seducción sus torpes luzos  
 Dó quier la tenderá: por todas partes  
 Su tímida virtud verá atacada;  
 Y el oprobio ¡oh dolor! y la vergüenza  
 Serán su triste herencia inevitable.—  
 Acaso una beldad tierna y sensible  
 Rendida á la fatal melancolía,  
 La mustia sien de rosas coronada,  
 Baja al abismo del voraz sepulcro:  
 De amor la antorchita celestial ardía  
 En su cándido pecho virtuoso:  
 ¿Porqué no fué feliz? ¿porqué la muerte  
 Los hilos de oro de su edad florida  
 Despiadada cortó?... ¡ay! del destino  
 Los decretos eternos se cumplieron,  
 Y aligera la Parca sajadora  
 Su beldad, y su amor, y su esperanza  
 En la tumba voraz hundió sañuda...  
 Todo en el mundo sin cesar perece;  
 Solo el trono funesto de la Muerte,  
 Sobre pálidos túmulos alzado,  
 Es cual ella inmortal.—Mira ese lirio  
 Que decoraba ayer la blonda trenza  
 De la hermosura á quien adoras ciego:  
 Escucha el melancólico gemido  
 De esa mísera tórtola viuda,  
 Sobre una rama trémula posada  
 De los coposos mangos, que sonantes  
 Cercan tu habitación: mira tus libros,  
 Sí; míralos, y alónto un espectro  
 En cada uno hallarás. Abre la historia,

Abrela y dime lo que en ella adviertes:  
 Solo aniquilacion, tumbas, y ruinas;  
 La muerte siempre en irascible pugna  
 Contra la vida, y triunfante siempre  
 La muerte por dó quiera.... tú lo sabes:  
 Todo en el mundo á perecer camina.  
 Y esta mísera esfera que habitamos;  
 Y esos globos de fuego innumerables,  
 Cuya vasta distancia no le es dado  
 Calcular á la ciencia, ni sus moles  
 Portentosas medir; rotas las leyes  
 Que el supremo Hacedor les impusiera  
 Al lanzarlos con mano prepotente  
 En la etérea region, también deshechos  
 Por último caerán; y al triste brillo  
 Que de sus frentes pálidas despidan,  
 Sobre su solio fúnebre la Muerte  
 Gozosa sonreirá....

Justo es empero

El llanto ardiente que tu rostro baña:  
 Viértelo sin cesar: naturaleza  
 No dió al mortal el privilegio hermoso  
 De sentir y llorar inútilmente.  
 ¡Dí, qué fuera sin lágrimas el hombre!  
 ¡Ni qué consuelo al de llorar se iguala!  
 ¡Llora, amigo infeliz! lucirá un día  
 Que amarás tu dolor, y el llanto amargo  
 Que tu marchita faz cálido baña.  
 ¡Quién, si no tiene corazon de mármol,  
 No se entrega gustoso al sentimiento  
 Que vierte en nuestros pechos la memoria  
 De los dulces objetos que en la tumba

### III.

Ansiosos de abrazarnos nos esperan?  
 ¡Cien veces desdichado el que ha debido  
 A criminales séres la existencia!  
 Solo en silencio desahogar le es dado  
 Al mísero el dolor que en él se ceba:  
 Cubre su mustia frente la vergüenza,  
 Y nadie le consuela: todos temen  
 Su desgracia insultar; y, ni el sepulcro  
 Que todo lo destruye, borrar puede  
 Del delito la mancha perdurable...—  
 Pero tú, que el modelo mas sublime  
 De las mejores madres en la tuya  
 Acabas de perder; ¡oh! ¡cuán felice  
 Eres en tu pesar, doliente amigo!  
 Yo la ví, yo la ví sobre la orilla  
 Del túmulo fatal: su faz brillaba,  
 Al traves de las sombras de la muerte,  
 Con el suave esplendor de las virtudes;  
 Y un tierno sentimiento compasivo  
 Se eshalaba dó quier...

¡Oh! ¡quién me diera

La dulce certidumbre que mi tumba  
 Con lágrimas tambien será cerrada!  
 Sabe el hombre qué punto de la tierra  
 Protegió su nacer; mas siempre ignora  
 El lugar dó sus pálidas cenizas  
 El sueño dormirán de los sepuleros...  
 Mas, si en muriendo las angustias cesan  
 Que al mísero mortal por siempre aflijen...  
 Si el negro sueño de la muerte fía,  
 El bárbaro dolor y el infortunio  
 Alejará por siempre de su pecho;

Y si el cáliz fatal de la amargura  
No ha de apurar ya mas; amigo, entónces,  
Eclamemos cual Young inconsolable:—  
*¡Felices los que duermen en las tumbas!* \*

\* Noche I.

---

---

## Á LA AURORA,

---

### SONETO.

¡Salud, hija del sol! ¡cándida Aurora!  
Cuya flotante túnica de rosas  
Empapada en esencias aromosas,  
Perfuma el seno de la verde Flora:

Fresca guirnalda de jazmin decora  
Tus nacaradas sienes primorosas;  
Y tus nítidas pomas voluptuosas  
Encendido carmin tiñe y colora.

Apacible cual tú : cual tû divina,  
Cuando al dudoso albor del claro día  
La ebúrnea concha riges purpurina;—

Tan bella, entre mis brazos sonreía,  
No bien despierta tímida Corina,  
En el tiempo feliz que Dios quería.

---

---

## Á DON DOMINGO BLINÓ.

---

¿Dónde mi lira está? ¡la triste lira,  
Cuyas trémulas cuerdas ensañado  
Pulsó siempre el dolor!—Dádmela luego,  
¡Oh! ¡dádmela! que fervido me inspira  
En celestial encanto  
Del olímpico dios el sacro fuego:  
Y alígera la Fama,  
Ansia ya por llevar mi heróico canto  
Desde la tumba de Colon ardiente,  
A las brillantes puertas del oriente.

¿Quién es ese mortal que en raudó vuelo  
Miro surcar impávido la esfera,  
Cual el ave de Jove soberano,  
En la feliz ribera  
Del ya célebre aurífero Almendares?  
La alma serenidad brilla en su frente:  
En vano ante sus plantas ruge fiero  
El atroz huracan: en vano airado  
El proceloso piélago turgente,  
Rebrama con furor; y vanamente  
Entre celages densos ofuscado,  
En el índico mar el sol sepulta  
Su corona de luz:—nada le aterra,  
É intrépido se oculta

Entre apiñadas nubes tenebrosas,  
 Semejante á las sombras vagarosas  
 Del pais de Ossian. ¡Quién es; repito,  
 Ese mortal valiente á quien la tierra,  
 Estrecha pareciendo á su osadía,  
 Se pierde denodado  
 En el campo del éter infinito?  
 ¡Oh! decidme ¡quién es? que ya mis brazos  
 Ansian ceñirle en amistosos lazos.—  
 "El mas heróico de mis nobles hijos;  
 El que en los fastos de mi bella historia,  
 La mas alta memoria  
 Por siempre ocupará; el que hoy me eleva  
 A la cumbre brillante de la Gloria;  
 El émulo mas digno del ilustre  
 Y célebre *Blanchard!* Envanecido  
 El franco allá en las márgenes del Sena  
 Por su feliz audacia,  
 Osara presumirse él solamente  
 Del espacio señor; mas confundido,  
 Alzarse mira ya en el occidente  
 Un genio juvenil, vasto y profundo,  
 Cuyo arrojo, firmeza y valentía,  
 Ninguno ha demostrado hasta este dia  
 En los opuestos términos del mundo.  
 Y porque el orbe atónito se asombre,  
 Y aplauda su valor y su ardimiento,  
 Y le erija condigno monumento,  
 El orbe sepa su brillante nombre."  
 Torno la faz al eco magestoso,  
 Y á mi vista asombrada,  
 Muéstrase cual coloso,

Bella matrona sobre el muro alzada.  
 Rasga su augusta frente el ancho cerco  
 De nubes que la atmósfera circundan,  
 Y toca en el zenit: áurea corona,  
 En torno del plumífero penacho,  
 Las estrellas radiantes  
 Figuran con su luz: brilla su manto  
 De algodón salpicado de diamantes,  
 Como en la helada zona  
 De la lóbrega noche en el silencio  
 Reluce entre mil chispas centellantes  
 Boreal meteoro,  
 Vertiendo de esplendor almo tesoro:  
 Al hombro suspendido  
 Ostenta con orgullo aljaba de oro,  
 Al traves de las hebras del cabello.  
 Orna su hermoso cuello,  
 Hermoso, aunque tostado  
 Al rayo abrasador de un sol ardiente,  
 Regio collar magnífico, engastado  
 En perlas y corales de occidente;  
 Y la planta preciosa  
 Calza sandalia de oro relumbrosa.

Era la HABANA la matrona bella:  
 Éshalo al conocerla un fiel suspiro;  
 Un suspiro de amor; en tanto que ella  
 En el arco apoyando la siniestra,  
 Fúlgido dardo empuña con la diestra:  
 Y en la bóveda inmensa de zafiro,  
 Que limpia de celages relucía,  
 En ígneos caracteres  
 El nombre heróico de *Blinó* escribía.

Al punto veo la radiosa frente  
 Alzar de su sepulcro polvoroso  
 El magnánimo *Matuey* noble y valiente,  
 Y fervido gritar:—”¡Salud y gloria,  
 Intrépido *Blinó!*” y en la esmaltada  
 Orilla del palmífero Almendares,  
 ”¡Salud y gloria!” repetir sus ninfas  
 En resonante acento.  
 El undisono *Cauto* al escucharlas,  
 ”¡Gloria á *Blinó* y salud!” clamó al momento:  
 Y del fragoso asiento  
 Lánzase con estruendo á las llanuras  
 Que del bóreas al austro fertiliza  
 En sus corrientes puras;  
 Y en giros mil bajando al oceano,  
 Al reino de Neptuno llevó el nombre  
 Del aerconauta célebre cubano.

---

---

## AL SOL.



### SONETO.

¡Alma de la creación! ¡hermosa fuente  
Del calor, de la luz y de la vida!  
¡Deidad al Inca y Persa tan querida!  
¡Eterno Sol, magnífico, fulgente!

¡Oh! ¡cuán gozoso el Ser Omnipotente  
En tu faz celestial vió reflectida  
Aquella lumbre pura, esclarecida,  
Cuyo origen divino está en su frente!

¡Y habrás de perecer, cuando espantoso  
El ángel destructor, fiero, irritado,  
El éter hienda con siniestro vuelo?

No; que el excelso Jehova poderoso  
Desde el principio ¡oh Sol! te ha destinado  
Para antorcha perene de su cielo.

---

---

Á ZULMIRA  
EN SU NATALICIO.

---

Sobrados días  
Sonó el dolor en mi infelice labio:  
Hoy resuene el placer....  
*Heredia.*

¡Deidades de las selvas silenciosas!  
¡Amables y queridas compañeras,  
Que habitais estas rústicas praderas,  
La sien ornada de encendidas rosas!  
¡Genios de soledad! ¡ninfas hermosas!  
Vuestro influjo celeste humilde imploro.  
Verted sobre mi lira algunas flores  
De la verde guirnalda que matiza  
De vuestras trenzas fúlgidas el oro.  
No de Marte sangriento los furores,  
Ni de amor el alhago irresistible  
Hoy pretiendo cantar;—más dulce empeño,  
Más sublime y glorioso,  
Anima ¡oh ninfas! á la musa mia,  
En este fausto y apacible día.  
El natal venturoso  
De una driade, bella cual vosotras,  
Será el feliz objeto de mi canto.  
Mis ruegos escuchad: dad á mi frente  
De olimpica inspiracion un rayo ardientes.

Y ¡pueda el eco de mi ronca lira  
 Merecer el agrado de Zulmira!

”Concedamos al hombre algun consuelo  
 En medio al mal que sin cesar le agita :  
 De la hermosa Amistad se alce un modelo  
 Sobre esa esfera mísera que habita :  
 Virtud forme su pecho.  
 La Beldad y las Gracias  
 De atractivos la colmen y de encantos ;  
 Apacible , serena,  
 Cándida Paz sobre su frente ria ;  
 Y el triste Delio con ingenuos cantos  
 Su elogio haciendo calmará su pena,  
 Y su negra y mortal melancolía.”—

Asi Jove clamó desde su trono  
 Que alzado tiene en la mansion radiante  
 Del Olimpo eminente :  
 Su voz omnipotente  
 Sonó en los aires cual lejano trueno,  
 Y Zulmira nació.... ¡Feliz instante  
 De dicha y de placer! mas no su cuna  
 Meció el aura abrasante  
 De criminosos pueblos corrompidos ;  
 Dió el hado á su nacer mejor fortuna,  
 Y entre los tiernos lánguidos gemidos  
 Del céfiro en el prado,  
 Tuvo principio su existir amado.

Hora en los yertos climas boreales  
 El aterido invierno alza la frente  
 Sobre montañas de nitroso hielo :  
 Hombres, y plantas, y aves, y animales,  
 Todo se cubre de tristeza y duelo :—

No así sucede en los floridos campos  
 De la brillante zona  
 Que vieron tu natal, dulce Zulmira:  
 Los verdes campos dó en feliz sosiego  
 El sinsonte melífero suspira;  
 Los bellos campos dó el amor respira  
 Del vivífico sol al almo fuego.  
 Dó quier mis ojos la fecunda tierra  
 Ornada miran de preciosas flores:  
 La azucena purísima se mece  
 Sobre su esbelto tallo delicado:  
 La purpurina rosa sus olores  
 A la jóven beldad ufana ofrece;  
 Y el cerúleo *aguinaldo* perfumado,  
 Vistiendo la pradera y bosque umbroso,  
 El tapete semeja primoroso  
 Por una esclava lidica bordado.

¡Celestial Hermosura,

Concedida á la tierra por los dioses  
 Para endulzar benigna la amargura  
 Del humano infeliz! ¡siempre mi pecho  
 Ardiente te adoró! tu faz divina  
 Vertiera siempre en mi alma apasionada,  
 El encanto mayor y la ventura.  
 ¡Quién á tu yugo la cerviz no inclina,  
 Y á tu carro triunfal gustoso uncido  
 De floridas cadenas rodeado,  
 El mortal mas feliz no se imagina?  
 Tú brillas en la frente  
 De la modesta nítida Zulmira;  
 Y al que su rostro mira,  
 A suspirar le fuerzas blandamente.

¡Virtud! ¡amable ornato  
 De la belleza tan querida al hombre!  
 Permite ¡oh diosa! que mi voz te nombre  
 Con dulce afecto y con amor profundo.  
 En vano escarnecida,  
 Odiada y perseguida,  
 Siempre te vieras en el bajo mundo;  
 Que en su pecho Zulmira bello asilo  
 Plácida te conceda,  
 Dé el mortal que te adora libre puede  
 Culto en tus aras tributar tranquilo.

Y tú ¡santa Amistad! tierno consuelo.  
 Al corazón por la virtud formado;  
 ¡Qué fuera del mortal infortunado  
 Si dejaras la tierra por el cielo?  
 También tienes altares  
 En el cándido pecho de Zulmira:  
 Y al recordar de Pilades y Orestes,  
 O de Damon y Pitias el ejemplo,  
 Piadosa llora y con dolor suspira.

Tal te formaron los supremos dioses,  
 ¡Oh ninfa delicada!  
 Ornamento precioso de estos campos  
 Dé lada tienes tu feliz morada.  
 El bosque pisa; escucharás gozosa  
 La tierna Filomena apasionada  
 Zulmira modular: busca la fuente,  
 Y la oirás murmurar en su corriente  
 El nombre de Zulmira: el prado huella,  
 Y las flores verás en tu presencia  
 Humilladas besar tu planta bella.  
 Verás la yedra con afán asirse

Al plátano sombrío;  
 Y en las orillas del callado río  
 La esbelta palma de placer sonríese.  
 Y si mas quieres ver, la faz serena  
 Cubre un momento de sensible pena:  
 Muéstrate triste: cristalino llanto  
 Vierte un instante de tus ojos negros,  
 Y la lumbre del sol, cual por encanto,  
 Verás palidecer: verás la brisa  
 Inmóvil acallar su dulce aliento:  
 Oirás las aves suspirar dolientes  
 En congojoso acento;  
 Y al contemplar tus lágrimas y angustias  
 Verás las flores desecarse mustias.—  
 Así la bella Clicie apasionada,  
 Al reclinar Apolo en occidente  
 La polvorosa frente,  
 Lánguida inclina la cabeza alzada.  
 Mas no: jamas yo mire  
 Desmayado el carmin de tus mejillas,  
 A la fiereza impía  
 Del bárbaro dolor; antes espire,  
 Y en pálida ceniza convertido  
 Cúbrame el polvo de la tumba fria....  
 Sé por siempre feliz, mi dulce amiga,  
 Feliz y venturosa:—  
 Y pues ya los decretos celestiales  
 He cumplido gustoso, celebrando  
 Tus plácidos natales;  
 Puedan mis versos merecer, Zulmira,  
 Una sonrisa de tu boca hermosa,  
 Y no pulsaré mas mi amada lira.

---

---

## Á LA TARDE.

---

### SONETO.

Vedla cual sale de la selva umbría  
La planta dirigiendo á la pradera :  
¡Mirad sobre su frente placentera  
Cuál reluce el contento y la alegría!

A su aspecto resuena en la alquería  
La voz de la sencilla ganadera,  
Que los trémulos pasos acelera  
Del rebaño que tímido pacía.

¡Ay! ¡cuántas veces de Corina al lado  
Aspirando el perfume de las flores,  
Mi dicha presenciaste, amiga Tarde!

¡Recuerdo triste de mi bien pasado!  
Bien, que fiero mi mal troc6 á rigores,  
Y cuyo engaño conocí bien tarde.

---

---

---

## Á MALVINA

### EN EL SEPULCRO DE OSCAR.

---

¡Lloras, Malvina desdichada, lloras,  
Y los vientos fatigas con gemidos  
Sobre esas piedras áridas que cubren  
De tu Oscar adorado las cenizas?  
El eco de tus quejas doloroso,  
Trémulo resonando en la llanura,  
Escucha el cazador, y compasivo  
Tu nombre y el de Oscar triste suspira.  
Las vírgenes de Selma desoladas  
Su pérdida sensible tambien lloran:  
Oyese el canto lúgubre del bardo  
En la cima azotada por el viento;  
Y el mísero Ossian solo en el mundo,  
De memorias atroces rodeado,  
En vano invoca en la foresta umbría  
El malogrado juvenil apoyo  
De su amarga vejez: la dura muerte  
Devorándole en flor, al triste padre  
Condenó sin piedad á eterno duelo.  
¡Oh Malvina infeliz! tú que le amaste  
Y á su ardiente querer tan cara fuiste,  
¡Cuántos ¡ay Dios! infortunados días



El destino inflexible te prepara!  
 Ora trepando la áspera colina;  
 Ora el lóbrego bosque fatigando,  
 Su memoria cruel tus lentos pasos  
 Dó quiera seguirá. ¡Desventurada!  
 Tu incingüible doloroso llanto,  
 Hirviendo sin cesar sobre su tumba,  
 ¡Qué podrá conseguir? ¡Borra el destino  
 Sus sanguinarios hórridos decretos?  
 ¡O esperas ¡infeliz! que le conmuevan  
 De una amante las quejas y suspiros?  
 Del furor implacable la sentencia  
 No se borró jamas, ¡triste Malvina!  
 ¡Dichoso aquél que en el voraz sepulcro  
 Se reune á su amor; y más dichoso  
 El que estrechado entre sus brazos frios  
 Con él desciende á la mansion postrera!  
 De un inútil dolor la dura garra  
 Ya no mas romperá desapiadada  
 El pecho miserable del amante;  
 Pero la muerte bárbara ensordece  
 Al ardiente clamor del desdichado,  
 Y al que duerme tranquilo el blando sueño  
 De la felicidad, á ese tan solo  
 Arrebata feroz....

¡Qué hondo silencio!  
 Reina la noche, y la callada luna  
 Lanza un rayo al traves de la floresta.  
 Escúchase en la tétrica llanura  
 El sonido espirante de las arpas,  
 Mezclado con el llanto y los gemidos  
 De las sombras que vagan por el aire....

¡Qué divisa mi vista en el sepulcro  
 Del valeroso Oscar? triste un anciano,  
 Cuyos ojos cerrados vuelve al cielo  
 De un diluvio de lágrimas cubiertos,  
 Sobre una piedra rústica se apoya  
 Dó el musgo de la muerte ha vegetado.  
 Una amable beldad allí sentada  
 Se descubre también, pálida y yerta,  
 Semejante á la flor que entre las tumbas  
 Ha marchitado el ábrego inclemente.  
 Inmóvil, como el mármol funerario,  
 La frente melancólica reclina  
 Sobre una mano blanca cual la nieve  
 Que agitan las tormentas boreales,  
 En el silencio de la noche fría.  
 ¡Si serán el dolor y la tristeza?  
 ¡Ay! sí: es Malvina, la infeliz Malvina,  
 Y el flébil Ossian: ¡miseró! llora:  
 Este triste consuelo te concede  
 El destino cruel: ¡pueda tu llanto  
 El dolor mitigar que en tí se ceba!  
 Sus lágrimas mezclando con las tuyas  
 Malvina entre las rocas del desierto,  
 Dará á tu pena celestial alivio.  
 ¡Qué no alcanza el poder de la hermosura?  
 Un tiempo ¡ay Dios! en mi sensible pecho  
 El bálsamo precioso de la vida  
 La beldad derramó; mas ¡qué valiera?  
 Bien presto la perfidia en copa de oro  
 Su veneno letífero me dando,  
 Arideció por siempre mi existencia.  
 ¡Feliz, feliz el que á la tumba helada

Baja, sin conocer ni los rigores  
De una pasión aleve y engañosa,  
Ni el tormento que sigue al desengaño!  
Tú, que en Oscar perdiste un fiel modelo  
Del más constante amor y más ardiente,  
No ceses de llorar: también mi llanto,  
Tan abundoso y triste como el tuyo,  
Deplorará tu bárbara desdicha.—  
Mas ¡ay! en tanto que los tiernos brazos  
Tu amante tienda á recibirte ansioso;  
Mientras tu sombra vuela entre las nubes  
De un amor eterno feliz gozando;  
Yo el peso arrastraré de una existencia  
Entre pesares y dolor sumida.

---

---

## A LA NOCHE.

---

### SONETO.

¡Noche! ¡triste deidad! ¡lúgubre diosa!  
¡Fuente sublime de melancolía!  
Mas grata al infelice, que del día  
La refulgente luz esplendorosa.

Ora ciña tu frente luctuosa  
Diadema de zafiro y pedrería;  
Ora la ofusque tempestad umbría,  
Siempre eres bella, augusta, magestosa.

Sobre tu álgido túmulo la aurora  
Verdes guirnaldas de fragantes flores,  
Y ricas perlas orientales vierte :

Todo siente en el mundo: todo llora;  
¡Y será que olvidando sus rigores  
Corina llorará también mi muerte?

---

---

## MISANTROPIA.

---

No hay en los hombres  
Compasion ni virtud....  
*Zoraida, act. II esc. IV.*

Al moribundo rayo  
De tempestosa luna enrojecida ;  
Entre el cónfuso estruendo del torrente  
Que acrece con fragor pluvioso mayo,  
Y en sonante caída  
La voz semeja del leon rugiente;  
Mientras de Venus la radiosa frente  
Rápido ofasca nebuloso manto,  
Y del Cuzco en las ásperas montañas  
Seguido del espanto  
El austro abrasador silba furioso,  
Abatiendo las rústicas cabañas,  
El cedro altivo y el jagüey coposo;—  
Inquieto, delirante,  
La planta guio hácia la selva oscura,  
Ansiando alivio en mi infeliz tristura.  
¡Oh tú, que á la fatal melancolía  
El hado sin piedad te destinara,  
Doliente lira mia!  
Lira de penas, de aficción y llanto,  
Ven y suaviza mi mortal quebranto.

Y vosotros, desiertos solitarios,  
 Asilos del horror y la tristeza,  
 Dejad ¡ay! que mis lágrimas copiosas  
 Corran libres en la horrible aspereza  
 De esta callada soledad oculta.  
 No aquí del hombre pérfido, alceoso,  
 La presencia feroz al hombre insulta  
 Que al infortunio condenó la suerte.  
 Solo en el centro de la selva inculta  
 Es donde logra el mísero angustioso  
 Mitigar su dolor, y entre sus sombras  
 La traición evadir....

¡Quién, si ha nacido  
 Con un corazón tierno y generoso,  
 Puede sin irritarse ver hollada  
 La sublime virtud, y la inocencia  
 Tras la carroza atada  
 Del crimen triunfador?... ¡Nunca mis ojos  
 Tan bárbaras escenas  
 Vuelvan á contemplar! ¡hartos enojos,  
 Sí, hartos enojos y sobradas penas  
 Vertió ya el hombre en mi doliente pecho;  
 En mi pecho infeliz! ¡Desventurado!  
 No bien de mi existencia se cumplieran  
 Cuatro fervidos lustros, cuando fueran  
 Agostadas las flores de mi vida  
 Al ponzoñoso aliento  
 De la calumnia atroz.... ¡Memoria horrible!  
 Memoria de dolor, que me intimida  
 Y mi desgracia acrece y mi tormento.  
 Si pudiese olvidar.... ¡ah! ¡nunca! ¡nunca!  
 Solo al amor la ensangrentada herida

Que mi seno infeliz rasga y destroza,  
 Era dado sanar;—él ha estinguido  
 De mis amargas lágrimas ardientes  
 El escaso raudal; y los consuelos  
 De un saludable venturoso olvido,  
 Y la dulce amistad, don de los cielos,  
 No existen para mí: solo el sepulcro,  
 Un sepulcro ignorado

Dará la paz á mi vivir cansado.

¡La Amistad! ¡la Amistad! yo la adoraba  
 En un monstruo feroz que la fingía,  
 Y él en retorno mi inocente pecho  
 Con sangriento puñal despedazaba!....

¡Oh Dios! desde aquel día,

Cual huracan deshecho,

La perfidia fatal, la alevosía,

El torpe engaño y el sangriento crimen

Tronaron sobre mí.... ¡ay! yo no ignoro

Que en el silencio gimen

Mil víctimas y mil, á quien natura

Un corazon les diera cual el mio

Destinado á sufrir; y la amargura

De esta horrible certeza,

Mi insufrible penar hondo y sombrío

Y mi disgusto irrita y mi tristeza.

Me quedaba el Amor: sobre sus aras

Dulces y misteriosas,

Breves instantes me creí en la cumbre

De la felicidad: sus bellas rosas

Cultivé con ardor; y en mi delirio

Olvidé mi funesta pesadumbre

Y al hombre perdoné.... mas yo soñaba,

Yo soñaba. ¡Feliz, si el sueño mio  
 Hubiese sido el del sepulcro frio!  
 Por último brilló fatal la aurora  
 Del desengaño atroz.... al fin despierto...  
 Horrible despertar! ¡Sierpes, no flores,  
 Sierpes preñadas de letal veneno  
 Fueran, en vez de amores,  
 Las que abrigaba en mi inflamado seno!!!

.....  
 ¡Dulce memoria de mi dulce Silvia!  
 ¡Yo siempre te amaré! ¡Cómo pudiera  
 Mi infeliz corazón despedazado  
 Sin amarte alentar! ¡oh! ¡cuán sincera  
 Tu pasión ardorosa  
 Y tu ternura fue! ¡porqué ensañado  
 El destino fatal á mi cariño  
 Te arrebató. cruel, Silvia preciosa?  
 ¡Días de mi felicidad! ¡cuán raudos  
 Volásteis sobre mí!.... No de otra suerte  
 Huracan bramador rasga furioso  
 La corona florígera que ciñe  
 Las purpuradas sienes de la Aurora,  
 Apenas brilla en el dorado oriente.  
 Todo fué para mí: todo ¡ay! en vano:  
 Aun muestra abril lezano  
 Su pompa encantadora,  
 A mi ofuscada entristecida vista;  
 Vanamente la voz de los sinsontes  
 Resuena en mis oídos;  
 Despareció el prestigio y el encanto  
 Para nunca tornar, y ya los montes  
 Alzan en vano las soberbias frentes.

De oro, verde y azul engalanadas  
 En las alegres matinales horas;  
 Y en vano de mil flores perfumadas  
 El aliento balsámico y suave,  
 Eshálase dó quiera—¡oh avecillas!  
 En breve á vuestros cantos  
 Dirigirá la planta hácia estos sitios  
 El hombre asolador : ¡tristes! entónces,  
 Al horrido silbido  
 Del mortífero plomo, el caro nido  
 Y las dulces esposas  
 Veréis desaparecer :—*No hay en los hombres  
 Compasion ni virtud!....* ¡no! yo os lo digo,  
 Tímidas avecillas ; ¡ah! creedme;  
 Mirad que os lo aconseja vuestro amigo.  
     ¡Huracanes, bramad! ¡ruge, oh torrente!  
 ¡Y vosotras, tinieblas horrososas,  
 Alzad la negra frente  
 Sobre esta dura solitaria roca,  
 Arida cual la fuente  
 De mi horrendo existir! nunca temeros  
 ¡Oh elementos! podrá quien os invoca :  
 Vuestros rugidos fíficos  
 Y el fragor espantoso que os preceden,  
 Vuestra presencia anuncian y el peligro;  
 Mas el hombre ¡ah! ¡el hombre!  
 Con qué serenidad hiende y destroza  
 De su hermano infeliz el franco pecho!  
 ¡Amistad! ¡vano nombre!....—  
 ¡Qué digo?—¡desdichado!  
*Lenio, Elicio, Damon* : dulces amigos,  
 Sí, dulces, cual es dulce para el triste

El llanto del dolor en su desgracia...  
¡Ay de mí! perdonad... enagenado  
De mi pesar á la fiera impía,  
En ceguera funesta os ofendía.  
Perdonad... ¡ay! conozco ya turbada  
Mi razón, y.... no, no: nunca culpable;  
Me hallará la amistad: ¡decid, qué fuera  
Sin vosotros de mí! ¡ay! ya cubriera  
De la tumba callada,  
El leve polvo mi ceniza helada....  
Compadecedme, amigos: yo os ofrezco  
Renunciar la feroz misantropía;  
Pero dejadme al ménos mi tristeza,  
Y mi tierna y feliz melancolía.

---

---

---

## Á LA RUINA

DE HERCULANO Y POMPEYA.

---

SONETO.

**E**nvuelta en rojo velo la ancha frente,  
Que espantosa catástrofe anunciaba,  
En perezoso curso se elevaba  
Sangriento sol sobre enlutado oriente.

Del tímido Vesubio el seno hirviente  
Con terrífico estruendo se agitaba;  
Y en la próxima ruina se gozaba  
El ángel destructor malignamente.

¡Ay! que al lanzar feroz ronco bramido,  
Bate la muerte su pendon horrendo :  
Treme la tierra : ruge el oceano :

Hiende los aires lúgubre alarido;  
Y entre torrentes mil de lava ardiendo,  
Desparecen Pompeya y Herculano.

---

---

AL DOCTOR

D. MANUEL GONZALEZ DEL VALLE.

---

• EPISTOLA.

Es justo, es justo: la armoniosa lira  
Y la corona de arrayan y flores  
Con que las musas del cubano Pindo  
Te regalaran en mejores dias,  
Desdeña y rompe para siempre y llora:  
Llora, infeliz amigo: el infortunio  
De hoy mas al llanto y al dolor te liga.  
¡El llanto y el dolor! ¡hé aqui la herencia  
De los mortales míseros! ¡Sobrado  
Esta triste verdad el pecho mio  
Sufriendo conoció! ¡Quién no ha perdido  
En la comun desgracia un caro objeto  
Que sus ardientes lágrimas reclamó!—  
Alzó la Peste el iracundo vuelo  
Desde las playas que opulento riega  
Rauda el Meschacebé: de Cuba el genio  
Palidécio al mirarla allá en las cumbres  
Que vela entre el azul del firmamento  
El tempestoso Cuzco; y los sepuleros

Al aspecto del monstruo se ensancharon.—  
 Sonó en los aires la señal funesta,  
 Mientras opaco el astro de la noche  
 Los espacios del éter silenciosos  
 Registraba veloz; y el sol de Cuba  
 Horrorizado vió por vez primera  
 En abismosa tumba convertido  
 El gran solar de *Hutuay*.... Desde aquel día,  
 Día de luto y afliccion eterna,  
 No mas felicidad, no mas delicias  
 Bajo un cielo bellísimo alhagaron  
 Al cubano infeliz; que ni el afecto  
 De la sensible esposa; ni las gracias  
 Del delicado infante que sonríe  
 Al lado de la muerte; ni la blanca  
 Cabellera del viejo venerable;  
 Ni la misma beldad que al cielo airado  
 Aplaca en sus furores, del estrago  
 Se libran funeral;—que todos juntos  
 Yertos acrecen del sepulcro el polvo;  
 ¡Y tu hermana tambien!... ¡y tu buen padre!...  
 Honda pena logándote al hundirse  
 De la nada en el seno tenebroso.

.....  
 .....  
 Ni á tu dolor el mísero consuelo  
 Dióle la suerte de regar con llanto  
 Sus heladas cenizas.... confundidas  
 Con las reliquias tristes del esclavo,  
 Y del prócer en pira funeraria;  
 No el eco escucharán de tus gemidos  
 Sobre el gélido mármol apoyado

De la luna en la luz....

Tambien la Parca

Dulces objetos á mi fiel cariño  
Sin piedad le robó: sus bellos dias  
Al soplo infecto de la inmunda Peste  
Fenecieron.... la vida es un camino  
Sembrado de sepuleros. ¡Infelices  
Los destinados á vagar errantes  
En torno de sus senos abismosos  
Cual fantásticas sombras!

Reclinado

Sobre el césped que viste del Canimar  
Las incultas orillas, contemplaba  
Sumergirse en la rápida corriente,  
Al aliento del austro desceadas,  
Mil hojas entre círculos.—"Del hombre  
Fugan así los trabajados dias,  
Esclamé con dolor: tambien yo en breve  
Inerte y mustio como aquestas hojas,  
Iré á reunirme á mis amigos tiernos."  
Y el llanto que brotaba de mis ojos,  
Y el recuerdo infeliz de tu desgracia,  
En mi pecho ulcerado de tristeza  
Venieron sin igual melancolía.—  
Tiende coperó la vista lagrimosa  
En torno: oirás de cien y cien familias  
El horfánico lloro, y los gemidos  
Que al corazon mas duro despedazan.  
Mas no tan triste cuadro contemplemos:  
Consuélete el saber que su infortunio  
Jamás ya nunca encontrará consuelos.  
Y que son mas que tú desventurados.

---

---

Á LA MEMORIA

DE D. NICASIO A. DE CIENFUEGOS.

---

---

SONETO.

¿Dónde fué, coronado Manzanares,  
El armonioso vate, que algún día  
El curso de tus líneas suspendía,  
Con sus blandos melíferos cantares?

Arrebatado á los paternos lares  
Del galo á la fatal alevosía,  
Hundióse con su cítara en la fría  
Tumba que le cabaron sus pesares.

¡Oh vosotros, tiernísimos pastores  
Del Tórnes cristalino en las orillas!  
Oid piadosos mis dolientes ruegos:

Vuestras sienes orlad de mustias flores:  
Cubrid de adelfa y mirto las flautillas;  
Y deplorad la muerte de Cienfuegos.

---

---

---

## À MI LIRA.

---

¡Adios te queda, amada lira mia!  
¡Adios, Musas tiernísimas y bellas!  
Vosotras suavizásteis mis querellas  
En otro tiempo, cuando Dios quería.

Ya no mas ornareis mi oscura frente  
Del sacro Pindo con las gratas flores;  
Mi pecho solo abierto á los dolores  
De penas será asilo eternamente.

Tejedme ¡oh Musas! de cipres adusto  
Y amarga adelfa fúnebre corona:  
Tal es el lauro digno del que entona  
Quejas, cual yo, contra el destino injusto.

En mi daño la suerte conjurada  
Persígueme dá quiera enfurecida;  
Y á su peso fatal mi triste vida  
Débil se rinde de sufrir cansada.

No mas ¡oh lira! con tu amigo acento  
La copa endulzaré de la amargura;  
Mi existencia infeliz, mi desventura  
Jamás tendrán ya alivio ni un momento.

En esta soledad, donde mi llanto  
Tantas veces regó la tierra fría :  
Donde la calma de la selva umbría  
Pábulo diera á mi feroz quebranto;

Aquí te quedarás, querida lira :  
Tal vez el soplo de Favonio blando,  
Que entre las ramas trémulas temblando  
De alguna ninfá el desamor suspira;

Dará á tus cuerdas lúgubre sonido :  
Yo no lo escucharé de tí apartado;  
Mas no seré del todo desdichado  
Si á mi memoria eshalas un gemido.

---

---

---

## ATALA.

---

---

### SONETO.

Sobre el brazo de Chactas sostenida  
Huye al desierto la infeliz Atala :  
¡Ay! el aliento que su pecho eshala  
Los lazos estremece de su vida.

En vano ante su vista oscurecida  
Desplega el campo su nativa gala :  
Todo á sus ojos el dolor lo iguala;  
No ve mas que á su madre enfurecida.

Atérrala el terrible juramento :  
Y conturbada , trémula , llorosa,  
Al destino fatal la triste cede :

Un veneno da fin á su tormento;  
¡Que una ardiente pasion impetuosa  
La tumba sola sofocarla puede!

---

---

---

## Á ANARDA

### EN SU NATALICIO.

---

Rompe el silencio ya, cítara mía,  
Con que adulaste mi tristeza y lloro;  
Vuelvan á resonar tus cuerdas de oro  
Y hasta el Olimpo suba tu armonía;  
Huya un momento de mi faz sombría  
La adusta palidez; y de mi frente,  
En que el dolor se ostenta,  
El tinte melancólico y doliente.

Tu plácido natal, Anarda, canto:  
Canto tus gracias, tus hechizos bellos,  
Tu dulce magia y poderoso encanto.

Del cruel Saturno la incansable rueda  
Giraba sin cesar: volaba el tiempo,  
Y en su curso la tierra  
De funestas beldades se cubria,  
Cual planetas de sangre concitando  
Horror y llanto y desastrosa guerra.—  
Nace en los campos de la antigua Grecia  
De Vénus la rival en hermosura:  
Hiere de Páris el sensible pecho  
Con su dardo Cupido,  
Y abrasado de amor gime y suspira.

Discordia agita su fatal antorcha;  
 Pueblos y pueblos á la lid se arrojan;  
 El triste amante de la infausta Elena  
 Pálido y yerto sobre el polvo espira;  
 Mil víctimas y mil horrendo Marte  
 Al tártaro despeña;

Arde dó quiera la funesta pira;  
 Dó quiera el grito de la muerte zumba,  
 Y la ancha Troya se convierte en tumba.

Mas brilló al fin de tu natal la aurora,  
 Y el sol miró desde su carro ardiente  
 Entregarse á la paz y á los amores  
 Cuanto su disco dora.

¡Día feliz! su llanto transparente.

Vertió sobre tu seno la mañana,  
 Y en él mezclada celestial dulzura,  
 Cefirillo sus alas rutilantes  
 Batió festivo en tus purpúreos labios,  
 Creyendo ciego que en su ardor libaba  
 Del cáliz de una rosa,

El suave néctar y la miel sabrosa.

Cupido y Psiquis tu dorada cuna

Mecieron entre alhagos y sonrisas.

Dióte el uno su amor, la otra sus gracias,

Su brillo Apolo, su pudor la luna,

Y su aliento balsámico las brisas.

¡Día feliz! Los dioses

En su morada empírea lo aplaudieron,

Y mas bella que Cipris y que Elena

Que tú fueses, Anarda, decretaron.

Suelto el cabello sobre el albo dorse

Y de amorcillos tímidos seguidas

En el prado las driades hermosas,  
 Para tí entrelazaron  
 Frescas guirnaldas de jazmin y rosas,  
 Y con ellas tu cuna engalanaron.  
 Perlas y nácar la cerúlca Tétis  
 Virtió en tu boca con ardiente beso;  
 Y á tu voz armoniosa, las hermanas  
 De Parténope dieron su embeleso.  
 Terpsícóre y sus niñas  
 Te cedieron su aligera soltura;  
 Y Vénus, del Olimpo descendiendo,  
 Cuió á tu esbelto talle delicado  
 El cinto de las gracias y hermosura.  
 ¡Día feliz! Sus ondas Almdares  
 Al célico aplaudir frenó admirado;  
 Y la dorada frente  
 Alzando entre ovas desde la urna fria,  
 Gritó con voz terrible al Manzanares:—  
 "Cese de hoy mas la fama que te diera  
*El dulce lamentar de dos pastores.\**  
 También mis hijos con sonante lira  
 Mis sienes ornan de pindáreas flores:  
 Amor también suspira  
 A la sombra del coco y la palmera,  
 Y en las llanuras dó Vertuno y Flora  
 Vincularon perpetua primavera.  
 La beldad y el amor y la alegría  
 Plácidas huellan mi opulenta orilla,  
 Pues que Anarda nació; mi honor y gloria  
 En ella están cifradas:

\* Garcilaso.—Egloga I.

Cese ya en ambos mundos la memoria  
 Que *Salicio* te dió; y eternamente  
 El nombre de *Camila* ó *Galatea*,  
 Despues de Anarda colocado sea.”—  
 Dijo el río, y su curso magestoso,  
 Tornando á proseguir hácia el océano,—  
 ¡Anarda!—repitieron

Las ninfas y sirenas que seguian  
 La concha de Neptuno soberano.

¡Feliz mil veces el mortal valiente  
 Que de Marte siguiendo los pendones,  
 Supo blandir con esforzada diestra  
 El duro acero en las sangrientas lides!  
 ¡Feliz! ¡Feliz mil veces!

Gallarda Caliope en trompa de oro  
 Revelará á los siglos sus hazañas;  
 Su nombre Clio inscribirá en la historia;  
 Lauro perpetuo ceñirá su frente,  
 Y en el templo brillante de la gloria,  
 Las inmortales palmas de los triunfos  
 Depondrá ante sus plantas la Victoria.  
 ¡Y nada mas será! Sí: que de rosas  
 Y verde mirto mórbida corona

A sus sienes darán los bellos genios  
 Que el dulce néctar beben de Heliconá;  
 Y una hermosa tambien su hermoso pecho  
 Puro, como el azul de un claro cielo,  
 A su amor abrirá, y en blandos lazos  
 La alma delicia del placer supremo  
 Disfrutará gozoso entre sus brazos.—  
 Esta hermosa eres tú, Anarda amable:  
 Y el guerrero valiente,

El padre afortunado de Cristina,  
 ¡Ah! goce tambien ella  
 La suerte mas felice y envidiable  
 Al tierno lado de tu Ines divina.  
 De inmarcesibles flores ancha senda  
 Benéfico el destino las prepare;  
 Y el cáliz celestial de la ventura  
 Dulcifique las penas con que el hado  
 Dotó al nacer á la mortal criatura.

Y vosotras, deidades celestiales  
 Que demorais en la sublime cumbre  
 Del estrellado Olimpo: mis acentos  
 Piadosas escuchad. ¡Puedan de Anarda  
 Correr los claros juveniles dias  
 Plácidos, cual las ondas  
 De la serena solitaria fuente  
 En que ardoroso un tiempo contemplaba  
 El hijo de Cefiso su belleza,  
 Cuando de amor la llama le agitaba!  
 Nunca el dolor sañudo, inexorable,  
 El duro aspecto en su semblante ostente,  
 Ni de la cruel tristeza  
 El palor melancólico y sombrío  
 Empañe el lustre de su tersa frente.  
 ¡Amor solo y placer su suerte sea!  
 El áureo estambre de su hermosa vida,  
 Jamas Atropos fiera  
 Sorda á mis ruegos sin piedad divida:  
 Y cada vez que rubicundo Febo  
 En los brazos de Vénus y la Aurora  
 Se alce radioso á embellecer su dia,  
 Véala estrechar al seno palpitante

149.

Vertiendo dulce llanto de alegría,  
Sus tiernos hijos y su esposo amante.

---

---

## WASHINGTON.

---

### SONETO.

Desde el ártico polo hasta la ardiente  
Playa que ciñe el mar del mediodía,  
Cien pueblos generosos oprimía  
El duro cetro de la Albion potente.

Mas resuena en el aire de repente  
Eco de—¡*Libertad!*—La tiranía  
Cae del solio fatal en que reía,  
Y la América es libre, independiente.

Washington fué quien alcanzó esta gloria:  
Ardiendo en ira intrépido se lanza  
A la defensa de la patria triste:

Largo tiempo es dudosa la victoria;  
Pero triunfa el valor, que á la venganza  
El déspota mas fuerte no resiste.

---

---

# NAPOLEON BONAPARTE

EN LA ISLA

## DE SANTA HELENA.

---

AL LICENCIADO

DON IGNACIO VALDES MACHUCA.

---



Reina la noche : las tendidas playas  
Al vaporoso rayo de la luna  
Se miran reflejar : la ola engañosa  
Bate temblando la escarpada orilla  
De una altísima roca inaccesible  
Sobre el abismo rugidor alzada,  
Y cuya frente ostenta la rudeza  
De los salvages tiempos primitivos.  
Todo es silencio : el pájaro ominoso,  
Precursor de la horrífera tormenta,  
Perturba únicamente con graznidos  
La calma universal.—Del alto muro  
De un lejano castillo solitario,  
Triste, cual los recuerdos de la muerte,  
Eshálase una voz ; hiende los aires,

Y en el callado puerto es repetida  
 Por otra triste voz, á la manera  
 Que en torno de los gélidos sepulcros  
*A un gemido responde otro gemido.\**  
 En medio de esta escena soñolienta  
 Un hombre misterioso inmóvil mira  
 El vasto mar, y conmovido torna  
 La opaca vista que le ofusca el llanto.  
 ¡El infeliz! la huella dolorosa  
 De un infortunio inmenso está grabada  
 En su pálida faz: ¡oh! ¡si á lo ménos  
 Sus lágrimas verter le fuera dado  
 En honda soledad! pero sus pasos  
 Se observan con rigor; y el grito ¡alerta!  
 Y el aspecto de atroces carceleros  
 Persíguelo dó quier....

En otros días  
 Sobre el carro triunfal de la Victoria  
 Intrépido un soldado encadenaba  
 Cien naciones y cien, y las diademas  
 De Carlo-Magno y César en su frente  
 Se vieran relucir. La fuerte Europa  
 Turbada tremeció desde los campos  
 Que el Bótis surca entre verdura y flores,  
 Hasta las roncadas fuentes caudalosas  
 Del Newa boreal: y el regio Nilo,  
 En sangre tintas sus revueltas ondas,  
 De sus hijos por él sacrificados  
 Atónito miró;—¡quién de sus triunfos  
 La inmensurable rápida carrera,

\* Mr. de Monteverde.—[Inédito.]

Cual incendio que el ábrego sacude,  
 Osara detener? En vano zumba  
 De *¡venganza!* la voz concitadora  
 Desde las playas á Hércules sagradas,  
 A la cúspide audaz, fiera, orgullosa,  
 Del apartado Cáucaso salvage:  
 En vano el resistir; que no es ya un hombre  
 El guerrero fatal: es el destino,  
 El destino inflexible, inevitable,  
 Cuya fiereza indómita no es dado  
 Al hombre contrastar....

Mas la Fortuna

Al fin se fatigó: y este prodigio  
 Que el universo contempló asombrado;  
 Este hijo predilecto de la Gloria,  
 Ante el cual se postrarán confundidos  
 Los belicosos pueblos de la Europa,  
 Derrocado cayó desde la cumbre  
 Del mas alto poder; y en un peñasco  
 Del africano mar gime cautivo  
 A la merced de duros opresores...!—  
 Cuando la luna de su faz nubosa  
 Lanza á la tierra macilentos rayos,  
 Y el ave de la noche entre el ramage  
 De su importuna luz triste se queja;  
 Napoleon, adusto cual las sombras  
 Que entre los vientos murmurando giran  
 Su insáziable dolor, vaga sumido  
 En profundas atroces reflexiones  
 Sobre la ardiente arena solitaria:  
 Y el que osó tremolar su águila fiera  
 En las altivas venerables frentes

De las regias pirámides sublimes  
 Y del antiguo sacro capitolio,  
 Hora contempla en funeral silencio  
 Un tempestoso mar donde sus redes  
 Arroja el pescador....

Fueron los lauros

Que del héroe las sienas sombrearan  
 En las gloriosas inmortales lides  
 De *Marengo* y *Friedland*: el astro hermoso  
 Que observa con dolor desde su tumba,  
 Ya no brilla á sus ojos abatidos  
 Cual brilló en *Austerlitz*: la luna sola  
 De pálido fulgor baña su frente  
 Fatídica y terrible, cual la noche  
 Que entre humo y sangre y destruccion y muerte  
 Se alzara en *Waterloo*....

Surca el viajero

Las procelosas olas que le cercan,  
 Al retornar de los felices climas  
 Que un purísimo sol siempre colora  
 Con vivífica luz; y cuando advierte  
 Al traves de los sauces lagrimosos,  
 El recóndito hogar donde el proscripto  
 Solo en el mundo y olvidado gime;  
 Se inunda en aficcion, y no comprende  
 Cómo tanta grandeza y desventura  
 Han podido reunirse....

¡El desdichado!

Ya no mas de su labio aridecido  
 El Sena templará la sed amarga;  
 Ni escuchará su plácido murmurio;  
 Ni gozará el alhago de su esposa,

Ni ya de un hijo las caricias tiernas  
 Su pesar calmarán...—¡Reyes de Europa!  
 ¡Porqué á los brazos de su triste padre  
 Le negais sin piedad? —dejad que vuele  
 A dividir con él las amarguras  
 De un destino fatal: ¿no es el destierro  
 Atroz muerte civil? pues bien, que al ménos  
 Sus deplorables restos humedezca  
 El llanto filial:—¡Oh! ¡si supiérais  
 Cuánto es duro gemir bajo otro cielo.  
 De sus prendas mas dulces y queridas  
 Privado el corazon...! yo, que algun dia  
 De larga proscripcion hasta las heces  
 El cáliz apuré, sin que mi llanto  
 Mezclar pudiese con el llanto ardiente  
 De una esposa infeliz; ¡ay! yo no ignoro  
 Las duras penas que el destierro guarda.

En breve al fondo del sepulcro umbrío  
 Le arrastrará el dolor; y hasta la tierra,  
 La dura tierra que su cuerpo oprima,  
 De sus mas implacables enemigos  
 Habrá de recibir; y ni un suspiro,  
 Ni una furtiva lágrima piadosa,  
 Ni un ¡adios! eternal... —Pero la luna,  
 Esa tétrica luna que en silencio  
 Contempla sin igual melancolía,  
 Una mirada fijará en su tumba;  
 Mientras rugiente el austro borrascoso  
 En torno suyo el piélago subleve.

---

---

## SÓCRATES.

---

### SONETO.

¡Ay del mortal que la virtud adora!  
¿Qué le valiera á Sócrates divino,  
Postrado ante sus aras de contino,  
Consagrarla su vida bienhechora?

Vanamente el filósofo atesora  
Vasto caudal de ciencia peregrino;  
Que el ateniense, de poseerle indino,  
Su gloria condenándole desdora.

En venenosa envidia el pecho ardiendo,  
Le acusa de impiedad el cruel Melito,  
Su crimen con tal máscara vistiendo:

Tan torpe imputacion sostiene Anito;  
Fallan los jueces... y á su fallo horrendo  
Sucumbe la virtud, triunfa el delito.

---

---

## A LLENIO.

---

### EPÍSTOLA.

Caro amigo, salud: el pecho mío  
Aun palpita de gozo recordando  
El divino placer que disfrutara  
Al escuchar los ecos celestiales  
De la *Feron* sublime, encantadora.  
Jamás las rocas de Morven oyeron  
Acentos tan sensibles, cuando triste  
En la muerte de Oscar las cuerdas de oro  
Tierna pulsara la infeliz Malvina;  
Jamás ¡ay! Aun resuenan en mi oído  
Sus acordes suavísimos y bellos,  
Su melífera voz; aun me complazco  
Al recordar el público alborozo,  
El popular aplauso y el estruendo  
Que el artesón vibraba del estadio  
Magnífico teatral.—¡Oh! ¡si pudieras  
Los lazos que tan lejos te detienen  
Un momento romper, y arrebatado  
Cual yo volar á los antiguos muros  
Del magnánimo *Hatuey* solar un día;  
¡Cuál fuera tu placer! ¡cuál se estasiara  
Tu alma sensible, ardiente, apasionada;

Oyendo á la *Feron!*—¿Quién el secreto  
 A esta rara muger revelar pudo  
 De embargar á una voz mil corazones?  
 ¿Acaso de Parténope en la tumba  
 Esta ciencia bebió dulce y divina?  
 ¿O el ángel celestial de la armonía  
 A sus encantos plácidos rendido  
 Su genio la inspiró...? Por escucharla  
 Las ninfas de Almendar la húmida frente  
 De sus grutas auríferas alzaron;  
 Sobre un grupo de plátanos y palmas  
 La noble Habana sonrió gozosa,  
 Y de Colon los manes infelices  
 Cesaron de gemir....

¡Tú, dulce amigo,  
 Que mi pecho conoces, y la historia  
 De mis amores sabes desgraciados;  
 Solo tú puedes concebir la pena,  
 La profunda aficción que me causara  
 Aquel *di tanti palpiti* sublime,  
 Obra inmortal del inmortal Rossini,  
 En labios de *Feron!* ardiente lloro  
 En silencio bañó mi faz sombría,  
 Y el dulce nombre de Dorila bella  
 Suspiré con dolor. ¡Ay! ¡qué recuerdos  
 Ofreció á mi memoria aquella escena!  
 Quizá Dorila en la felice margen  
 Que sesgo baña el Yumurí callado,  
 Esta voz, este acento y estas notas  
 Ha escuchado cual yo; quizá su pecho  
 Ha palpitado cual el pecho mio,  
 Y tal vez una lágrima preciosa

Por su Delio virtió... Triste, angustiado,  
 El circo resonante al punto deajo,  
 Y el solitario pórtico salvando  
 Me interno en los graciosos bosquecillos  
 Que el alcázar escénico rodean; \*  
 Alzo á los cielos la abrasada frente  
 Ansiando descubrir la hermosa luna,  
 Cuya luz melancólica y sublime  
 Colmó siempre mi pecho doloroso  
 De una feliz y lánguida tristeza;  
 Pero en vano ¡ay de mí! que las tinieblas  
 Mas lóbregas y tétricas cubrian  
 La anchurosa estension del firmamento,  
 Y en breve de lo alto rebramando  
 Bajó la tempestad...— Así ensañada  
 Mi suerte dura me negó el consuelo  
 De ver el astro tierno que algun tiempo  
 Mi delicia mayor miró apacible,  
 Y dó quizá sus ojos relucientes  
 Suspirando fijaba en aquel punto  
 Dorila en su pesar...— ¡Querrás creerme?  
 La inmensa capital me es enojosa;  
 El aura que en su centro se respira  
 De mortíferos miasmas impregnada  
 Emponzoña la sangre, y su veneno  
 Refluye al corazon; todo ha mudado,  
 ¡Ay! todo: los sepuleros solamente  
 De este cambio fatal yacen exentos...

.....  
 Oyeme y horrorízate: la noche

\* El Teatro del Diorama.

Que estático de gozo yo escuchaba  
A esta nueva sirena, atroz delito  
No distante de mí se perpetraba;  
Y á favor de las sombras y el tumulto  
El criminal huyó...—¡Cuánto es mas dulce  
Las voces escuchar de los sinsontes  
En los floridos deliciosos campos  
De nosotros mansion afortunada,  
Sin temblar ni temer...! Presto á estrecharte  
Entre mis brazos volaré ardoroso :  
En ellos el consuelo de mis penas  
Hallaré y mi feliz melancolía.

---

---

---

## ATENAS.

---

---

### SONETO.

¿Dónde, dónde del Atica ilustrada  
La célebre ciudad está que un día  
El orgullo y honor de Grecia hacia,  
Y al Asia repelió contra ella alzada?

De sus leyes la fuerza quebrantada  
Por la mas execrable tiranía,  
Dos siglos y otros dos sufrió la impía  
Coyunda vil del musulman odiada.

Pero deja los senos de la tumba  
El espectro de *Harmodio* horrible y fiero,  
Armada de un puñal la diestra fuerte.

A su aspecto la voz de guerra zumba:  
Recobra Grecia su esplendor primero;  
Mas Atenas en ruinas se convierte.

---

---

FRAGMENTO.

¿Y me dejas, cruel? ¿y me abandonas?  
¿Y en otro corazón que no en el mío  
Vas á verter el cáliz de delicias  
Que tu precioso labio fementido  
Falaz me prometió? ¿Dó el juramento  
De tu inmortal amor, de tu cariño  
Despiadado voló? ¿dó las promesas  
Y las ansias están y los suspiros,  
Y aquellas dulces lágrimas vertidas  
Sobre el seno ardoroso de tu amigo...?  
¿Ay! la perfidia atroz, emponzoñando  
Mi funesto existir, á los martirios  
Mas bárbaros y horrendos me condena.  
¿En qué merecer pude tal destino?  
¿Porqué fatalidad, porqué desgracia  
De tu afecto ternísimo me miro  
Privado sin piedad? ¿No me bastaba  
De la ausencia los males inauditos  
Resignado sufrir, y las angustias  
Y temores que afligen de continuo  
Al amante infeliz? ¿no era bastante  
Llevar dó quier los dardos encendidos

De una pasión ardiente, impetuosa,  
 Envuelta la razón en un delirio,  
 Y fatigar los vientos con los ayes  
 Del amargo dolor? ¡Era preciso  
 Renunciar á las bellas ilusiones  
 De una dulce esperanza!... ¡Dios! ¡qué digo?  
 ¡Era forzoso traspasar mi pecho,  
 Ensangrentarse en él con rostro frío,  
 Irritar mis heridas insanables  
 Y arrojarme por último á un abismo  
 De tormentos sin fin! Tal recompensa,  
 Galardon semejante, ¡mi cariño  
 Acaso mereció! ¡Qué me valiera  
 Amar y más amar! ¡Oh! ¡cuánto es digno  
 De compasión el resto de mis días!  
 ¡Inútil lamentar! mientras yo gimo,  
 Y raudales de lágrimas ardientes  
 Bañan mi rostro pálido y marchito;  
 Tú apuras del placer la copa de oro  
 Entre los brazos bárbaros, indignos,  
 De mi odioso rival: sí, ya tu frente  
 Con su guirnalda lánguida de mirtos  
 Y de rosas ciñera el Himeneo;  
 Su antorcha voluptuosa arder ya miro  
 Cabe el tálamo horrible, profanado,  
 Del esposo infeliz que has elegido....  
 ¡Sí! tú de su existencia el infortunio  
 Sin querer labrarás; que los delitos  
 Que ultrajan al amor, tarde ó temprano  
 Inevitable tienen su castigo;—  
 Mas no lo vea yo...! antes mi muerte  
 La cólera desarmo del destino

Que provocaste infiel, querida amiga:  
¡Querida á mi pesar! Nunca abatido  
El carmin de tus nítidas mejillas,  
Ni de tus ojos férvidos el brillo  
Por el dolor nublados, la desgracia  
Me condene á mirar. Solo un suspiro,  
Un suspiro no mas á mi memoria  
Eshala alguna vez: el pecho mio  
En breve cesará de ser sensible:  
La presencia penosa de tu amigo  
No temas que perturbe tu ventura;  
Pero á lo ménos, cuando el mármol frio  
Del sepulcro feliz mis restos cubra,  
Pueda tu llanto triste y compasivo  
Mis cenizas regar!...

---

---

AL DOCTOR

**EDUARDO YOUNG.**

---

SONETO.

**E**n llanto el rostro pálido bañado;  
Fijos los ojos tristes en el suelo;  
Solitario en el mundo, sin consuelo  
Sobre fúnebre mármol apoyado;

De crueles memorias devorado;  
Profundos ayes dirigiendo al cielo,  
Y ansioso de subir en raudó vuelo  
Del Ser Eterno al adorable lado:

Tal, infelice Young, tal te contemplo  
Al velar su esplendor el almo día,  
De tu esposa y tus hijos en la tumba.

De allí te arrastras al vecino templo,  
Cuya gótica bóveda sombría  
Con tus gemidos lúgubres retumba.

---

---

## Á LA LUNA DEL CUZCO.

---

¡Cándida reina de la noche umbría!  
¡Melancólica diosa,  
Luna amiga! ¡salud! el alma mía  
Vuela en tu busca de gozarte ansiosa.  
Hora tus rayos trémulos, inciertos,  
De esplendor argentado  
Bañan mi oscura frente  
En esta soledad: solo se escucha  
La terrífica voz de los desiertos,  
Y el fragor continuado  
Del rápido torrente que espumoso,  
Pugnando entre las peñas,  
Se lanza irresistible  
Desde las altas enriscadas breñas  
Del Cuzco bramador....

Rueda apacible

Tu carro de zafiro silencioso  
Por la etérea region: flotante nube  
De encendidas estrellas salpicada  
Orna tu luminosa cabellera,  
Como suele garrida la habanera  
Mostrar la bella trenza decorada  
Cuando á la concha rutilante sube...  
¡Qué melífero acento

Entre el bocage trémulo resuena?  
 Es la voz celestial, encantadora,  
 Del dulce ruiseñor. ¡Oh! ¡cuán contento  
 Al lado de la amante á quien adora  
 Y posado en la rama que sostiene  
 El nido de sus plácidos amores,  
 Mira correr sus ignorados días!  
 Semejante á las flores  
 Del áspero desierto  
 Por leves cefirillos albagadas,  
 Que el mismo arbusto de su vida cuna,  
 Mustias las ve morir y deshojadas.  
     ¡Oh! ¡qué recuerdos de mortal tristeza  
 Vienen á emponzoñar, amiga Luna,  
 Mi débil corazón! ¡con qué fiebreza  
 La mano enfurecida  
 Del punzante dolor, rasga implacable  
 De tu cantor el pecho miserable!  
 ¡Ay de mí! si en la calma apetecida  
 De los bosques callados y sombríos,  
 Léjos de falsedades y desvíos,  
 No es dado al infeliz la cruenta herida  
 Que le aqueja sanar; ¡á dónde, á dónde  
 Irá á buscar alivio en su tormento?  
 ¡A dónde? ¡ay! al sepulcro: sí, al sepulcro  
 En que cesa el dolor y el sentimiento.  
 ¡Oh Luna! siempre tú me revelaste  
 En silencio fatídico la muerte  
 De los objetos á mi amor mas caros.  
 ¡Cómo podré olvidar la horrenda noche  
 Que en los áridos climas abrasados  
 Del africanó triste,

Cual planeta de sangre apareciste  
 A mis ojos de lágrimas cargados!  
 ¡Oh Luna! ¡amiga Luna!  
 Tú de mi padre el postrimer aliento  
 Con tu sublime horror me revelabas....  
 Terrible, funeral presentimiento  
 Se apodera de mí; mustio, afligido  
 Torno á salvar los abismosos mares,  
 De bárbaros pesares  
 El corazón doliente combatido.  
 Pálido espectro lúgubre y sublime  
 Precede mi bajel: me mira y gime  
 Como en *Hamlet* fantasma dolorido.  
 Del sur la orilla plácida y amena  
 Saludo con ardor: ya de las palmas  
 La resonante voz hasta mí zumba:  
 Se aumenta mi dolor, crece mi pena;  
 Trémulo huello la inflamada arena,  
 Y en vez de hallar un padre hallo una tumba..!

En yermo calabozo sepultado  
 Se aniquilaba la existencia mía:  
 La tristeza fatal me consumía;  
 Mas la imagen de un bien idolatrado,  
 La imagen de mi Silvia, más hermosa  
 Que el botón entreabierto de la rosa  
 En florífero abril embalsamado,  
 El pesar mitigaba  
 Que mi pecho angustioso devoraba.  
 ¡Oh! ¡cuán feliz con su veraz cariño  
 Hubiera sido yo! ¡cuántos dolores  
 Desconociera mi doliente pecho!  
 Pero el hado cruel trocó en rigores

Mi efímero consuelo  
 Con bárbaro placer: ¡atroz memoria!  
 Era la noche: trémulos mis pasos,  
 A la luz de una lámpara espirante,  
 El fúnebre silencio perturbaban  
 De mi horrenda prision: un rayo ¡oh Luna!  
 De tu pálida faz las férreas verjas  
 Penetra de repente:  
 ¡Qué lúgubre gemido  
 Resuena por el aire en son doliente,  
 Y cual nuncio fatal hiere mi oído?  
 ¡Porqué mi sangre, fría,  
 Su curso animador al punto pierde?  
 Silvia, la amable Silvia no existía!!!  
 Denso celage ¡oh Luna! de tu frente  
 Cual manto funeral ofusca el brillo:  
 Lanzas un rayo hácia el feliz oriente;  
 Hácia el oriente ¡oh Dios! donde la tumba,  
 La yerta tumba de mi Silvia se alza  
 Cabe la hermosa orilla  
 Del sesgo Yumurí... ¡Oh Luna! ¡Luna!  
 ¡Ay! ¡cuánto eres feliz! tú de mi Silvia  
 Hora contemplas la eternal morada,  
 Y en ella vierces silencioso llanto;  
 Pero yo.... ¡triste! errante, desterrado,  
 Ni el mísero consuelo  
 De eshalar mi dolor en su sepulcro  
 Puedo alcanzar del inclemente cielo.  
 ¡Angélica beidad! ¡Bien adorado!  
 Tú, que esparciste en la espinosa senda  
 De mi vida infeliz algunas flores,  
 Y calmaste benigna los rigores

Del destino fatal que me persigue;  
 Dígnate dirigir una mirada  
 Piadosa sobre mí: ruega al Eterno,  
 Cuya gloria disfrutas,  
 Abrevie el plazo á mi existencia odiada;  
 Y que unidas por siempre nuestras almas  
 Con lazos celestiales,  
 Vuelvan ¡Silvia! á gozar su amor primero  
 En el brillante círculo tercero.

¡Guillermo! ¡amigo mio!

¡Oh! ¡qué amargo pesar tu caro nombre  
 Vierte en mi corazón! ¡Destino impío!  
 ¡Angustiosa memoria!

La dura ausencia los dorados lazos  
 Despiadada rompió que nos unia,  
 Y te arrancó de mis amantes brazos.  
 Mas ya tornabas á arrojarte en ellos....  
 Ya la esperanza.... ¡pérfida, ilusoria  
 Esperanza! los bellos

Dichosos días que gocé á tu lado,  
 Para nunca volver habian fugado...  
 ¡Oh! ¡cuántas veces el undoso puerto  
 Me vió sobre la arena

En continua ansiedad horas y horas  
 Impaciente esperar! ¡Con cuánta pena  
 Y triste lentitud me retiraba  
 Al sumergir el sol en occidente  
 Sus brillantes cabellos,

Apagando en las ondas sus destellos!

Una tarde ¡gran Dios! ya claramente  
 El bajel descubrí donde Guillermo,  
 Ansioso de abrazarme, retornaba.

Plácido el cesfrrillo  
 Con su aliento balsámico rizaba  
 Del piélagò la tersa superficie,  
 Que la nave feliz rápida hendía.  
 No: no fué la alegría  
 Que poseyó al cantor de Caledonia  
 A vista de la nave descada  
 Que á su hijo Oscar triunfante conducía  
 De la lóbrega y yerta Escandinavia,  
 Tan ardorosa cual lo fué la mia.  
 Me impele la amistad: vuelo á encontrarlo;  
 Mas ¡ay! que de improvisó  
 Ruge el salobre mar ante mis plantas  
 Y gime mi batel: tétrica nube  
 Del mayor luminar el disco empañá;  
 Alza la tempestad su hórrida frente  
 En la vecina roca,  
 Y con furor sombrío  
 Concita el huracan, la muerte evoca.  
 Se estremece de horror el pecho mio;  
 Prosigo, y... de repente  
 De tu aplomada faz un rayo ¡oh Luna!  
 Esclarece el bajel.—"¡Guillermo!"—grito;  
 Y entre el confuso estruendo de las ondas,  
 Y el zumbar de los vientos iritados,—  
 "¡Guillermo!"—largamente  
 El eco repitió... temo, me agito,  
 Y á la nave fatal me lanzo ciego...  
 ¡Triste de mí! ¡Guillermo,  
 El infeliz Guillermo habia existido!!  
 ¡Amigo sin ventura!  
 Cuando las flores de tu dulce vida

Comenzaban á abrirse;  
 Cuando tu pecho á la amistad querida  
 Y al dios animador del universo,  
 Al amor celestial grato elevabas  
 Purísimos altares,  
 Entónces ¡oh dolor! el hado adverso  
 En medio de los mares  
 El áureo estambre á tu vivir rompía,  
 Y eterno llanto en mi existir vertía.  
 Del Hudson\* en las márgenes ruidosas  
 Tu amante madre y tus hermanas bellas  
 Por tí derraman lágrimas copiosas,  
 Y yo tambien las derramé con ellas  
 Cuando fatal decreto  
 Me obligara á impetrar mísero asilo,  
 En ese suelo célebre y tranquilo.  
 Como un musgoso roble centenario  
 Del selvoso Morven en las llanuras,  
 A quien fiero huracan embravecido  
 No se atrevió á abatir, y solitario  
 Se mira entre sepuleros;  
 Tal te contemplo ¡Ossian desventurado!  
 En los desiertos campos de tu patria  
 Por el dolor y la vejez doblado.  
 Murió Fingal y tu Fillan amado:  
 Murió el valiente Oscar y Eivralina;  
 Y el bardo mismo que entonó en su muerte  
 Cánticos de dolor, yace sumido  
 En la huesa tambien; pero Malvina,  
 La dulce amante de tu Oscar querido,

\* Rio de la América del Norte.

Existe para tí: la dura suerte  
 A tu mal compasiva,  
 Este alivio piadosa te concede;  
 Y al tibio rayo de ofuscada luna,  
 En su brazo purísimo apoyado,  
 Te arrastras á sus tómulos umbríos,  
 Dó tu voz importuna  
 A los airados vientos con los ayes  
 Que te arranca el dolor... Sus restos frios  
 Se abrasan con el llanto  
 Que en ardiente raudal triste derramas  
 De tus cerrados ojos  
 Ya muertos á la luz: tus manos propias  
 Palpan sus verdes tumbas,  
 Y eres feliz en tu desgracia, en tanto  
 Que yo sumido en la hórrida fragura  
 De estos bosques antiguos, silenciosos,  
 Léjos de los sepulcros tan amados  
 Donde reposan de mi fiel ternura  
 Los restos adorados;  
 Ni una flor, ni una lágrima doliente  
 Mi destino fatal quiere que vierta  
 Sobre la losa que los cubre yerta.  
     Cual lluvia copiosísima de plata  
 Que de la parda nube en julio ardiente  
 Copiosa se desata,  
 Riega tu luz ¡oh Luna! el monte y valle.  
 Miro á lo lejos relucir la frente  
 De la ceiba: ¡la ceiba..! este gigante  
 Altivo, magestoso,  
 De las praderas fértiles cubanas;  
 Cuyo velo lanoso,

A las brisas balsámicas flotante,  
 Por tu pálido brillo iluminado,  
 Al viajero asombrado  
 Osténtase en la noche cual fantasma;  
 Y al conocer su error, mas admirado  
 De su inmensa altitud se asombra y pasma.  
 ¡Recuerdo de dolor! bajo su copa,  
 Al incierto lucir de opaca luna,  
 ¡Cuántas veces rendido  
 El indio independiente  
 A la dura fatiga de la caza,  
 Y el *calumé* encendido;  
 Reposara tranquilo al dulce lado  
 De su jóven amiga complaciente!  
 La paz y los amores  
 Bajo ese pabellon verde, oreado,  
 ¡Cuántas fragantes flores  
 Plácidos derramaran!  
 Con qué placer sus brazos se enlazaran  
 Ajenos de delitos y temores!  
     ¡Atala! ¡Atala hermosa!  
 ¡Ay! yo te veo exánime y llorosa  
 Vagar por tus florestas solitarias  
 A la luz apacible de la luna;  
 Y de un añoso pino  
 Al rudo pié postrada,  
 Dirigir á los cielos tus plegarias  
 Rogándole te libre del destino  
 Que te arrastra al amor... ¡Desventurada!  
 Los duros votos de tu débil madre  
 Al fin se cumplirán; mas devorando  
 Tu hechicera beldad la tumba fria!

Lánguida sobre un lecho de azúcnas,  
 Y de blancas magnolias decorado  
 El cabello ondado,  
 Espiras en el hórrido desierto,  
*¡Oh vírgen de los últimos amores!*  
 Así de odiosas flores  
 La frente coronada  
 La hija de Agamenon, con paso incierto  
 Al homicida altar se dirigía,  
 Donde Calcas cruel su seno hería...  
 ¡Ay! la muerte sus víctimas enflora,  
 Y entre las sombras de la noche fría  
 Tierna la luna en sus sepulcros llora!  
 ¡Corina desdichada!  
 Tú amabas como yo la luz sublime  
 De la hermana del sol: ella mil veces  
 Tus penas mitigó: las crudas penas  
 De un amor infeliz!—mas tú pereces  
 Rendida á tu pasión; y al sumergirte  
 En la flor de tus días  
 En el sepulcro helado,  
 Tus últimas miradas ya sombrías  
 Se fijan en la faz del astro hermoso  
 Que de Maron divino  
 En el yerto sarcófago sagrado,  
 Plácida contemplabas,  
 Mientras tu frente ornabas  
 De delfico laurel.—¡Oh! cuán dichoso,  
 Corina, fuera yo si al dividirse  
 Los lazos que me ligan á la vida,  
 Melancólico un rayo de la luna  
 Fijárase en mi sien, donde florida

Guirnalda, entregada  
 A orillas de la límpida Helicon,  
 Se ostentara... mas ¡ay! tanta fortuna  
 No me es dado esperar...

¡Dulce Virginia!

Sí, dulce cual la brisa  
 De la abrasada zona  
 Al mecer los vistosos abanicos  
 Del coco resonante y la palmera;  
 Cándida como el lirio  
 Que perfuma estos lóbregos desiertos;  
 Bella como es bello aquel delirio  
 Que el amor nos inspira  
 Cuando el purpúreo labio de una hermosa  
 Oímos que suspira;  
 Tu triste nombre para mí es mas grato  
 Que al leve cefirillo  
 El aroma suave de la rosa.  
 ¡Virginia! ¿donde estás? mas ¡ay! que en vano  
 Te invoca mi dolor: tú ya no existes;  
 El destino inhumano,  
 Tronando sobre tí, las tiernas flores  
 De tu edad deshojó... ¡Ondas funestas!  
 ¡Ay triste! en sus furioses  
 Víctima infausta del pudor espiras  
 De la luna en la luz... ¡ah! tus florestas  
 Gimieron al mirarte  
 Pálida y fria en la sonante orilla  
 Del piélago irritado:  
 Brilla la luna en tu semblante; brilla  
 Cual la lúgubre antorcha de la muerte  
 En la luz de una exánime hermosura;

Tu amante desolado  
 Hiende los aires con dolientes quejas,  
 Y oprime entre sus brazos  
 Tu despojo mortal... ruge furioso  
 El sañudo huracan: embravecido  
 Turbulento el abismo proceloso  
 Inmerge entre sus ondas la ancha playa,  
 Y el infeliz á su dolor rendido  
 Sobre tus restos míseros desmaya...  
 ¡Ay de mí! Filomena  
 Éshaló un melancólico gemido  
 Al querer modular su amarga pena,  
 Y su voz armoniosa  
 No se oyó mas en la floresta hojosa.  
 Y tú ¡Young deplorable! ¡alma sublime!  
 ¡Quién al oír los lúgubres acentos  
 De tu enlutada lira,  
 No se entrega al pesar, y llora, y gime?  
 Mirad cómo suspira,  
 Y asaltado de bárbaros tormentos  
 De Narcisa infeliz los restos frios  
 Sobre sus hombros lleva,  
 Distante de los lares  
 Que la vieran nacer...—Así las flores  
 Que espontáneas nacieron en el prado,  
 Si las arrancan de su suelo amado  
 Al traves de los mares,  
 Lánguidas palidecen,  
 Se agosta su verdor y desfallecen.  
 Mas ya el mísero padre con sus manos,  
 Con sus manos ¡oh Dios! la sepultura  
 Escava á aquella lívida hermosura

Que en el húmido césped reclinada,  
 ¡Ay! por la vez postrera  
 Sus ojos entreabiertos  
 En tu tétrica frente fija ¡oh Luna!...  
 ¡Y quién podrá de su alma desolada  
 El angustia esprimir en el momento  
 Que una tierra estrangera,  
 Y un ¡dios!!! sofocado  
 Por ardientes sollozos, alce entre ellos  
 La horrenda eternidad? ¡Ni quién pudiera  
 Dardos tan penetrantes  
 Mancejar sin dolor...? dame ¡oh Timantes!  
 Tu velo funeral: dámelo, y cubra  
 Este cuadro terrible que mis ojos  
 Refusan contemplar...

¡Cuántas ideas

En el pecho sensible ¡oh Luna! vierces!  
 Ya refleje tu luz la losa helada  
 Del sepulcro feliz; ya entre las ondas  
 Cual columna argentada  
 En continua inquietud trémula brille;  
 O ya bañe la faz encantadora  
 De una belleza lánguida y marchita,  
 La tristeza mas dulce siempre escita.  
 ¡Y no es tambien tu luz tierna y sublime  
 La que en silencio inspira  
 Al sabio las mas útiles verdades,  
 Y al poeta sus bellas ilusiones?  
 ¡Filántropo Volney! ¡quién de Palmira  
 En las áridas tristes soledades  
 Dió á tu mente las altas concepciones  
 Que el filósofo admira,

Y en su abyecta torpeza el ignorante  
 No se atreve á dudar?.. ¡Divino Heredia!  
 ¿Quién las doradas cuerdas de tu lira  
 A pulsar te impelió, cuando Cholula<sup>7</sup>  
 En su inmensa pirámide te viera  
 Los fastos de su historia  
 Con lágrimas amargas recordando?  
 Allí, sobre su cumbre, que altanera  
 Al empíreo se lanza,  
 Para eterna memoria  
 Y digno galardón á tus cantares  
 Estatua colosal yo te erigiera;  
 Mas ¡ay! que á tanto el poderío no alcanza  
 Del último poeta de Almeyda.  
     ¡Solitario torrente!  
 ¡Oh! ¡cuál late mi pecho alborozado  
 Al ronco estruendo de tu voz rugiente!  
 Tiemblan los cedros, palmas y caobas  
 Al escuchar tus hórridos bramidos,  
 Cual tiemblan en las selvas  
 Del Niágara los pinos y cipreses  
 Al oír sus terríficos zumbidos.  
 Bajas impetuoso  
 De estas ocultas lóbregas fraguras,  
 Semejante al torrente de los tiempos;  
 Y en tu curso ardoroso  
 Arrastras ciego las silvestres flores  
 Que matizan tus ásperas orillas..  
 ¡Tristes! ¿qué las valiera  
 En el fondo nacer de los desiertos?..  
 Muertas á los amores,  
 Y deshojadas por la mano fiera

De la desgracia atroz; ir ¡ay! las miro  
 Sobre aqueste raudal al oceano,  
 D'ó nunca mas disfrutarán la calma  
 Ni el nativo sosiego de los bosques...—  
 ¡Así el hombre es lanzado  
 Al tempestoso mar del infortunio,  
 Dó de crueles embates asaltado  
 Perece el infeliz!...

¡Oh! ¡cuánto fuera  
 Tétrico este lugar ¡amiga Luna!  
 Sin tu pálida luz! el tibio rayo  
 Que el inquieto torrente reverbera  
 En sus dulces cristales,  
 ¡Cuál realza ¡oh natura! la belleza  
 De tus gratos hechizos virginales!  
 ¡Oh Luna! ¡amiga Luna! ¡quién me diera  
 Gozarme siempre en tu feliz tristeza!  
 ¡Con cuánta pena en las oscuras noches  
 Que las opacas nieblas á mis ojos  
 Velan tu resp!andor, la incierta planta  
 Por el bosque dirijo suspirando!—  
 Tal era mi pesar ¡oh Luna! cuando  
 Del kuákero en los campos ateridos\*  
 En el diciembre rígido y enero,  
 Helado te buscaba;  
 Pero en vano ¡ay de mí! que no te hallaba,  
 Y tu faz me encubría  
 Nuboso velo de neblina fria.  
 ¡Feliz, feliz el árabe que huella  
 En corcel volador los arenales

\* La Pensilvania.

De su patria ardorosa!  
 Una atmósfera bella;  
 Un cielo siempre puro y despejado  
 Y una brillante luna deliciosa,  
 Disfruta sin cesar en el desierto;  
 Y en las calladas horas de la noche  
 Su fantástica luz mirando inmóvil,  
 De la acacia aromática al aliento,  
 Se entrega á mil sublimes reflexiones;  
 Sublimes, cual la fuente  
 Donde su pecho libre, independiente,  
 Bebe la inspiracion...

¡Luna querida!

La tristeza fatal que me devora  
 En silencio me advierte,  
 Que el hondo sueño de la negra muerte  
 En breve dormiré: la destructora  
 Pesada mano atroz de la desgracia  
 Me oprime sin cesar, y á sus esfuerzos  
 Cede ya mi existir... Estos ¡oh diosa!  
 Los postreros acentos  
 De mi labio serán: sobrados días  
 Las selvas y los vientos  
 En profundo gemido  
 ¡Fatigó mi laud.—¡Desval! ¡Fileno!  
 Y tú, ¡caro Dorilo!  
 Vosotros ¡ay! en vuestras sacras tumbas  
 El llanto beberéis que en ellas viertan  
 Las musas de Almendar inconsolables;  
 Mientras mi nombre ¡ay triste!  
 El nombre oscuro del humilde Delio,  
 En silencio y olvido

182.

Por siempre quedará.—Tú sola ¡oh Luna!  
Sobre mi tumba fría,  
Silenciosa fijando tus miradas,  
Dulce melancolía  
Tierna derramarás á la memoria  
De tu débil cantor desventurado,  
Mientras goce su espíritu agitado  
Allá en el cielo perdurable gloria.

---

---

## LA DECLARACION DE AMOR.

---

### SONETO.

Este llanto que ves, Corina amable,  
A mis párpados mustios agolpado;  
El continuo latir apresurado  
Del triste corazón inconsolable :

Este dolor terrible, incontrastable,  
Que miras en mi frente retratado;  
El suspirar doliente y angustiado  
De mi pecho infelice, deplorable :

La inquieta turbacion que me intimida-  
Si observo tus encantos celestiales;  
Y este fingir serenidad y calma

Cuando toca á su fin mi odiosa vida,  
Son ¡oh Corina! lúgubres señales  
Del fuego que por tí me abrasa el alma.

---

---

## AL BUEN ELICIO

DESDE UNA CABAÑA AL PIÉ DEL CUZCO.

---

EPÍSTOLA.

¿Y siempre el infortunio enfurecido  
Dó quier me seguirá? ¡y eternamente  
Mi pecho rasgará feroz é impía  
Del destino fatal la dura mano?  
¡Oh Elicio! ¡Elicio! Ni el feliz sosiego.  
De estos bosques salvages y sombríos  
Dó vago sin cesar; ni de las fuentes  
Las cristalinas ondas bulliciosas;  
Ni la tranquila paz que en torno reina  
De este pajizo techo hospitalario,  
Mi insaciable dolor mitigar pueden;  
Que á todas partes dó la débil planta  
Dirijo en mi pesar, allí ensañado  
Me sigue sin piedad.—Más infelice  
Que el ciervo herido en la sonante selva,  
Cuando del pecho el emplumado dardo  
En vano intenta desclavar, y gime,  
Y los torrentes salva y las florestas,  
Y entre sangre, y sudor, y honda fatiga  
La dulce vida suspirando eshala;  
Tu Delio en estas quietas soledades

Se agita inútil por hallar alivio  
 Al tormento funesto que le oprime;  
 Que de sus males la inextinguida fuente  
 Lleva en el corazón, y nada basta  
 A templar su rigor ni á sepultarle  
 En la noche perpetua del sepulcro...  
 ¡Qué se hicieron los tiempos de ventura  
 Que á los campos lanzábame ardoroso,  
 Y mil delicias su risueño aspecto  
 A mi encantada vista presentaban?  
 Fueron ¡ay! y con ellos la esperanza  
 De gozarlos ya mas: los bellos días  
 De mi edad juvenil raudos fugaron  
 Para nunca tornar: arrebatados  
 Por el tiempo incansable ya seis lustros  
 A su lóbrego abismo descendieron;  
 Y la próxima tarde de mi vida  
 Nada mas que pesar y desconsuelo  
 A mi angustiado espíritu prepara.  
 Solo, errante, proscrito y dividido  
 Del objeto infeliz de mis amores,  
 Vanámente á mis ojos conturbados  
 Naturaleza aquí su ínclita pompa  
 Y magestad selvática despliega.  
 Estos lúgubres bosques solitarios  
 Dó mil antiguos árboles se elevan,  
 Cuyos húmidos troncos carcomidos  
 Jamas penetran los solares rayos;  
 Estos viejos palmares solitarios,  
 Semejantes á un grupo de guerreros  
 En cuya frente victoriosa ondea  
 El penacho azotado por las brisas;

Estas verdes montañas alterosas,  
 Que parecen servir de eterna base  
 A la inmensa estension del firmamento;  
 Estos arroyos mansos, fugitivos,  
 Que entre flores silvestres serpentean  
 El reposo brindando y la frescura;  
 Estos gratos objetos á mis ojos  
 Todo su encanto y su prestigio pierden...

Mas á veces tambien la escena cambia  
 Al levantar la frente aterradora  
 Sobre la cima del nuboso Cuzco  
 Huracan bramador: su fiero aspecto  
 Hiela de espanto á la creacion entera:  
 El pavor y las sombras le preceden:  
 La horrible destruccion sus pasos marca:  
 Tiembla naturaleza: amedrentado  
 El padre de la luz su faz envuelve  
 Entre celages anchos, tenebrosos,  
 Cuyas alas el Noto desplegando  
 De negro tiñen la sublime esfera:  
 Escúchase la voz de la tormenta:  
 Acércase... ¡qué horror tan imponente!  
 Del encendido detonante rayo  
 El eléctrico fuego incendia el bosque;  
 Y su pálido brillo, semejante  
 A la fúnebre antorcha de la muerte,  
 Ilumina los bárbaros destrozos  
 Del feroz Aquilon. La voz del trueno  
 Prolóngase en las cóncavas montañas,  
 Y va á perderse en los distantes valles.  
 Ruge la tempestad... copiosa lluvia  
 Cual torrente acrecido el campo inunda,

Y de mi humilde rústica cabafia  
 Los fundamentos débiles conmueve.  
 Dobléganse los cedros y las ceibas:  
 Besan la tierra sus altivas frentes;  
 Y las palmas, tan útiles al hombre,  
 Estallan con fragor... Los arroyuclos  
 De sus lechos pacíficos se lanzan;  
 Y sus corrientes, dulces, claras aguas,  
 En remolinos turbios se convierten.  
 Azorada la tímida paloma,  
 En vano busca el centenario tronco  
 Feliz asilo de su amor un día,  
 Y el indómito toro en la llanura  
 Con hórridos bramidos hiere el viento.

En medio de estos lúgubres horrores  
 Tu triste amigo su placer encuentra:  
 Todo le anuncia que llegó el instante  
 De su disolución... mas ¡oh desgracia!  
 La tempestad se aleja, y en mi pecho  
 Renuévase el dolor: el aire blando  
 Torna á recuperar su alma pureza,  
 Y al través de palmífera floresta,  
 Sobre trono de púrpura encendida,  
 El gran planeta su esplendor sepulta.

De un argentado velo transparente  
 Cúbrese entónces la modesta luna:  
 Dirígese al palacio de la aurora  
 Que el callado silencio señora:  
 Abre con mano trémula las puertas  
 Del fulgurante sol: ciñe á su frente  
 Ancha corona de cerúleas perlas:  
 Asciendo á su carroza, que se lanza.

Por los etéreos campos infinitos;  
 Y del jóven pastor entre los brazos  
 Vuela á gozar las plácidas delicias  
 De un amor inmortal... Querido Elicio!  
 Su marcha silenciosa yo entretanto  
 Observo; y mil crueles reflexiones  
 Vienen á emponzoñar la árida fuente  
 De mi amargo existir: ¡oh Elicio amigo!  
 ¡Amigo en mi desgracia! yo te busco  
 É invoco sin cesar; mas tú no me oyes,  
 Ni me es dado llenar este vacío  
 Que al partirme de tí quedó en mi pecho.  
 Jamas me entregues al ingrato olvido:  
 Jamas, querido Elicio; y á mis ruegos  
 ¡Plegue al cielo esparcir fragantes flores  
 Sobre la hermosa senda de tu vida,  
 Y acordarte propicio y bondadoso  
 La paz del corazon que á mí me niega!

---

---

## NAPOLEON.

---

### SONETO.

**C**ien laureles le dió la alta Victoria;  
Dos diademas brillaron en su frente;  
Su voz hizo temblar el continente;  
Su nombre llenó el templo de la Gloria.

Sus hechos fatigaron á la Historia;  
Vió sus pendones el Egipto ardiente;  
Rompió á la Fama su clarín valiente;  
Legó á los siglos immortal memoria.

¡Este hombre prodigioso, á quien Fortuna  
Con el afecto amó mas decidido,  
Sobre una roca muere inhabitada...!

El argonauta allí de la importuna  
Navegacion reposa, y dolorido  
Suspira al contemplar su tumba helada.

---

---

**A UNA AMIGA**  
**EN LA MUERTE DE SU HERMANA.**

---

Llora, Rita, sí; llora: el llanto es dulce  
Cuando se vierte á la memoria triste  
De un objeto infeliz que ya no existe.  
Esas fervidas lágrimas preciosas  
Por una hermana con dolor vertidas,  
Un bálsamo serán á las heridas  
Que te hiciera su amor tan dolorosas.  
También yo á su memoria hondo tributo  
De amargo lloro en mi tristeza he dado  
Cubierto el corazón de pena y luto,  
Y mil veces su nombre he suspirado.

Mas ella es ya feliz, mi tierna amiga;  
Ya goza en el empíreo la ventura  
Que el Eterno le tiene reservada  
Al bello corazón, al alma pura.  
Refrena tu dolor: ya con sus alas  
El ángel de la muerte la cubriera,  
Y rompiendo los lazos terrenales  
A la perenne vida renaciera....  
¡Oh! ¡cuánto es mas dichosa que nosotros!  
La juventud, las gracias y hermosura,  
Siempre fueron escollos á la débil  
E indefensa virtud. Sí: la inocencia,  
Y el amable candor, y la florida  
Edad primaveral que de tu hermana  
Ledas ornaron la preciosa vida,

¡Cuántos males causaren! ¡venturoso  
 El que baja al sepulcro y no ha sufrido  
 La desgracia fatal! ¡oh! ¡cuánto es dulce  
 Morir sin que funestas las pasiones  
 Combatan nuestra misera existencia!...—  
 Nace el hombre, y su llanto dolorido  
 Anuncia que el pesar y el infortunio  
 Es la herencia que al triste le ha cabido  
 Desde la cuna hasta el voraz sepulcro.  
 Si las Parcas respetan de sus días  
 La incierta duración; á los primeros  
 Pasos que dé en la senda de la vida,  
 Sufirá mil punzadas dolorosas,  
 De otras tantas espinas encubiertas  
 Bajo flores alevés y engañosas.  
 Y si en su pecho á la Virtud divina  
 A ofrecer holocaustos se atreviese,  
 Presto verá ligadas en su ruina  
 Las fatales pasiones que degradan  
 Al mortal infeliz: tarde ó temprano  
 Habrá de sucumbir á sus rigores;  
 Y aunque lidie y combata sus furoros,  
 Perecerá del crimen á la mano.

Tal es, amiga, la terrible suerte  
 Que airado siempre el mundo previniera  
 Al triste, á quien natura concediera  
 Breves instantes eludir la muerte.  
 Solo bajando al seno silencioso  
 De la tumba feliz, ya convertido  
 En exánime polvo funerario,  
 Hallará el desdichado su reposo;  
 Que llegan al sepulcro solitario.

Y no pasan de allí las aficciones  
 Guardadas á sensibles corazones.—  
 Consuélate, pues, ya, mi tierna amiga,  
 Que *Tulita* es feliz. ¡Pluguiese al cielo  
 Concederme también la paz eterna  
 Que ella disfruta en los ósiscos campos!  
 Esas perlas brillantes que derramas  
 Enjuga. por piedad, preciosa Rita....  
 ¡Mas qué digo! ¡Insensato! los consuclos  
 Que mi ardiente amistad en tu alma vierte,  
 Ninguno mas que yo los necesita.  
 ¡Oh! ¡qué pena tu pecho desgarrara  
 Si contemplar pudieses la amargura  
 De éste mi corazón! En vano, en vano  
 Ante mis ojos tristes y abatidos  
 Sus plácidos encantos la natura  
 Ostenta con primor: en mi delirio  
 Detesto hasta la luz: el bosque umbrío,  
 La adusta soledad; y de las sombras  
 El tétrico silencio pavoroso,  
 Tan solo busco en mi tormento impío.  
 Divide tu dolor, querida amiga;  
 Y ese llanto sensible y abundoso  
 Que realza tu beldad, á mis desgracias  
 Dédicalo también...¡Adios, mi Rita,  
 Adios! pero no olvides que aun te quedan  
 Unos padres dolientes y angustiados  
 Que debes consolar: tú la esperanza  
 De su vejez serás y las delicias:  
 Mitiguen sus pesares tus caricias,  
 Y así será su suerte deplorable  
 Méno triste y funesta y lamentable.

---

## EL SEPULCRO.

---

### SONETO.

En sueño eterno y en descanso helado,  
Bajo marmórea tumba esclarecida,  
Yace por siempre en el silencio hundida,  
La fiel Heloisa de su amante al lado.

En un soto de flores esmaltado  
Duerme Teresa con Faldoni unida:  
Rehusóles el Amor lograrlo en vida;  
Mas la Muerte sus restos ha juntado.

Tambien yo moriré víctima triste  
De un amor infeliz: ya mi constancia  
Huye cansada de mi pecho frio:

Mi débil corazon ya no resiste;  
Y al descender á la postrera estancia,  
Ni habrá quien llore el infortunio mio.

---

---

## DESPEDIDA DE MI JUVENTUD.

---

*¡Heu! fugaces....  
Labuntur anni!*

Horat.

Y a Saturno su eclíptica anchurosa  
Ha registrado en torno del planeta  
Dó reside la luz, desde el momento  
Que sus rayos brillaran en mi frente  
Por la primera vez. ¡Dó están ahora  
Aquellos gratos y dichosos días  
De mi edad juvenil? ¡dónde las flores  
Que decoraban la alhagüña senda  
De mis años ardientes y queridos?  
¡Dónde?—¡ay de mí! marchitas, deshojadas  
Por la mano del tiempo inexorable,  
Hoy solo quedan los amargos frutos  
De la estéril razon y la esperiencia,  
Con harta pena y llanto sazonados.—  
Mas ¡qué le servirán al que en el seno  
Lleva siempre una hoguera abrasadora?  
¡Oh! si el incendio sofocar pudiese  
Que arde en mi corazon, corre en mis venas,  
¡Cuán sosegada entónces y apacible  
Fuera al ménos la tarde de mi vida!  
Pero ¡ay! que antes la sierpe silbadora  
De la Guayana fétida, insalubre,  
Su veneno letal yerá trocado

En deliciosa célica ambrosía;  
 Y antes su curso férvido, impetoso,  
 El soberbio Orellana ondisonante  
 En raudó giro cejará á sus fuentes  
 De los Andes en la hórrida fragura;  
 Que yo pueda lanzar del pecho mio  
 El dardo punzador que lo ensangrienta....--  
 Jamas el hombre á quien el cielo diera  
 Un corazon ardiente, apasionado,  
 Goza tranquilidad un breve instante.  
 ¡Jamás! Inquieto siempre el infelice  
 Mira agostarse de sus bellos años  
 El brillante verdor y lozanía,  
 Y desecarse como aquellas flores  
 Que vierten en los pálidos sepulcros  
 La amistad y el amor; y ni en los hielos  
 Del último periodo de su vida,  
 Halla el triste el sosiego que desea:  
 Él es imágen del volcan rugiente  
 Que de eternas nieves cobijado,  
 Conserva oculto en su abismoso seno  
 Fuego devorador.... Si acaso un hora  
 El reposo disfruta suspirado,  
 Bien pronto el huracan de las pasiones  
 Alza sañudo la abrasada frente,  
 Y violento, cual nunca, rebramando,  
 Cubre fiero de estragos y destrozos  
 El miserable campo de su vida....  
 Del mismo modo que en los anchos bosques  
 Del continente vasto americano  
 Reina profunda calma de improvisó:  
 Houda, funesta, pavorosa calma,

Seguida de la horrífera tormenta,  
 Que abatiendo los pinos centenarios  
 Y los altivos montes conmoviendo,  
 El universo al espantoso caos  
 Parece retornar....

¡Mayo risueño!

¡Aleja ya de mí tus bellas flores!  
 El fúnebre ciprés negro y sombrío,  
 Emblema triste de dolor y llanto,  
 Debe de hoy más ceñir mi mustia frente:  
 ¡Fugó mi juventud! sus alas de oro,  
 Batiendo sobre mí la Primavera,  
 Voló rápida á hundirse en el abismo  
 Del tiempo que ya fué...—no de otra suerte  
 Entre los brazos lánguidos del sueño  
 Cercan mil deliciosas ilusiones  
 Al amante feliz, y huyen veloces  
 Al brillar apacible de la aurora.

¡Oh vosotros, queridos compañeros  
 De mi destierro y soledad profunda!  
 ¡Arboles bellos, cuya fresca sombra  
 El incendio calmara de mi sangre  
 En los ardientes estivales días!  
 Vosotros vivireis cuando el sepulcro  
 Guarde en su seno mis helados restos.  
 ¡Qué son para vosotros las edades!  
 ¡Y los siglos, qué son? Si el crudo invierno  
 Ineluctante destroza vuestras galas,  
 La primavera vuela sonriendo  
 A orlar de flores vuestra verde frente;  
 Y á no ser por el hacha despiadada  
 Del hombre destructor, fuérais vosotros

Monumentos eternos de los tiempos.—  
 Envanecido el déspota insolente  
 Con el incienso y popular aplauso,  
 Osa creerse inmortal; mientras el triste  
 A quien marcó por suyo la desgracia  
 Desde el momento mismo que naciera,  
 Contempla sin cesar de su existencia  
 La frágil duracion, y la contempla  
 Con íntimo placer: el débil césped  
 Que huella sin mirar desde su carro  
 Un tirano cobarde y orgulloso,  
 Vivirá mas que él, y á su despecho  
 Borrará las mentidas inscripciones  
 De su tumba fastuosa y execrable....

Mas ¡qué sonido...! ¡ois! ¡ay! ¡es del Tiempo  
 La funesta campana aterradora!  
 ¡Mirad al escucharlo, cómo giran  
 Sobre quicios enormes de diamante  
 De mi florida edad las puertas de oro!...  
 ¡Parad!... tened!...—cerráronse por siempre  
 Como las puertas del voraz sepulcro...  
 ¡Qué negra soledad! ¡qué cruel silencio!  
 Solo un árido gélido desierto.  
 Descubro en mi dolor: lóbrego y triste,  
 Cual las yertas regiones deprivadas  
 Del calor y la luz. ¡Feliz si al ménos  
 El ansiado reposo hallar pudiese  
 Entre sus sombras lúgubres y heladas!...  
 Mas nunca ya será: nunca el delirio,  
 El terrible delirio que me agita  
 Calmará su frenético ardimiento.—  
 ¡Dulces amigos de mi edad primera!

198.

Mi mal compadeced : que á vuestros brazos  
Ansioso iré á verter el resto inútil  
De mi llanto infeliz , cuando al impulso  
Del perezoso tiempo se destruya  
La barrera fatal que nos separa.

Mayo de 1830.

---

---

## LA PRIMAVERA.

---

### SONETO.

Sobre el ala del céfiro subida,  
Cortejada de ninfas vagarosas  
Que orlan su frente de purpúreas rosas,  
La Primavera muéstrase florida.

Recobra el prado su beldad perdida;  
Deslízanse las ondas bulliciosas;  
Escúchanse las aves melodiosas,  
Y la natura ostenta nueva vida.

Aquí al deleite un templo consagrado  
Entre flores bellísimas se mira:  
Allá el pastor en pos de su ganado,

El dulce nombre de su amor suspira;  
Y al eco del campestre caramillo  
Trisca con las zagalas cefirillo.

---

---

## EL PASEO.

---

La rubia aurora  
Con faz de risa,  
Las puertas de oro  
A Febo abría.  
Céfiro blando  
Cabe la orilla  
Del mar tranquilo  
Su ala batía,  
Y allá en el bosque  
La tortolilla  
Contaba al eco  
Su amarga cuita.  
Cuando veloces  
Dos bellas niñas,  
Dejando el lecho  
Dó amor se anida,  
La cabellera  
Ondante y nítida.  
Daban gozosas  
A la alma brisa.  
Sobre la sesga  
Trémula linfa  
Que en fiel tributo  
San Juan envía

Al oceano,  
Batel se mira  
Leve y gracioso,  
Que á las dos ninfás  
A poscerle  
Fácil convida.  
Con pié pulido  
Su bordo pisan,  
Y él orgulloso  
Ya se desliza  
Por la llanura  
Plácida y líquida.  
Ya el sordo remo  
Veloz se agita :  
Y sobre globos  
De nácar fina,  
Rápida vuela  
Ya la barquilla.  
Del ancho puerto  
Las ondas frias  
Rauda surcaba  
Leda y festiva,  
Virtiéndolo amores  
La navcilla.  
Y allá donde alza  
Su frente altiva,  
Ondisonante  
Regio el Canímar;  
Las claras grutas  
Todas sus ninfás  
Abandonaron,  
Cuando vecina

La nave vieron  
Que conducía  
Una Minerva,  
Una Ciprina.  
Ésta en sus frentes  
Coral ceñía;  
Aquella daba,  
De perlas finas,  
A sus cabellos  
Coronas lindas;  
Y otras en conchas  
Ledas vertían  
Sobre sus senos  
Mil florecillas,  
Y de azahares  
Esencias ricas.—  
Así obsequiadas  
Las bellas tímidas,  
El cristal puro  
Gratas hendían,  
Mientras ganaban  
La verde orilla,  
Donde á los soplos  
De fresca brisa,  
Y entre el ramage  
Donde suspira  
La Filomena,  
Tan fausto día  
Fugar miraran  
Entre delicias,  
Y entre placeres  
Juegos y risas.—

203.

Yo que las viera  
Templé mi lira:  
Sentí aliviarse  
Mi pena impía;  
Y dí al olvido,  
Ya envejecida,  
Mi deplorable  
Melancolía.

---

---

## EL ESTÍO.

---

### SONETO.

Desde el Cáncer altísimo, abrasante,  
Virtiendo fuego con ardiente brío;  
A la tierra se lanza el fiero Estío,  
Férvido cual su padre, y centellante.

Mas la tímida Aurora purpurante  
En las flores derrama albo rocío,  
Y la Náyade cándida en el río  
La frescura le brinda al caminante.

De tesoros riquísimos Pomona  
Los campos hinche que abonó el villano:  
Por dó quiera se mira la abundancia:

La diosa liberal con franca mano  
Las rústicas fatigas galardona,  
Del trabajo premiando la constancia.

---

---

---

## A CORINA.

---

### IMITACION DE BERTIN.

¡Oh! no temas, querida,  
Ni te aflijan los zelos;  
Que mi Corina hermosa  
Eres tú, dulce dueño.

Cubramos nuestra dicha  
Con este oscuro velo,  
Y nuestro amor se ignore  
En todo el universo;

Que si se descubriese  
A quien amo tan tierno,  
Mil rivales la envidia  
Me opusiera al saberlo.

Con nombres diferentes  
Te elogí en otro tiempo;  
Mas ya, solo Corina  
Hallarás en mis versos.

¡Ojalá nuestros nombres  
Quiera el Amor risueño  
Grabarlos en el mármol  
De su dichoso templo!

206.

A par de aquellas cifras  
De amor dulce modelo,  
Del Petrarca y su Laura  
Nuestros caros maestros!  
Y si de amor constante  
Nos han dado el ejemplo;  
Amémonos, Corina,  
Con mas firmeza que ellos.

---

---

## EL OTOÑO.

---

### SONETO.

De espigas rubicundas coronado  
El bullicioso Otoño alza la frente,  
Empuñando festivo y complaciente  
De pámpanos y yedra el tirso ornado.

Los frutos que el Estío ha sazonado  
El Otoño cosecha diligente;  
Y de Cérés el grano refulgente  
En las eras se mira ya segado.

A él debemos el néctar purpurino  
Que ahuyenta la fatal melancolía,  
Cuando Amor nos lo brinda en copa de oro.

Así Anacreonte, en el cantar divino,  
De su amada en los brazos lo bebía,  
Mientras pulsaba su laud sonoro.

---

---

## A UNA TÓRTOLA.

---

### IMITACION DE IGLESIAS.

Vuela, ave tierna y sensible,  
Vuela, dulce tortolilla,  
Y las penas que padezco  
Refiércle á mi Corina.  
Dile que el mísero Delio  
Sin cesar gime y suspira,  
Y que en lágrimas bañado  
Le halla la noche y el día.  
Dile que el monte y el prado,  
La selva opaca y tranquila,  
El cristalino arroyuelo  
Y parleras avecillas,  
Se conmueven con las ansias  
Que mi existir aniquilan.  
Dile que su ausencia triste  
Me atormenta y martiriza,  
Y que mis pálidos labios  
Solo pronuncian —¡Corina!—  
Dile tambien que recuerde...  
¿Qué intento? ¡ay! no, tortolilla:  
Dile que la fiel palabra  
Que yo la diera algun dia

209.

De adorarla hasta la muerte,  
He sabido bien cumplirla;  
Pues me dejas espirando  
Y repitiendo —¡Corina!—

---

---

## EL INVIERNO.

---

### SONETO.

¡Mirad cual tiende el tenebroso vuelo  
Desde los montes de Espiztberg helados,  
Seguido de huracanes irritados  
Que de muerte y horror cubren el suelo!

Muéstrase triste y nebuloso el cielo :  
Del sol los rayos miranse eclipsados;  
Y ninfas, y pastores, y ganados,  
Transfórmanse en carámbanos de hielo.---

Escúchanse del cuervo los graznidos  
En el gótico oscuro campanario,  
Mezclados con los hórridos bramidos

De las fieras del valle solitario :  
Truena la tempestad; y sus silbidos  
Solo el ciprés repite funerario.

---

---

## AL CANARIO DE CORINA.

---

¡Feliz pajarito!  
¡Dichosa avecilla!  
¡Oh! ¡cuánto yo envidio  
Tus plácidos días!  
Tú vives al lado  
De aquella Corina,  
A quien ciego adoro  
Muy mas que á mi vida:  
Tú duermes con ella;  
Sus penas mitigas  
Con tu dulce canto  
Y tiernas caricias.  
Cuando el Alba ríe,  
Con voces festivas  
Celebras su vuelta  
Llamando á Corina.  
Y al dejar su lecho  
Triste y abatida,  
Su amor te demuestra  
Con blanda sonrisa:  
A tu jaula hermosa  
Veloz se encamina,  
Y el fresco alimento

A tu pico arrima  
 Con su breve mano  
 Que grato acaricias.—  
 Tal vez en sus labios  
 Las ansias mitigas  
 De la sed ardiente  
 Que cruel te affigía:  
 Tal vez en su seno  
 Que de amor palpita,  
 Del sueño apacible  
 Gozas las delicias;  
 Y tal vez el fuego  
 Que su amor la inspira,  
 Te abrasa en deseos,  
 Y á gozar te incita...  
 ¡Feliz pajarito!  
 Mi pena escesiva  
 Aliviar tú puedes,  
 Pues que al lado habitas  
 Del dueño querido  
 De mi triste vida.  
 Dime: ¿has escuchado  
 A mi hermosa amiga  
 Llamar á su Delio  
 Con voz affigida?  
 Si al llanto entregada  
 Doliente suspira,  
 ¿Algun dulce beso  
 A su amigo envía?  
 ¡Oh! di, pajarito,  
 Dime por tu vida  
 Todo lo que sepas:

213.

Así tu alegría  
Y voz deliciosa,  
Conserve benigna  
La suerte tirana  
Que turbó mi dicha.—

¡Feliz pajarito!  
¡Dichosa avecilla!  
¡Oh! ¡cuánto yo envidia  
Tus plácidos días!

---

---

## LA INCONSTANCIA.

---

Cual lirio humedecido , que en la frente  
De su zagala puso enamorado  
El pastor , al lucir Febo en oriente :  
Que entre el árido polvo marchitado  
Yace al hundirse el dios en occidente,  
Mustió el albo color y deshojado;—  
Tal de tu pecho huyó , Corina hermosa,  
La pasión mas violenta y ardorosa.

---

---

## MIS DESEOS.

---

**C**anten otros el orgullo  
De serviles cortesanos,  
Y su estúpida ignorancia  
Colmen de elogios y aplausos.  
Consulten sus pergaminos,  
(Si pueden interpretarlos:)  
Remóntense hasta su origen,  
Y pretendán colocarlo  
Donde tuvieran el suyo.  
Los Césares y Alejandro.  
Quemen de la vil lisonja  
El incienso en los palacios,  
Y á los bárbaros Neronos  
Igualen con los Trajanos.  
Deslumbren al necio vulgo,  
Siempre crédulo, insensato,  
Con paralelos odiosos.  
O romances ponderados,  
En que al vicio condecoran  
Con el nombre sacrosanto  
De la virtud, que en sus pechos  
Nunca un asilo ha encontrado.  
O con trompa envilecida,  
Aplaudan entusiasmados

De Marte atroz y Belona  
 Los horrorosos estragos,  
 Y los triunfos insultantes  
 Que los pueblos obcecados  
 Acuerdan al asesino  
 Que mas sangre ha derramado.—  
 Otros canten los placeres  
 Que un niño ciego y voltario  
 Le brinda á un pecho sensible  
 Para dejarle burlado;  
 Placeres que ya no existen;  
 Placeres imaginarios,  
 Desde que el oro los compra  
 Con insolencia y descaro,  
 Posponiendo el amor libre  
 A esa vil razon de estado;  
 Que yo quieto en un retiro,  
 Léjos del mundo y de engaños,  
 En paz gozaré mis dias;  
 Y á los déspotas odiando,  
 Porque natura me hiciera  
 Enemigo de tiranos,  
 Jamas pulsaré mi lira  
 Con objeto de agradarlos,  
 Que ni á su favor aspiro,  
 Ni soy digno de alcanzarlo.—  
 Mi mayor dicha y ventura,  
 Los bienes todos que ansio  
 Son un retiro campestre  
 De las ciudades lejano,  
 Donde el resto de mis dias  
 Pueda pasar ignorado,

Compadeciendo á los hombres :  
 ¡A los hombres , que turbaron  
 El sosiego de mi vida :  
 Injustos y despiadados!  
 Un retiro , donde pueda,  
 De un amigo fiel al lado,  
 Mis penas y mis desdichas  
 Olvidar en su regazo :  
 Un retiro , en que Corina  
 Con sus plácidos encantos  
 Y su ardorosa ternura,  
 Me haga el mas afortunado  
 De todos los que en las aras  
 Del amor se consagraron :  
 Un retiro , en fin , dó crezcan  
 Entre céfiros alados  
 Mil pintadas florecillas,  
 Cuyo aliento perfumado  
 Al dulce placer conviden,  
 Y donde puedan mis manos  
 Tejer para mi Corina  
 Guirnaldas de olores varios;  
 Que al enlazarlas gozoso  
 A su cabello ondeado,  
 Me alcancen por bello premio  
 Mil besos suyos y abrazos.—  
 Si no logro mis deseos,  
 ¡Oh! ¡qué de dias aciagos  
 A mi existir se preparan!  
 Mas si verlos realizados  
 El cielo al fin me concede;  
 ¡Quién será cual yo envidiado?

---

## EPITAFIO

### PARA EL SEPULCRO DE SILVIA.

---

Fria, insensible, bajo de esta losa,  
Víctima triste de la parca airada,  
Una jóven beldad yorta reposa:  
Su dulce vida fué siempre adorada,  
Y su temprana muerte lastimosa  
Con lágrimas ternisimas llorada.—  
¡Mortal! si has conocido los amores,  
En su túmulo vierte algunas flores.

---

---

---

**TRADUCCIONES.**

---

---



---

## EL DESTERRADO DE ERIN.

---

FOR EL CÉLEBRE CANTOR

DE

LOS PLACERES DE LA ESPERANZA.

Con tardo, lento, vacilante paso,  
Las playas extranjeras  
De Erin pisaba un joven desterrado.—  
Un miserable manto defendía  
Su macilento cuerpo fatigado  
De la copiosa lluvia que vertía  
El tétrico crepúsculo inclemente.  
El infeliz erraba solitario  
En la cumbre eminente  
De una montaña horrífera, nubosa,  
Donde entregado á su pesar doliente  
Recordaba su patria deliciosa.—

Mas álzase del seno de las ondas  
La hermosa estrella que precede al día:  
Negra melancolía  
Retrátase en la faz del extranjero,  
Y en lúgubre silencio la contempla:  
Un profundo gemido lastimero  
Eshala, cual si fuese á dar la vida,  
Divisando á los rayos de la aurora,  
Sobre el mar azulado,

La isla que triste de continuo llora,  
 Y que no habitará ya el desdichado.  
 Allí,—en los años de su abril florido,  
 De fervido entusiasmo poseido,  
 Su voz sonora y blanda.

Mil y mil veces entonó festiva  
 Himnos de gloria á su *querida Irlanda*.

"Dura es mi suerte,—el mísero exclamaba:

El ciervo bramador y el lobo cruento,  
 El ansiado sustento

En los bosques encuentran y guarida;

¡Mas cómo acallará la voz terrible

Que lanza enfurecida

El hambre irresistible,

Y evitará el peligro el sin ventura

Que el destino fatal ha condenado

A la angustia cruel, á la amargura

De verse de su patria desterrado!—

Ya jamás en las grutas

De musgo entapizadas,

Dó en tiempos mas felices habitaron

Venturosos mis padres, sosegadas

Mis horas pasarán; raudos fugaron

Los albagüenos días

Que mi frente la paz señoreaba,

Y ledos fueron las delicias mías.

Ni de las bellas y silvestres flores

Que esmaltan mis paternas praderías,

Guirnaldas tejeré de mil colores

Que ornén de mi arpa las calladas cuerdas:

Ya jamás cantaré: doliente acento

Tremulo el labio eleva al firmamento.

Y á los cielos demanda  
 Que yo vea libre á mi *querida Irlanda*.  
 ¡Irlanda! ¡Irlanda! ¡dulce patria mia!  
 Inútilmente la contraria suerte  
 Con su poder tirano,  
 Feroz me priva del placer de verte;—  
 Que una grata ilusion, un sueño vano,  
 Me presenta tus playas azotadas  
 Por las olas furiosas del oceano...  
 Mas ¡ay! que en breve á la razon despierto,  
 Y ante mis ojos de llorar cansados,  
 Solo se ofrece un árido desierto.  
 ¡Oh amigos adorados!  
 ¡No gozaré ya mas en vuestros brazos  
 El plácido consuelo  
 De la dulce amistad, ni complacido  
 El bárbaro penar daré al olvido  
 Con que me oprime el irritado cielo?  
 ¡Rompiéronse por siempre aquellos lazos  
 De la mas pura union divina y tierna?  
 ¡Oh destino infeliz! ¡arrebatao  
 Seré por siempre á la mansion paterna?  
 ¡A esos sitios de paz y de ventura...?  
 ¡No abrazaré ya mas á mis hermanós!  
 ¡Murieron ¡ay! murieron  
 Al cuchillo fatal de los tiranos,  
 O viven solamente  
 Para llorar mi suerte desgraciada?  
 ¡Existe entre los bosques  
 Mi cabaña pacífica y amada?  
 ¡Dulces hermanas mias!  
 ¡Llorásteis sin consuelo su caída?

¡Dó está el apoyo de mis tiernos días,  
 La amante madre que me dió la vida,  
 Y en cuyo seno reposó mi infancia?  
 ¡Dónde mi padre en fin, mi caro padre,  
 Objeto el mas querido y lisonjero?—  
 ¡Corazon infeliz! ya tu constancia  
 Al duro peso del dolor se rinde;  
 ¡Porqué te apasionaste de un tesoro  
 Tan leve y pasajero?...—  
 Jamas se extinguirá mi amargo llanto;  
 Mas él no me dará del bien que adoro  
 Las gratas ilusiones ni el encanto.

”¡Frenad por un instante,  
 Lágrimas, vuestra férvida corriente!  
 ¡Erin! ¡patria adorada!  
 Ya mi pecho su triste fin presiente,  
 Y su postrero voto te dirige  
 Envuelto en un suspiro falleciente.  
 ¡Erin! ¡heróica tierra  
 De mis abuelos ínclitos funosos!  
 Su bendicion te lega un desterrado.—  
 Cuando el sepulcro frio  
 Por siempre haya mis restos devorado,  
 ¡Cubran fragantes flores  
 Y verdura tus campos deliciosos,  
 Isla dulce y querida del oceano!  
 En metros armoniosos  
 El bardo cante ¡oh patria! tus loores;  
 Y ¡Erin! clamando con valiente acento,  
 ¡Erin! repita el resonante viento.”

---

---

---

LA

**GUERRA DE INIS-THORA.**

---

---

**POEMA DE OSSIAN.**

---

---



À DON JOSÉ DE FRIAS.

---

*La Guerra de Inis-Thora te pertenece por mas de un título, mi dulce amigo: tu fino y delicado gusto eligió este poema entre los muchos hermosísimos de Ossian: tú vertiste en nuestro idioma algunas de sus bellas páginas: tú me explicaste varios pasajes, cuya sublimidad hacia oscuros á mi corta inteligencia; y tú, en fin, me animaste á expresar en el lenguaje de los dioses, con mi macorde cítara, las concepciones enérgicas y profundas del ilustre bardo de Caledonia.— Mi trabajo, pues, debe ser tuyo: yo te lo consagro, rogándote te dignes acogerlo con agrado, persuadido de que esta ofrenda de mi gratitud y amistad, no obstante su pobreza, lleva consigo todo el corazón de tu—*

DELIO.

---

LA  
**GUERRA DE INIS-THORA.**

---

**ARGUMENTO.**

Reflexiones sobre la juventud del poeta.—Apóstrofe á Selma.—Oscar solicita y obtiene el permiso de ir á combatir á la isla de Inis-Thora en Escandinavia.<sup>8</sup> —Historia melancólica de Argon y Ruro, hijos de Anir, rey de Inis-Thora.—Oscar venga su alevosa muerte, y vuelve triunfante á Selma.—Soliloquio del poeta.

---

Duérmese el cazador en la colina  
Del sol poniente á los benignos rayos:  
Reina profunda calma en torno suyo:  
El céfiro suspira en el collado,  
Y la floresta agítase apacible;  
Mas ruge el huracan...—abre temblando  
Sus ojos á la luz, y solo mira  
Tinieblas por dó quier: amedrentado  
Ve brillar el relámpago sombrío  
En las cumbres altivas y en el llano,  
Y al impulso del viento las encinas

Doblegar su ancho tronco centenario...—  
 Así del hombre pasa la florida  
 Y fugaz juventud: cual humo vano  
 Desaparecen sus doradas horas,  
 Y al despertar se encuentra en el regazo  
 De la helada vejez; entónces piensa  
 En sus primeros venturosos años,  
 Y en los plácidos sueños de su infancia.  
 ¡Ossian! ¡miseró Ossian! ¡ay! ¡cuándo, cuándo  
 Tornarán para ti los bellos tiempos  
 De la edad juvenil! ¡cuándo tu brazo  
 A esgrimir volverá la fuerte lanza,  
 Y escuchará gozoso el eco grato  
 De las reñidas y gloriosas hidas?  
 ¡Cuándo, en fin, marcharás con firmes pasos  
 Al fulgor esplendente de tu acero  
 Semijante á tu Oscar!—¡Venid, collados;  
 Y vosotros también, montes soberbios,  
 Bosques sombríos, arroyuelos mansos  
 Que ornais de Cona el silencioso valle;  
 Venid y escuchareis de Ossian los cantos!  
 ¡Sublime inspiracion arde en mi pecho!  
 Sublime y abrasante, cual los rayos  
 Que el sol revibra en la mitad del día!  
 Mi alma se entrega á los recuerdos caros  
 Del tiempo que fugó: ¡dulces recuerdos  
 Por siempre al corazón de un triste anciano!  
 Descubro ¡oh Selma! tus antiguas torres,  
 Y los añosos fresnos elevados  
 Que sombrean tu muro: oigo el estruendo  
 Del torrente espumoso, que bramando  
 Se lanza de los montes, y se estiende

Por tus lóbregas selvas y tus llanos,  
 Tus héroes se congregan: el escelso,  
 El valiente Fingal levanta osado.  
 Entre todos la frente respetable.  
 De Tremor el escudo fuerte y ancho  
 Sirve de apoyo al rey: su dura lanza  
 Yace sobre un abeto allí á su lado,  
 Y en profundo silencio sumergido  
 Los cánticos escucha de sus bardos,  
 Que celebran las inclitas hazañas,  
 Y los gloriosos hechos afamados  
 Con que ilustrara sus primeros días;—  
 Mi hijo Oscar retornaba del collado:  
 Los sangrientos despojos de la caza  
 Sobre sus hombros ostentaba ufano:  
 El nombre de Fingal hirió su oído;  
 Y al escuchar en armoniosos cantos  
 Las heróicas proezas de su abuelo,  
 Por la gloria y combates suspirando  
 Al muro se llegó, dó suspendido  
 Yacía el escudo del potente Brano.<sup>92</sup>  
 Embrázale resuelto el jóven héroe:  
 Vienten sus ojos abrasante llanto:  
 Enciéndense sus candidas mejillas,  
 Y mi lanza mortífera empuñando,  
 Con agitada voz estas palabras  
 Dirije de Morven al rey anciano:—  
 ¡Poderoso Fingal, rey de los reyes!  
 Y tú ¡Ossian valiente y afamado!  
 Vosotros combatisteis por la gloria  
 En vuestros bellos juveniles años,  
 É hicisteis inmortales vuestros nombres;

Mientras que yo ni he visto los contrarios  
 De mi patria en las lides sanguinosas.  
 Oscar es semejante al vapor raudo  
 Del Cona delicioso, que aparece  
 Y al momento se pierde en el espacio.  
 Jamas el bardo elogiará mis hechos,  
 Ni en el lóbrego bosque solitario  
 Buscará el cazador la tumba mia.  
 ¡Permitidme alcanzar ¡héroes! los lauros  
 De la gloria en las playas de Inis-Thora!  
 El ceo nunca de mi muerte infausto  
 A Morven llegará, si me sorprende  
 En tan remotos climas apartados.  
 ¡Oh! ¡dejadme volar á los combates!  
 Tal vez allí se encontrará algun bardo  
 Que en su canto mi nombre immortalice.  
 Cuando contemplea mi sepulcro helado  
 Las hijas de los pueblos estrangeros,  
 Sensibles verterán piadoso llanto  
 A la memoria del guerrero jóven,  
 Que el furor de los mares arrojando,  
 En la tumba se hundió por defenderlas."—  
 "Sí, tú combatirás, Oscar amado,  
 Le responde Fingal: mi fama y gloria  
 Resplandecen en tí: tu fuerte brazo,  
 El acero blandiendo en la batalla,  
 Dará la muerte, sembrará el espanto.—  
 Mi negra nave se prepare al punto,  
 Porque pueda llevarte, Oscar, al campo  
 Que dá gloriosa muerte ó fama eterna.  
 Combate con valor; ¡jamás osado  
 El estrangero clame que nosotros

La férrea lanza con temer vibramos!  
 Que tu esfuerzo en la horrífera peica  
 Al ábrego semeje destrozando  
 Los bosques de Morven, y tu dulzura,  
 Cuando la atroz discordia haya cesado,  
 Al benigno calor del sol poniente  
 En tus hermosos paternales campos.  
 Dile al doliente gesto de Inis-Thora  
 Que el ilustre Fingal no le ha olvidado;  
 Que aun recuerdo las lides que tuvimos  
 En nuestros bellos juveniles años,  
 Por lograr de la infeliz Agandeca  
 El dulce amor, y la preciosa mano."—

Zarpó el valiente Oscar: síbaba el Noto  
 Entre los fuertes mástiles doblados:  
 Las encrespadas olas azotaban  
 Las playas arenosas y peñascos:  
 Bramaba el huracán, y horrendamente  
 Rugidos mil lanzaba el oceano...  
 El héroe al fin los montes descubriera  
 De encinas y de robles coronados  
 De la hermosa Inis-Thora: combatido  
 Su bajel por los vientos irritados,  
 Ancló de Runa en el sonante puerto,  
 Término de su viage suspirado.—  
 Oscar entónces la terrible espada  
 Que en otros dias esgrimió mi brazo,  
 Hizo llevar á Anir, cuya atroz lanza  
 Fuera en la lid terror de sus contrarios.  
 Apenas le presentan el acero,  
 Trémulo se levanta el triste anciano:  
 Conoce luego de Fingal las armas,

Y sus mejillas pálidas en llanto  
 Se inundan de dolor: crueles memorias  
 Atormentan su espíritu agitado:  
 Piensa en su juventud: piensa en los dias  
 Que valor y ternura respirando,  
 Contra el rey de Morven vibró la lanza  
 Por gozar de Agandeca los encantos.  
 Los héroes que el combate presenciaban  
 De terror poseidos se alejaron,  
 Creyendo ver chocarse entre los vientos  
 Dos fatales espíritus odiados.

”Mas ¡ay! ¡cuán diferente estoy ahora!  
 Clamaba el príncipe infeliz: la mano  
 De la vejez rugó mi tersa frente,  
 Y mi acero se mira abandonado  
 De este lúgubre alcázar en las salas.  
 ¡Oh tú, seas quien quiera, hijo esforzado  
 Del selvoso Morven! Anir ha visto  
 En lides mil sus fieros adversarios;  
 Mas eso ya pasó: hoy la desgracia  
 Apremia sin piedad mis tristes años:  
 Yo tenia dos hijos que pudieran  
 A estos salones dirigir tus pasos;  
 Pero ¡ay! ellos no existen: ¡el sepulcro  
 Encierra ya sus restos desdichados!  
 Aun me quedaba una hija que alcovoso  
 Un traidor me arrancara de los brazos.  
 Ella suspira por besar la tumba  
 De su madre infeliz; mas su tirano  
 Blandiendo contra mí mil y mil lanzas<sup>16</sup>  
 A invadir ya se arroja mi palacio,  
 Cual el vapor mortífero que exhala

De sus lívidas ondas el cruel Lano.<sup>11</sup>  
 ¡Hijo del estruendoso Morven! llega,  
 Sí; llega á disfrutar el agasajo  
 Que te prepara Anir."—

Diose el banquete:

Por tres días fué el héroe celebrado,  
 Y al siguiente oyó el rey de Oscar el nombre:  
 Entónces nuevamente le obsequiaron:  
 Dispúsose el festejo de las conchas,<sup>12</sup>  
 Y en seguida las armas empuñando,  
 Persiguieron los fieros javalies  
 En los bosques de Runa dilatados.  
 Una fuente á sus ojos se presenta  
 En lo hondo de aquel sitio solitario,  
 Cuyas piedras cubría el triste musgo.  
 Allí en silencio y perenal descanso,  
 De Anir los yertos hijos reposaban.  
 No pudo el padre reprimir su llanto  
 Al contemplar su bárbara desdicha:  
 Los dolientes suspiros abrasados  
 Que de su pecho mísero partían,  
 Daban de su dolor indicios claros.—  
 "Aquí en profunda noche pavorosa  
 Yaceu mis hijos, esclamó el anciano.  
 Esta losa defiende las reliquias  
 Del infelice Buro, y aquel árbol  
 Ampara con su sombra funeraria.  
 El sepulcro de Argon desventurado.  
 ¡Advertís mi pesar, hijos queridos!  
 ¡El eco del dolor penetra acaso  
 Hasta los senos de la sorda tumba?  
 ¡Es vuestra voz la que en el bosque opaco

Frémulo escucho en la callada noche  
 Cuando silba en los montes y los pradós  
 El viento asolador de los desiertos?"—

"Calma un momento tu fatal quebranto,  
 Triste rey de Inis-Thora, Oscar esclama:  
 Refiéreme el suceso desgraciado  
 Que causa tu dolor: mira cuál pacen  
 Las fieras en los tñmulos helados  
 Fe tus pñlidos hijos; mas no temas  
 Que perturben su lñgubre descanso;  
 ¡Qué es eterno el reposo de la muerte!  
 Velos cuál tienden sus terribles arcos  
 Desde las altas nubes, y cuál vibran  
 Contra los ciervos sus certeros dardos.<sup>13</sup>  
 Aun aman los valientes ejercicios  
 De sus fñrvilos años malogrados,  
 Y de eternos gozos poseidos  
 Vuelan sobre los vientos abrazados."—

"Cornal es un caudillo, Anir responde,  
 Que vibra diez mil lanzas en el campo.  
 Él habita del Lano en las orillas,  
 Cuyas aguas difunden el estrago,  
 Y el horror, y la muerte entre vapores.  
 Presentóse arrogante en mi palacio  
 Al honor aspirando de la lanza:<sup>14</sup>  
 No le pudimos ver sin admirarnos.  
 Su fresca juventud y su belleza  
 Semejaban del sol los puros rayos,  
 Cuando despunta en el purpúreo oriente.  
 Todos los héroes que con él osaron  
 Trabrar reñida lid, á su destreza  
 Hubieron de rendirse despechados.

Mi hija le amó con la pasión mas viva ;  
 Ruro y Argon tornaban anhelado  
 De perseguir los ciervos en el bosque;  
 La desesperación cubrió de Havao  
 Sus encendidos ojos, y en silencio  
 Los caudillos de Runa contemplaron  
 Que al extranjero gofé sucumbieron.—  
 Tres días en mi alcázar le obsequiamos;  
 Al siguiente mi Argon las duras armas  
 Empuñó contra el jóven afamado;  
 Mas ¡quién era capaz de resistirlo?  
 Cedió Cormal á su potente brazo;  
 Y la rabia, el furor y la venganza  
 De su pecho infeliz se apoderaron,  
 Pues juró ver la muerte de mis hijos.  
 Parten con él los tristes al collado:  
 Atacan á las fieras; hieren, matan...—  
 ¡Oh crimen! ¡oh dolor! lanza Cormalo  
 Un dardo penetrante sin ser visto,  
 Y los miseros caen inanimados  
 Sobre la arena que su sangre tiñe:  
 Vuela el traidor oculto á mi palacio:  
 Presentase á su amada, que en belleza  
 Escudía las flores de los campos  
 Ornadas con las perlas de la Aurora,  
 Y cuyo pelo, como el sol dorado,  
 Semejaba la ardiente cabellera  
 De la estrella que brilla en el ocaso  
 En las hermosas tardes apacibles.  
 El pérfido la arranca de mi lado  
 Y á soledad y lloro me condena...  
 Cubrió la tierra de la Noche el manto...

Tornó á lucir la luz; pero mis hijos  
 No me estrecharon mas entre sus brazos.—  
 Sus lebreles al fin los descubrieron:  
 El fiel Runar inquieto y azorado  
 En mi desierto alcázar presentóse,  
 Ahullidos melancólicos lanzando  
 Que colmaban de horror el alma mia.  
 Su triste agitacion y sobresalto  
 La bárbara catástrofe anunciaban.  
 Seguimosle á este sitio, donde hallamos—  
 Los sangrientos cadáveres, que al punto  
 Cabe estas ondas fueron sepultados.—  
 A este lugar de angustias y pesares  
 Dirijo sin cesar mis lentos pasos:  
 Aquí de las fatigas de la caza  
 Se restauran mis miembros estenuados.  
 Siento encorvarse ya mi viejo cuerpo,  
 Cual el musgoso tronco centenario  
 De una encina en los bosques del desierto!  
 Y mis ojos de lágrimas cargados  
 Aborrecen la luz, desde aquel día  
 Que por siempre mis hijos me dejaron.”—  
 “¡Ronan! ¡Ogar! ¡alza! esclama el héroe:  
 Mis valientes guerreros esforzados,  
 Los hijos de Morven luego se apresten.  
 Hoy mismo marcharemos hácia el Lano,  
 Cuyas aguas amargas y fúestas  
 La muerte arrojan entre horror y estrago.  
 ¡Tiembra, Coranalo! sí: ¡tiembra! tu crimen  
 En breve Oscar habrá ya castigado:  
 Que suspenso del filo de su espada  
 El estermínio está de los malvados.”—

Partieron al desierto: las falangas  
 Figuraban en medio de los campos  
 Las tempestosas nubes impelidas  
 Por los sañudos vientos irritados,  
 Cuando al traves de la floresta umbría  
 Vuelan seguidas de mortal espanto.  
 Sus aceros brillaban tristemente  
 Con fulgor melancólico y opaco,  
 Cual la luz que el relámpago despide.  
 La horrenda destruccion guiaba sus pasos.  
 Los gemidores bosques rebramaban,  
 Y el atroz huracan fiero silbando,  
 Desolacion y horrores presagiaba.—  
 Descúbrense las huestes de Cormal:  
 Lanza mi Oscar el grito de la muerte.  
 ¡Las terrificas ondas del cruel Lago  
 Se agitan y revuelven al oirlo!!!  
 Corren los hijos del funesto lago  
 Al combate fatal: fluye la sangre  
 De los míseros pechos traspasados:  
 Por dó quiera que Oscar el asta vibra,  
 Al sepulcro descíenden sus contrarios.  
 Ya divisa á Cormal: el cruento acero  
 Rápido empuña con pujante brazo:  
 Vuela á su encuentro, alcánzale, le hiere,  
 Y á sus plantas le postra inanimado.  
 Viéndose sus guerreros sin caudillo,  
 El combate abandonan azorados;  
 Y de terror profundo poseídos,  
 Huyen hácia los bosques mas lejanos.—  
 Oscar restituyó al doliente padre  
 La hija de su vejez: ya su palacio

Que un tiempo fuera la infeliz morada  
 De bárbaras angustias y quebrantos,  
 Trocar se viera en venturoso asilo  
 De dulce paz y de consuelos gratos.  
 Tornó el gozo á sonrir sobre la frente  
 Anublada al dolor del triste anciano;  
 Y de Fingal el nombre bendiciendo,  
 Separóse de Oscar vertiendo llanto.

¡Oh! ¡qué puro placer virtió en mi seno  
 La vista del bajel tan suspirado  
 Que de Morven al héroe conducía!  
 Jamas cual lo sentí podré expresarlo.  
 La luminosa nube que se eleva  
 En el brillante oriente arrebolado,  
 No es mas grata á los ojos del viajero  
 Errante en yermos ciñmas ignorados,  
 De nocturnos fantasmas perseguido;  
 Que la nave de Oscar y el exaltado  
 Alborozo del pueblo al alma mia.  
 Condujámosle en triunfo hasta el palacio  
 Del ilustre Fingal, rey de los reyes.  
 El festín se ordenó: cien y cien bardos  
 En armoniosos himnos por tres días  
 Las proezas de mi hijo celebraron:  
 Selma escuchó las voces de su fama;  
 Morven las repitió: y el monte, el prado,  
 El férvido torrente y la colina,  
 Del fuerte Oscar oyeron los aplausos.—  
 Tú tambien ¡oh Malvina! allí te hallabas:  
 Era el sonido de tu voz mas blando  
 Que el eco de las arpas impellido

Por las brisas del valle solitario,  
 Cuando la tarde su feliz sosiego  
 Difunde grata en nuestros bellos campos:  
 ¡Oh vosotros, mortales venturosos  
 Que aun podeis ver la luz!<sup>15</sup> amigos caros;  
 Mi tumba preparad en el desierto!  
 Los lúgubres cipreses centenarios  
 Envuelvan en su sombra mi ceniza.  
 Elegid un parage retirado,  
 Dé se oigan solamente los bramidos  
 Del distante torrente entre peñascos:  
 Que las flores y yerbas allí crezcan  
 Feliz reposo al cazador brindando.—  
 Y tú, amable Malvina, el arpa pulsa,  
 Y de mi patria los hermosos cantos  
 Entona aun otra vez: que yo te escuche  
 Antes de hundirme en el sepulcro helado:  
 Que el sueño de la muerte me sorprenda  
 El eco dulce de tu voz gozando.  
 ¡Pueda yo disfrutar las ilusiones  
 De mi edad juvenil! ¡de aquellos años  
 Que al lado de Fingal el duro acero  
 Tantas veces blandí con fuerte brazo!—  
 ¡Selma! ¡Selma! tus torres se presentau  
 A mi imaginacion: los héroes claros  
 Del selvoso Morven la augusta frente  
 Alzan cubierta de gloriosos rayos.  
 Oigo de Oscar el sónico nombre  
 Repetido dó quier con entusiasmo:  
 La juventud fogosa al héroe cerca:  
 La espada de Cormal brilla en su mano:  
 Todos contemplan al invicto jóven

Su indomable valor y fama ausiando.  
 Ellos fijan tambien sobre su padre  
 Sus ojos encendidos con el llanto.  
 Mil suspiros se escuchan de sus pechos  
 Por ganar de la lid los bellos lauros:—  
 Sí: vosotros volareis á los combates  
 Y adquirireis renombre sobrehumano,  
 ¡Jóvenes ardorosos! ¡siento en mi alma  
 Celeste inspiracion! tambien el bardo  
 Cantará vuestras ínclitas proezas,  
 Y en vuestras tumbas abundoso llanto  
 Derramarán las vírgenes de Selma  
 Cuando la luna se alce en el collado...—  
 Pero siento que el sueño se apodera  
 De mis débiles párpados cerrados.  
 ¡Oh Malvina! ¡Malvina! los sonidos  
 De tu arpa divinal; tus tiernos cantos,  
 Y el dulce acento de tu voz querida,  
 Calman benignos mi pesar amargo.—  
 Y vosotros, amigos de la caza,  
 Que las sañudas fieras fatigando  
 La planta dirigís hácia este sitio;  
 Vosotros, amadores de los campos,  
 Respetad mi dolor, y no el sosiego  
 Turbeis de un triste y deplorable anciano.

---

---

---

## LOS CÁNTICOS DE SELMA.

### POEMA DE OSSIAN.

---

FRAGMENTO.

#### A ZULMIRA.

La melancolía es el placer mas grato de las almas sensibles: formada la tuya para gozarse en sus mas interesantes situaciones, experimentará en la lectura de *Los Cánticos de Selma*, y particularmente en los lamentos de la apasionada Colhua, aquella profunda y deliciosa tristeza solo conocida de los desgraciados, ó de los séres que, como tú, habitan bajo las rústicas sombras de un hermoso retiro campestre. El eco de una campana en la soledad; el zumbido de los vientos; el murmurio de los bosques, y el monótono canto del pájaro de las florestas, escitan la mas tierna melancolía;— pero la relacion de un suceso fatal: la muerte de una amante; la pérdida de un héroe en la flor de sus dias, inspiran cierta pena agradable que allarga el corazon cuando lo ha templado la sensibilidad. Estos mismos cánticos dolorosos que oyeran las selvas y los sepulcros de Merven, cuando Malvina estasiaba las errantes sombras con los melodiosos acentos de su arpa, bajo el encapuzado cielo de la antigua Caledonia; hoy mas felices se parten á tu seno, blandamente impelidos por el dulce y creante soplo de las suaves brisas de los trópicos.—¡Pluguiese al cielo que yo pudiera dedicarte rasgos ménos lastimosos! pero los desgraciados solo pueden ofrecer en las aras de la amistad lágrimas y dolor.—

DEMO.



---

**E**strella precursora de la noche!  
¡Cuán hermosa es tu luz, y cuán serena  
En los términos brilla de occidente!  
Tú sacudes la rubia cabellera,  
Y mil colores fúlgidos derramas  
Sobre las nubes de oro que te cercan.  
Con arrogantes pasos magostosos  
Los altos montes y colinas huellas.  
¡Qué distingue tu vista en la llanura?  
Ya en los bosques el viento no resucna:  
El eco del torrente impetuoso  
A lo léjos se escucha entre las peñas:  
Las bramadoras olas sosegadas  
El pié salobre de las rocas besan;  
Y el ave de la tarde complacida  
Las alas tiende, y presurosa vuela.  
¡Dí qué miras, estrella luminosa?  
Con celestial sonrisa tú te alejas,  
Y las bullétes ondas te reciben  
Bañando alegres tu gentil madeja.—  
¡Adios! ¡adios, antorcha silenciosa!  
Y tú, ¡oh inspiracion! que Ossian te sienta,  
Y que se abraze en tu sublime fuego  
Antes que baje á la morada estrecha.\*

\* Ossian llama frecuentemente al sepulcro *morada ó casa angosta*.

¡Sí! un rayo de su luz ya me ilumina:  
 Mis antiguos amigos me rodean.  
 Ellos se agrupan sobre la alta cima  
 Del Lora bramador, donde recuerdan  
 Los tiempos de su gloria esclarecidos.  
 El escueto Fingal allí descuellan  
 En medio de sus héroes, semejante  
 A una columna de esplendente niebla.  
 Con su arpa á Ulin descubro entre los bardos,  
 De argentados cabellos encubierta  
 La sossegada frente venerable.  
 Ryno, el sublime Ryno se presenta  
 A mi vista también, acompañado  
 De Alpino, cuyos cantos me deleitan.  
 Mas ninguno en la voz pudo igualarte,  
 Dulce Minona, y en canciones tiernas.—  
 ¡Oh! ¡cuánto diferís, amigos míos,  
 De aquellos tiempos que os reuníais en Selma  
 A celebrar con fúnebres elogios  
 La memoria y las ínclitas proezas  
 De tantos héroes que en la tumba yacen!  
 Yo osé entrar con vosotros en contienda;  
 Y haciendo resonar mi débil arpa,  
 Mezclé mi voz humilde con la vuestra.  
 No de otra suerte en la risueña cumbre  
 Del florido collado en primavera,  
 Bate Favonio sus ligeras alas  
 Y agita suave la sonante yerba.  
 Inundados en lágrimas los ojos  
 Fijos por el dolor sobre la tierra,  
 Minona apareció;—mas su hermosura  
 Semejaba á la flor de la tristeza.

Flotaban con el viento del desierto  
 De sus cabellos las doradas hebras.  
 Las almas de los héroes se agitaron  
 Al escuchar las voces lastimeras  
 De la hija de Torman: frecuentemente  
 Habían ellos visto en la eminencia  
 La tumba de Salgar, y el negro asilo  
 Dó reposaba ya su Colma tierna.  
 Esta amante sensible y desdichada  
 Esperaba á Salgar con ansia inquieta  
 Sobre la cima de los altos montes;  
 En vano suspiraba por su vuelta  
 Y le invocaba con dolientes gritos.  
 Salgar no debía ya tomar á verla,  
 Ni á estrecharla jamas entre sus brazos.  
 Estaba de repente la tormenta,  
 Y lóbrega la noche sus horrores  
 En torno suyo con furor desplega....  
 Escuchad sus lamentos dolorosos  
 Que el eco repitió desde la selva.—

## COLMA.

"Pavorosa la noche, con su manto  
 De sombras cubre la anchurosa tierra:  
 El viento brava en la escarpada cima  
 De las áridas rocas que me cercan:  
 El mugidor torrente á sus pies corre,  
 Arrastrando en su curso las arenas  
 Que arrojára en sus ondas impetuoso  
 El Noto silbador. Sobre las peñas  
 De una horrible montaña solitaria,  
 Lanzo á los vientos mi infeliz querrela:

Ruge la tempestad; y ni una choza  
 A mis llorosos ojos se presenta,  
 Que me defienda de la fuerte lluvia  
 Y de esta soledad que me rodea.

”Sal, astro melancólico y nocturno,  
 Del seno oscuro de las nubes densas:  
 Apresura tu marcha silenciosa;  
 Ven, é ilumina la agitada esfera,  
 Orlada en torno la virgínica frente  
 De brillantes y trémulas estrellas.  
 ¡Pueda tu luz amiga conducirme  
 Al tempestoso bosque ó la caverna,  
 Dó reposa mi amante, fatigado  
 De perseguir á las voraces fieras!  
 Sus veloces lebreles con ahullidos  
 A su lado, tal vez, mustios jadean,  
 Mientras reposa su arco formidable  
 Teñido en sangre en la empapada tierra....  
 ¡Ay de mí! nada escucho: ¡abandonada  
 Por siempre voy á ser en la floresta?  
 ¡Por siempre habitaré sobre estas rocas  
 De musgo y aridez solo cubiertas!  
 Oigo al viento quejarse en la colina,  
 Y lanzarse el arroyo en la pradera;  
 Mas no la voz querida de mi amante.  
 ¡Así cumples ¡ingrato! tu promesa,  
 Hijo hermoso y amable del collado?  
 Ven ¡oh Salgar! á suavizar mi pena.  
 Vé aquí el árbol, la roca y el torrente,  
 Dó me juraste presurosa vuelta  
 Antes que el velo de la noche helada  
 Al mundo hundiese en funeral tiniebla.

¡Oh Salgar! ¡qué es de tí? ¡dudas acaso  
 Del fiel cariño de tu Colma tierna?  
 Por seguirte á los bosques solitarios  
 Dejé gustosa la mansion paterna.  
 Largo tiempo en sus pechos abrigaron.  
 Nuestras familias lá inflamada tea  
 Del odio ponzoñoso y homicida;  
 Mas nosotros jamas tuvimos quejas,  
 Ni formamos jamas otro desco  
 Que amarnos con reciproca terneza.

”Suspende ¡oh viento! tu impetosa furia:  
 Tu estruendo ¡arroyo! por piedad modera:  
 Resuenen con mi acento las montañas,  
 Y el cazador que busco hácia mí vuelva..  
 ¡Salgar! ¡Salgar querido! ¡porqué tardas?  
 Tu Colma llora tu fatal ausencia.  
 ¡Vuelve! ¡vuelve! tu amante es quien te llama  
 Y entre estas rocas con dolor te espera....  
 ¡Triste de mí! ¡ay! nadie me responde!...  
 El eco solo en la colina suena.—  
 Cede la tempestad: la clara luna  
 Sobre los bosques húmidos se eleva:  
 Brillan las aguas en el hondo valle,  
 En cuya limpia superficie tersa  
 El astro de la noche su luz triste  
 Melancólico y trémulo refleja....  
 Mas ¡ay! Salgar no torna: en el collado  
 Sus perros no me anuncian su presencia,  
 ¡Desventurada! todos me abandonan  
 Y mi pesar y mi desdicha aumentan....  
 ”Mas ¡qué miran mis ojos lagrimosos?  
 ¿Cuál objeto percibo en la pradera?

¡Será mi amante acaso?... sí : no hay duda....  
 Véole estendido en la revuelta arena,  
 Y á mi hermano tambien al lado suyo :  
 Mi débil corazon se agita y tiembla....  
 Habladme , amigos : ¿no me respondeis?  
 Mi sangre toda de temor se hiela....—  
 ¡Qué miro! ¡oh Dios! ¡qué miro!!! sus aceros  
 Yacen sangrientos en sus fuertes diestras!  
 ¡La muerte!..—¡hermano! ¡amado hermano mio!  
 ¡Porqué tu brazo con atroz fiereza  
 Lanzó al abismo de la tumba umbría  
 Al fiel Salgar que mi delicia fuera?  
 Y tú ¡amable Salgar! ¿cómo pudiste  
 De mi hermano en el seno abrir la horrenda  
 Mortal herida que á mi amor le priva,  
 Y á soledad perpetua me condena?...  
 Mi corazon amaba tiernamente  
 A mi hermano y á tí ; ya no le quedá  
 Consuelo alguno á mis infaustos dias :  
 Mi llanto será eterno y mi tristeza.  
 ¡Y qué podré decir en vuestro elogio?  
 Tú eras hermoso entre la turba inmensa  
 De cazadores en el alto risco :  
 Él escedió en valor y fortaleza  
 A todos los guerreros sobre el campo.  
 ¡Nada decís? hablad ¡oh dulces prendas  
 De mi infeliz cariño y mi ternura!  
 ¡Ay de mí! vuestras manos están yertas :  
 Vuestros pechos helados ya no laten....  
 ¡La muerte vuestros rostros señorea!  
 ”¡Sombras queridas! ¡sombras irritadas!  
 Vuestro enojo aplacad , y que yo pueda...

Escuchar vuestra voz desde los montes  
 Que entre las nubes pálidas se elevan:  
 Oiga yo confundirse vuestros ecos  
 Con los silbos de la hórrida tormenta.  
 No, nunca os temeré: habladme, amigos;  
 ¡En qué bosque, decid: en qué caverna  
 Encontraros podré? ¡cuál es el sitio  
 Que habitais en la trémula floresta?—  
 ¡Ay! nadie me responde.... todo calla,  
 Y el viento mismo en sus gemidos cesa.

”Aquí me quedaré: cálido llanto  
 Verteré con dolor sobre la arena:  
 Aquí la aurora me hallará mañana  
 Anegada en mis lágrimas acerbas.  
 ¡Oh vosotros, amigos de los muertos!  
 Un sepulcro erigid en estas selvas;  
 Pero no lo correis: mi triste vida  
 Cual débil sueño siento que se aleja,  
 Y bien pronto mis restos desdichados  
 Los seguirán á la mansion postrera.  
 ¡De qué sirve la vida sin amores?  
 ¡Ay! vale mas que con mi amante duerma  
 De este torrente rápido á la orilla.—  
 Cuando la noche lóbrega de-cienda  
 Encima de estas rocas elevadas;  
 Cuando el ábrego ruja en la pradera,  
 Y el resonante bosque con bramidos  
 Los solitarios valles ensordezca;  
 Mi sombra entónces en las altas nubes,  
 Girando en torno de la opaca esfera,  
 Eshalará suspiros dolorosos,  
 Hondos gemidos y sentidas quejas.

Tal vez mi voz escuchará temblando  
 El cazador en la hórrida eminencia,  
 O al lado del hogar en su cabaña  
 A cubierto del hielo y la tormenta.  
 Escuchará mi voz, y conmovido  
 Recordará la muerte lastimera  
 De los caros amigos que en un tiempo  
 Mi dulce amor y mis delicias eran.”—

Tal fué ¡oh Minona! tu endechoso canto.

La amable y melancólica tristeza  
 Descendió á nuestras almas al oírte,  
 Y vertimos también lágrimas tiernas.  
 Ulín se adelantó: la suave brisa  
 Hirió de su arpa las sonantes cuerdas.  
 El entonó los cánticos de Alpino,  
 Cuya voz era blanda y alhagüeña;  
 Pero el alma de Ryno semejaba  
 Al rayo abrasador en la tormenta.  
 Mas ellos no existían... sus despojos  
 Reposaban helados en la huesa:  
 Sus voces deliciosas no se oían  
 En los regios alcázares de Selma.  
 Una tarde que Ulino fatigado  
 De perseguir los ciervos con sus flechas.  
 El llano atravesaba (antes que yertos  
 Al lóbrego sepulcro descendieran);  
 Los oyó contender en la colina  
 Acompañados de sus arpas bellas.  
 Su canto era armonioso, pero triste:  
 La muerte de Morar era su tema;  
 Del ínclito Morar, cuya alma heroica  
 Igualaba en vigor y fortaleza

Al alba de Fingal esclarecido,  
 Y cuya espada en la hórrida refriega  
 Cual la espada de Oscar era terrible...  
 Mas él pereció en flor: amarga pena  
 A su padre infeliz causó su muerte.  
 Angustiada, y en lágrimas deshecha,  
 Permaneció su hermana inconsolable.—  
 Tú no pudiste oír con faz serena,  
 Minona amable, el armonioso elogio  
 De tu hermano Morar: y macilenta,  
 Y en llanto envueltos los azules ojos,  
 Y en el pesar hundida tu alma tierna,  
 Con vacilantes pasos te alejaste;  
 Del mismo modo que la luna vela  
 Su pálido semblante entre las nubes  
 Cuando la horrible tempestad se acerca.—  
 Yo uní entónces mi voz á la de Ulino,  
 Y entonamos del rey en la presencia  
 Cánticos de dolor.--

## RYNO.

“Cesó la lluvia:

El viento ha refrenado su fuerza.  
 Brilla sin nubes el azul espacio:  
 Atónita la vista se recrea  
 Contemplando la calma y el sosiego  
 De la tarde mas plácida y risueña;  
 Y de la cima del collado verde  
 Hacia el ocaso el sol rápido vuela.  
 ¡Oh arroyo! ¡cuánto es grato tu murmurio  
 En el silencio adusto de las selvas!  
 Mas yo escucho una voz, cuya dulzura

Me estaba de placer y me enarena.  
 De la de Alpiño: sí: ¡del profitecto  
 Hijo de los cantares! tristes quejas  
 Y hondos suspiros sin cesar eshala.  
 Los años y el pesar gélida huella  
 En su nevada frente han estampado.  
 Hasta el pecho abatida la cabeza,  
 Y de llorar la vista oscurecida,  
 La imágen viva del dolor osteata.  
 ¡Alpiñ! ¡hijo querido de los cantos!  
 ¡Cuál es la causa de tu grave pena?  
 ¡Porqué yaces doliente y solitario  
 De esta colina en la callada breña,  
 Estallando gemidos semejantes  
 A los del viento en la árida eminencia,  
 O como el ronco estruendo de las olas  
 En las playas soaantes y desiertas?"

## ALPIN.

"Mis lágrimas ¡oh Ryno! y mis sollozos  
 Jamas terminarán: mi alma lamenta  
 Del inclito Morar la muerte triste.  
 ¡Quién le igualára nunca en la belleza  
 Entre los hijos del ameno valle,  
 Ni en vigor y arrogancia le escediera?  
 Mas ya el abismo del voraz sepulcro  
 Sus restos frios para siempre encierra.  
 El cazador errante en la llanura  
 Con llanto baña las musgosus piedras  
 Que marcan el lugar de su reposo;  
 Ni volverán á verle sus florestas,  
 Ni su arco, en otro tiempo tan terrible,

Mortales dardos vibrará á las fieras.  
 Tú escediste ¡oh Morar! en la colina  
 Al ciervo en rapidez y ligereza :  
 Semojaba tu saña impetuosa  
 Al fuego que se lanza de la esfera,  
 O al hórrido huracan embravecido :  
 Y el acero blandido por tu diestra  
 Cual pálido relámpago brillaba.  
 El eco fuerte de tu voz tremenda  
 Allá se oía en los distantes montes,  
 Como el torrente en las tajadas peñas,  
 Cuando la lluvia ensancha su hondo cauce  
 Y se estiende bramando en la pradera.  
 Mil denodados héroes sucumbieron  
 De tu potente brazo á la alta fuerza,  
 Y fueron consumidos en las llamas  
 De tu cólera ardiente en la pelea.  
 Mas ¡cuánto era apacible tu semblante  
 Al regresar de la sangrienta guerra!  
 Al astro luminoso parecía  
 Cuando alhagüese el céfiro dispersa  
 Las tenebrosas y preñadas nubes  
 Que velaban su faz pura y serena;  
 O á la tímida luna en el silencio  
 De la noche pacífica y modesta;  
 O al sosiego de la aurora cristalina  
 Del solitario lago, cuando cesa  
 El Noto asolador en sus furóres,  
 Y el collado la calma serocosa.

"¡Cuán reducida ahora tu morada!  
 ¡Cuán lóbrego el asilo que te encierra!  
 Yo mido con tres pasos solamente

El espacio que ocupas en la arena,  
 ¡Oh tú, tan grande y poderoso un día!...  
 Cuatro piedras heladas dó verdea  
 Infructífero el musgo humilde y triste,  
 Tu ilustre nombre al cazador recuerdan,  
 Un árbol melancólico, sin hojas,  
 Imágen de la muerte, y unas yerbas  
 Que al viento lanzan débiles gemidos,  
 Indican de Morar la tumba yerta.  
 ¡Desdichado Morar! tu desventura  
 Es, cual tu gloria y cual tu fama, inmensa,  
 Ni de una amante el doloroso llanto,  
 Ni de una madre dulce la ternura  
 Deplorarán jamás tu suerte infausta;  
 Que está en la tumba la que el ser te diera.—  
 Mas ¡quién es este en cuyo rostro miro  
 Retratada la angustia mas acerba!  
 De la vida el invierno ha encanecido  
 Su venerable trémula cabeza :  
 Dos raudales de lágrimas sus ojos  
 Derraman sin cesar: su marcha es lenta :  
 Apóyase en un báculo, suspira,  
 Y á cada paso se conturba y tiembla.  
 ¡Ay! es tu padre ¡oh Morar! sí: tu padre!  
 Tú fuiste de su amor la única prenda :  
 El oyó celebrar tu heróico esfuerzo,  
 Tu indómito valor en la pelea,  
 Y de tus bravos enemigos todos  
 La muerte ó fuga vergonzosa y ciega.  
 ¡Porqué ignoró tu bárbaro peligro!...  
 ¡Porqué no pudo con humana diestra  
 De las plantas el jugo saludable...

En tu herida verter honda y sangrienta,  
 Libertando tu vida tan preciosa!...  
 ¡Llora ¡oh anciano! tu desgracia horrenda!  
 Mas tu hijo no verá correr tu llanto,  
 Ni escuchará de tu afliccion las quejas;  
 Que no turban la calma del sepulcro  
 De los vivos las lágrimas y penas :  
 Jamas su voz resonará en tu oido,  
 Ni á tus mandatos prestará obediencia.  
 ¡Cuándo la aurora brillará que ahuyente  
 La noche de las tumbas sempiterna,  
 Y el letárgico sueño de la muerte!...—  
 ¡Descansa, sí; descansa en paz perpetua,  
 Terror de tus contrarios en el campo!  
 Mas ¡ay! jamas el campo tus proezas  
 Volverá á presenciár, ni de tu acero  
 El pálido fulgor, en las tinieblas  
 Ya jamas brillará del bosque umbrío...  
 Tu finaste cual flor en primavera,  
 Sin dejar de tu raza un heredero  
 Que tus hechos renueve y tu grandeza;  
 Mas los cantos, honrando tu memoria,  
 Dirán á las edades venideras  
 La muerte de Morar....”

---

---

## NOTAS.

---

1. Alude al cuadro que representa á Cristóbal Colón en el momento de descubrir el Nuevo-Mundo, y mostrarlo á sus compañeros atónitos, ejecutado por el jóven habanero don Francisco Camilo Cuyás, y premiado por la real sociedad patriótica. Rasgo artístico que honrará siempre á su autor y á su patria.

2. El *Guatimocint*,

3. Y la *Atala*: tragedias que compuso en la Habana.

4. Son bellísimas, con perdón de cierto crítico, las traducciones hechas por Madrid de algunos trozos del poema de Santiago Delille, titulado: *Los tres reinos de la Naturaleza*.

5. Marió en Londres con carácter diplomático.

6. ¡Luz eterno al egregio prelado á quien la Habana debe un campo de las *ligrinas* tan bello, que el hombre ménos sensible no puede contemplarlo sin experimentar la mas deliciosa melancolía!

7. El templo de *Quetzalcohuatl*, ó sea la pirámide de Cholula, *Cholollan*, en el Anahuac, tiene un cuarto de legua de base; y su altura es tan prodigiosa, que vista de lejos parece una montaña;—sin embargo, se creyó que eran *orang-utanes* los que muchos siglos antes de la conquista elevaron este monumento, capaz de competir en arrogancia con los que alzaron los reyes de Egipto en las llanuras de Seccara y el Cairo.

8. Escandinavia. Nombre dado por los antiguos á una vastísima region que comprende actualmente los reinos de Noruega, Suecia, Dinamarca, Laplandia, Finlandia &c. que ellos creyeron ser una isla.

9. Brano fué padre de Evaralina, y abuelo de Oscar. Era originario de Irlanda, y señor del país inmediato al lago Lagon. Sus heroicas acciones han sido transmitidas por la tradición, y su hospitalidad fué tan noble y desinteresada que se erigió en proverbio.

10. Cormalo declaró la guerra á su suegro Anir con objeto de apoderarse de su reino. La injusticia de este procedimiento indignó de tal suerte á Fingal, que envió á su nieto Oscar para que protegiese á aquel desgraciado príncipe: habiendo llegado á las manos los dos ejércitos, la conducta y valor de Oscar le obtuvieron una completa victoria sobre sus enemigos. La muerte de Cormalo puso fin á la guerra, pereciendo á los filos de la espada de Oscar en un combate singular.—Tal es la historia que sirve de argumento al poema: pero el poeta, para realzar el valor de su hijo, supone que él propuso la expedición.

11. El Lano era un lago en Escandinavia, notable en tiempo de Ossian por emitir un vapor pestilente en el otoño.—“Oh tú, valiente Duchomar! ¡semejante á la niebla del cenagoso Lano, cuando se estiende por las llanuras en el otoño, llevando el horror y la muerte á los ejércitos invasores!”—*Fingal, poema: lib. I.*

12. El festejo de las conchas. Esta frase significaba un banquete suntuoso, en el que reinaban la mayor franqueza y libertad.

13. Las nociones de Ossian relativas á las almas de los que habían dejado de existir, eran las mismas que las de los antiguos griegos y romanos. Ellos creían que las almas en la otra vida se entregaban á los placeres y entretenimientos que les habían sido mas queridos en ésta.

14. El honor de la lanza. En una especie de torneo que ejecutaban las primitivas naciones del norte, los vencedores obtenían una lanza por premio.

15. Ossian cegó en la vejez. Es muy singular que tres de los mas célebres poetas hayan tenido la misma triste suerte, á saber: el divino cantor de la cólera de Aquiles: el bardo, rey de los Concierdos y de la Fama; y el genio creador del sublime Paraíso Perdido. ¿Están reservados acaso el gran sacerdocio del culto de las Nueve Hermanas á esta clase de seres desgraciados?—Malvina, á quien el señor Montengon llama con bastante propiedad la musa de Ossian, le acompañaba en su soledad; mitigaba sus penas; y, cual otra Antígone, guiaba sus trémulos pasos en el desierto al sepulcro de sus padres.—*N. del T.*

---

2019年12月

2019年12月

1

## INDICE.

	Pág.
Las ruinas del palacio árabe de la Alhambra. ....	1
Colon. ....	13
Rasgos descriptivos de la Naturaleza Cubana. ....	35
A Cristina de Borbon. ....	53
Al excelentísimo señor don Francisco Dionisio Vives. ....	59
A la memoria del excelentísimo é ilustrísimo señor obispo de la Habana don Juan José Díaz de Espa- da y Landa. ....	63
En la muerte del mismo. ....	64
Los funerales del mismo. ....	68
El Ocaso del Sol. ....	77
Al licenciado don Ignacio Valdes Machuca. ....	78
A Dorilo y Desval. ....	82
A la memoria del doctor don José Fernandez Madrid. ....	83
A don José Maria Heredia. ....	87
En elogio de un cuadro que representa á Cristóbal Colón. ....	88
Al infeliz alzamiento de los polacos en 1830. ....	94
La Peste en la Habana. ....	95
La Ausencia. ....	102
Franklin. ....	103
Safo. ....	107
A un amigo en la muerte de su madre. ....	108
A la Aurora. ....	112
A don Domingo Blinó. ....	114
Al Sol. ....	118
A Zulmira. ....	119
A la Tarde. ....	124
A Malvina. ....	125
A la Noche. ....	129
Misantropía. ....	130
A la ruina de Herculano y Pompeya. ....	136
Al doctor don Manuel Gonzalez del Valle. ....	137
A la memoria de don Nicasio Alvarez de Cienfuegos. ....	140
A mi Lara. ....	141
Atala. ....	143

A Anarda.....	144
Washington.....	150
Napoleon Bonaparte en la isla de Santa Helena . . . .	151
Sócrates.....	156
A Lenio.....	157
Atenas.....	161
A P***.....	162
Al doctor Eduardo Young.....	163
A la luna del Cuzco.....	166
La Declaracion de amor.....	183
Al buen Elicio.....	184
Napoleon?.....	189
A una amiga en la muerte de su hermana.....	190
El Sepulcro.....	193
Despedida de mi juventud.....	194
La Primavera.....	199
El Paseo.....	200
El Estío.....	204
A Corina.....	205
El Otoño.....	207
A una Tórtola.....	209
El Invierno.....	210
Al Canario de Corina.....	211
La Inconstancia.....	214
Mis Deseos.....	215
Epitafio para el sepulcro de Silvia.....	218
El Desterrado de Erit.....	221
La Guerra de Inis-Thora.....	227
Los Cánticos de Selma.....	243
Notas.....	256



---



---

FE DE ERRATAS.

---

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
23.....	2.....	paver.....	palar.
23.....	5.....	pulpióera.....	plumífera.
39.....	2.....	céfalo.....	Céfalo.
31.....	11.....	fructerid. s.....	fruccidas.
46.....	1.....	es nó se halla.....	se halla.
152.....	última.....	Mr.....	M.

---



---













45 ptac

